Anónimo del siglo XIII

La Orden de Caballería

Ramon Llull

Libro de la Orden de Caballería

Edición y traducción de Javier Martín Lalanda

Biblioteca Medieval **Siruela**

Anónimo del siglo XIII

La Orden de Caballería

Ramon Llull

Libro de la Orden de Caballería

Edición y traducción de Javier Martín Lalanda

Biblioteca Medieval **Siruela**

Anónimo del siglo XIII *La Orden de Caballería*
Ramon Llull *Libro de la Orden de Caballería*

Siruela

Las dos obras del siglo XIII que configuran el presente volumen, *La Orden de Caballería*, anónima, y el *Libro de la Orden de Caballería*, de Ramon Llull (1235-1316), se cuentan entre las primeras que trataron el hecho caballeresco europeo. La primera es un breve poema en octosílabos que narra la supuesta ordenación caballeresca que el cruzado Hugo de Tabaría estuvo a punto de conceder al célebre sultán Saladino; la segunda es un auténtico tratado sobre el significado y los orígenes de la condición de caballero. Aunque ambas se hallen insertas en el contexto trifuncional medieval (sacerdotes, combatientes y trabajadores), que configuró la sociedad de aquel tiempo, y estén sujetas al cristianismo que lo definió, el simbolismo de los tres colores (blanco, rojo y negro) que domina la ceremonia de investidura caballeresca narrada en *La Orden de Caballería* nos remite a un simbolismo precristiano, de supuesto cuño indoeuropeo, que ya no aparece en el posterior *Libro de la Orden de Caballería*.

Anónimo del siglo XIII
La Orden de Caballería

Ramon Llull
Libro de la Orden de Caballería

Edición y traducciones
del francés antiguo y del catalán de
Javier Martín Lalanda

Biblioteca Medieval XXXI **Ediciones Siruela**

Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
<http://www.cedro.org> www.cedro.org) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Títulos originales: *L'Ordene de Chevalerie* y *Libre de l'orde de cavalleria*
En cubierta y contracubierta: detalles de «Corazón y Deseo junto
a la Fuente de la Fortuna» y de «Corazón y Deseo penetran en
el castillo del Cerro sin Alegría», *Livre du Cuer d'Amours Espris*
de René d'Anjou, Codex Vindobonensis 2597,
ff. 15 y 25 v.° (Osterreichische National Bibliotek)
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© De la introducción, traducción, notas
y bibliografía, Javier Martín Lalanda
© Ediciones Siruela, S. A., 2009
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid. Tel.: 91 355 57 20
Fax: 91 355 22 01
siruela@siruela.com www.siruela.com
ISBN: 978-84-9841-272-7
Depósito legal: M-7.001-2009
Impreso en Cofás
Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados

Índice

Introducción
Javier Martín Lalanda **11**
Nota sobre la traducción **51**

La Orden de Caballería
(anónimo del siglo XIII) **53**

Libro de la Orden de Caballería
(Ramon Llull) **63**

Prólogo **65**

Parte primera, que trata del origen
de la caballería **69**

Parte segunda, que habla de la orden
de caballería y del oficio propio del caballero **72**

Parte tercera, que especifica el examen
que se debe hacer al escudero cuando quiere
entrar en la orden de caballería **82**

Parte cuarta, que muestra la manera
según la cual el escudero debe recibir
la orden de caballería 87

Parte quinta, del significado que poseen
las armas del caballero 90

Parte sexta, que trata de las costumbres
que incumben al caballero 94

Parte séptima y final, donde se explica
la honra que conviene hacer al caballero 102

Apéndice: Partida II, título XXI (selección)

Ley XI. Quién puede hacer caballeros
y quién no 105

Ley XIV. Cómo han de ser hechos
los caballeros 106

Ley XV. Cómo han de desceñir la espada
al novel después de haber sido hecho caballero 108

Ley XIX. Cómo deben tener mesura
los caballeros 108

Ley XX. Cómo en las comidas se debe
leer ante los caballeros las historias de
los grandes hechos de armas 109

Ley XXV. Por cuáles razones pierden
los caballeros la honra de la caballería 110

Notas 113
Anexo: La leyenda de san Jorge 125
Bibliografía 147

Introducción

Javier Martín Lalanda

Hay espadas que empuña el entusiasmo
y jinetes de luz en la hora oscura.
Julio Martínez Mesanza, «San Luis»

La estructura tripartita de la sociedad medieval europea

Georges Duby demostró rigurosamente que la sociedad de la Edad Media se hallaba dividida en tres clases referidas a otros tantos oficios: sacerdote, guerrero y agricultor. Y dio razón de dicha división con los numerosos ejemplos que le han hecho célebre y han justificado sus postulados. Entre ellos se encuentran la carta que en 595 el papa Gregorio Magno envió a los obispos del rey franco Chilperico («Sólo existen tres caminos para los jóvenes: el del clérigo, el del campesino, el del soldado»); las glosas que, en el siglo IX, Alfredo el Grande añadió a su traducción al inglés antiguo de la obra de Boecio *De Consolatione Philosophiae* («tener un territorio bien poblado, tener *gebedmen* [hombres que rezan], *fyrdmen* [hombres que guerrean] y *weorcmen* [hombres que trabajan]»)[1]; el *Apologeticum* de Abbon de Fleury, de finales del siglo X, que afirma que la sociedad la forman religiosos y seglares, dividiéndose estos últimos en *agricolae* (agricultores) y *agonistae* (combatientes); y también, sin ago-

[1] Se restituyen los términos en inglés antiguo (o anglosajón) referidos a los tres estados, cf. Grisward 1978.

tar dichos ejemplos, el sermón que cierto monje anglosajón del siglo X llamado Aelfric escribió en latín y en su lengua materna, dedicado a los santos y, sobre todo, a los Macabeos (caballeros *avant la lettre*), en el que iban a quedar establecidos los apelativos que definen los oficios de la Edad Media y sus clases, estados o estamentos:

> *Qui sunt oratores, laboratores et bellatores?*
> En este mundo existen tres categorías sociales: *laboratores*, *oratores*, *bellatores*. Los *laboratores* son aquellos que procuran nuestra subsistencia mediante su trabajo; los *oratores* los que interceden por nosotros ante Dios; los *bellatores* aquellos que protegen nuestras ciudades y defienden nuestra tierra[2].

Dicho sea de paso, amparándose en este esquema de las tres órdenes o estados, los reyes de la dinastía Plantagenet (ligada a la de Anjou) promoverían la literatura cortés y caballeresca para oponerse a la que se escribía en Francia (fundamentalmente dominada por los cantares de gesta), con la que se hallaban en disputa por su condición de duques de Bretaña y Normandía, junto con otros títulos que les permitían disponer de más tierras francesas que el propio rey de Francia. Por ello no es de extrañar que Benito de Sainte-Maure, que escribe el *Roman de Troie*, y Walter (o Gautier) Map, autor de la *Estoire del Saint Graal* y de la *Estoire de Merlin*, se hallaran a su servicio; y que, en 1155, el normando Wace, autor del *Roman de Brut* que prosifica la anterior *Historia Regum Britanniae*, dedicase esa obra a Leonor (o Alienor) de Aquitania (esposa de Enrique II Plantagenet), y que María de Champaña y Alix (hijas de Leonor) impulsasen la creación literaria en las cortes de Troyes y

[2] Duby (1983: págs. 23, 150-151; 137-138 y 155) y Flori (1983: pág. 123-127). Asimismo, Grisward (1978: pág. 200) y Flori (1983: pág. 61) para el texto de Alfredo el Grande. Según Ladero (cf. Juan de Salisbury, introducción: pág. 56), la implantación en Europa de la estructura de los tres estamentos se debe a las obras de Aelfric y Alfredo el Grande, a las que deben sumarse las de Wulfstan, obispo de Londres.

Flandes, beneficiando con ello a Chrétien (o Cristiano) de Troyes, autor de los excelentes *romans* caballerescos que, por seguir la feliz expresión de Carlos García Gual, se contarán entre las primeras novelas europeas centradas en la «materia de Bretaña». Esta «materia», por mantener la denominación medieval, narra las gestas del rey Arturo, la Tabla Redonda y la búsqueda del Grial con un carácter caballeresco e irreal que recoge las fantasías propias del mundo céltico. Las dos restantes son la «materia de Francia», que trata las gestas de Carlomagno y de sus barones, y la «materia de Roma», que hace lo propio con las que proceden del mundo clásico grecorromano; las tres aparecerían catalogadas como tales en la *Chanson des Saisnes* (ca. 1200), de Jean Bodel.

A este tipo de obras, que serían prosificadas junto con los cantares de gesta para dar paso a los libros de caballerías hispánicos y a los largos poemas caballerescos del siglo XVI (como el *Orlando furioso* de Ludovico Ariosto y la *Faerie Queene* de Edmund Spenser), se debe la posterior popularidad de la caballería y la caballerosidad, relegadas en sus últimos tiempos a las acciones singulares de unos pocos caballeros ensimismados en los ideales de una concepción del mundo ya en desuso, cuya proyección literaria más notoria sería aquel Ingenioso Hidalgo que todos conocemos.

Así pues, no debemos menospreciar la caballería literaria, porque, al actuar sobre el espíritu, cumplió la misma función que las dos obras de las que hablaremos más adelante, templando la fuerza de las armas de los caballeros (y sus excesos) con la fuerza del ánimo y la noble emulación de los personajes que presentaba.

Sea como fuere, el esquema de los tres estados aparece consolidado en la España de mediados del siglo XIII, pues en las *Siete Partidas* (Partida II, XXI, prólogo) se encuentra casi al pie de la letra (lo transcribo en el castellano actual) lo que tres siglos antes había dicho el monje Aelfric:

> *Defensores* son uno de los tres estados por los que Dios quiso que se mantuviese el mundo. Pues, así como los que ruegan a Dios por el pueblo son llamados *oradores*, a los que labran

la tierra y hacen en ella aquellas cosas por las que los hombres deben vivir y mantenerse se les llama *labradores*[3].

De esta fuente bebe Ramon Llull cuando, por 1276, compone el *Libro de la Orden de Caballería*, en el que menciona los estamentos del mundo feudal, llamándolos órdenes y haciendo hincapié (mediante sus «intrincadas razones») en que los caballeros no deben anteponer su estamento propio a los demás:

> El orden no sólo se encuentra en los hombres que aman su orden, sino que está en ellos para que amen las demás. Por tanto, amar una orden y desamar otra no es mantener dicho orden[4], pues Dios no ha hecho ninguna de ellas para que sea contraria a las demás. Por tanto, si el hombre religioso no sigue su orden por amarla tanto que desama a las demás, el caballero que ama tanto a su orden que menosprecia y desama a las demás órdenes no cumple con el oficio de caballero. Pues si un caballero tuviera orden de caballería desamando y destruyendo otra orden, se seguiría que Dios y orden serían contrarios, lo cual supone una contradicción (*LOC*, II, 5)[5].

Los tratadistas posteriores recordarán constantemente los tres estados, entre ellos el Infante Don Juan Manuel (1283-1348): «Todos los estados de este mundo se encierran en tres: al uno

[3] Excepto en este caso particular, las demás referencias a esta obra, que proceden de su edición del siglo XVI reseñada en la Bibliografía (entrada «Alfonso X»), aparecen en su idioma original (que puntúo para una lectura más cómoda). Valga lo mismo para las provenientes de otras obras escritas en el castellano de la Edad Media. Respecto al desarrollo del título XXI de las *Siete Partidas* y al influjo que ejerció en los tratados escritos por el Infante Don Juan Manuel y Ramon Llull, de los que se hablará más adelante, cf. Lizabe de Savastano 1991.

[4] Consideramos que, en este contexto, el término «orden» precisa de sus dos géneros.

[5] En lo sucesivo, todas las referencias textuales a las obras no escritas en castellano se dan traducidas por nosotros. En el caso de Llull, el texto se remite a la edición presentada en este libro.

llaman defensores; et al otro oradores; et al otro labradores» (*Libro de los tres estados*, I, XCII, f. 97r.); y también: «Los estados del mundo son tres: oradores, defensores, labradores» (*Libro del cavallero et del escudero*, XVII, f. 3r.)[6].

El hecho de que Llull identifique la orden de caballería con el estamento de los defensores no nos parece correcto, porque hay muchos defensores que no son caballeros (en España, entre otros, los adalides y los almocadenes)[7], como se indica en las

[6] Las referencias a la obra del Infante Don Juan Manuel remiten a la entrada «Infante Don Juan Manuel» de nuestra Bibliografía. El *Tractat de Cavalleria* (ley VII) de Pere III el Cerimoniós de Cataluña (y IV de Aragón), de finales del siglo XIV, sigue recordando la partición en clases o estamentos: «Defensores son uno de los estamentos por los que Dios quiere que se mantenga el mundo; pues si así como los que rezan a Dios por el pueblo son llamados oradores, y así mismo los que labran la tierra y hacen en ella las cosas con las que los hombres tienen de qué vivir y mantenerse son llamados gobernadores, así mismo aquellos que deben defender a los demás son llamados defensores» (Bohigas, ed. 1947: pág. 111). Incluso en una biografía novelada del siglo XV, el *Victorial*, se insiste en lo dicho: «Estas cosas todas binieron ansí a ser hechas por dispensaçión de la potençia divina, que le plugo ansí de ordenar el mundo que oviese tres estados de gentes: oradores e defensores e labradores, e que cada uno usase de su ofiçio» (Gutierre Díez de Gámez: pág. 186).

[7] Los adalides eran una especie de oficiales reales que se asemejaban a los caballeros aunque no hubieran sido armados como tales. Su nombramiento depende de una ceremonia de posibles orígenes paganos, particularmente germánicos (a menos que el simbolismo de la cruz que dibujaban con su espada, como se verá a continuación, tuviera algo que ver con un ritual que desconocemos de los tiempos del ejército de Constantino, pues nos recuerda el signo de la cruz que éste llevó por primera vez contra Majencio): Luego de que otros doce adalides respondieran por él, era subido por éstos a un escudo dispuesto en el suelo con la concavidad hacia arriba, que levantaban para que él propinara con su espada un golpe de izquierda a derecha y otro de arriba abajo (formando de tal suerte una cruz) hacia cada uno de los cuatro puntos cardinales, mientras con fuerte voz desafiaba en el nombre de Dios a todos los enemigos de la fe y de la tierra de su señor el rey. Después de que envainara la espada y de que el rey le pusiera un pendón en la mano, ya era adalid (conductor de hombres) y podía llevar armas, caballo, pendón y sentarse a comer con los caballeros, e incluso

Siete Partidas, donde se hace hincapié en el hecho de que los caballeros sean los únicos que pueden otorgar la ordenación caballeresca (en la que no pueden entrometerse los sacerdotes), dejando constancia de la (casi) sacralidad de los caballeros al especificar que sólo quien sea caballero puede nombrar caballero (Partida II, XXI, XI y XIV), hecho por el que Llull casi pasa de puntillas, relegando, en contra de las disposiciones alfonsíes, al caballero encargado de la ceremonia a un segundo plano, pues el primero se halla ocupado por los sacerdotes (*LOC*, IV, 4-12), y llegando incluso a afirmar que el sacerdote es un «caballero espiritual». Posiblemente, el Infante Don Juan Manuel, posterior a Llull, quiso recordar este carácter sacralizante del caballero al afirmar que «la cavallería es a manera de sacramento» (*Libro de los estados*, I, XCI, f. 96r.)[8].

acaudillarlos (Partida II, título XXII, ley III). El nombramiento de los almocadenes, que eran oficiales de infantería, es similar: Doce de ellos apadrinaban al nuevo almocadén y lo levantaban hacia arriba desde el suelo, después de que él hubiera pisado en las dos lanzas que sus padrinos sostenían, de las que no debía caerse. Acto seguido lanzaba a los cuatro puntos cardinales el desafío que antes vimos, sin apartar de su rostro la lanza provista de pendón que aguantaba en la mano derecha (Partida II, título XXII, leyes V y VI). A estos rituales, que se nos antojan bárbaros, podemos añadir otro que antaño habían sufrido los caballeros para no olvidar sus obligaciones: «Los señalavan en los braços diestros con fierros calientes, de señal que ningund otro home non la avía de traer si non ellos» (Partida II, XXI, XXI). Según Tertuliano (*De corona militis* XL), que vive entre los siglos II y III, a los candidatos al tercer grado mitraico, el de *miles*, los marcaban «en la frente con el sello del Diablo» (cf. Alvar 2001: pág. 270); valga el presente comentario para explicitar la perspectiva que mantendremos respecto a los posibles antecedentes paganos de la caballería medieval.

[8] Infante Don Juan Manuel: pág. 390. Análogo orden de cosas indica Keen (1986: págs. 92-93) al recordar la ceremonia acaecida en 1128, cuando Geoffroi (o Godofredo, o Geoffrey) de Anjou fue armado caballero en Ruán por Enrique I Plantagenet, pues en ella no aparece ningún clérigo: el joven recibió un baño ritual, lo vistieron con una túnica blanca y un manto de púrpura y fue conducido ante el rey, tras lo cual le fueron calzadas las espuelas de oro, le colgaron del cuello un escudo adornado con un símbolo heráldico, y el rey le ciñó una espada supuestamente forjada por Gallans (o Galland, forma en

Más adelante volveremos a esta cuestión que consideramos relevante.

La Orden de Caballería[9], poema anónimo

El 10 de junio de 1179, muy poco antes de la tercera Cruzada, el caballero Hugo de Galilea (o Tabaría[10]) fue capturado por el sultán Saladino durante la escaramuza acaecida en las márgenes del río Litani, cerca del castillo de Beaufort y del lago Tiberíades (o mar de Galilea), y después liberado por su madre, la duquesa de Trípoli, tras el pago de 55.000 denarios tirios[11].

En el transcurso de su breve prisión, Saladino le obligaría a explicarle los fundamentos de la ordenación caballeresca. Dicho lance iba a motivar que un clérigo de Picardía o del nordeste de Francia (por los términos dialectales que emplea)[12] compusiera

francés antiguo de Wieland, el herrero-mago de la mitología germánico-nórdica). Más adelante (cf. *infra* «La ordenación caballeresca») explicitaremos textualmente esta ceremonia.

[9] Esta obra podría ser llamada en sentido amplio «tratado», aun a sabiendas de que sólo podemos considerarla como tal por la exposición doctrinal que aparece en ella, la cual se ve contrarrestada, en cierta forma, por su talante novelesco. En este comentario no hacemos sino seguir lo expuesto por Lizabe de Savastano cuando afirma que «el tratado de caballería es una modalidad literaria que posee la tendencia a moverse más en el campo de la exposición doctrinaria que en el de la creación novelesca [...] [*siendo*] un género con cierta asepsia novelesca, aspecto este esencial para distinguirlo de otras formas literarias, por ejemplo, los libros de caballerías», cf. Lizabe de Savastano (1991: pág. 93).

[10] *Tabaría* (latín medieval: «Thabaria»; francés antiguo: «Tabarie»; castellano antiguo [cf. *Gran Conquista de Ultramar*]: Tabaría; árabe: «Tabariyah»; hebreo: «Teverya») se refiere al mar de Tiberíades, al castillo de este nombre y a la región bañada por aquél. Para los mapas que la definen geográficamente, cf. Riley-Smith, ed. (1991: págs. 37 y 57).

[11] Cf. Runciman (1973: pág. 380).

[12] Con respecto a la teoría de que el propio Hugo de Tabaría fuese el autor de la *OC*, cf. Daunou 1824; en lo referente a la que afirma que su autor fue un clérigo, cf. Duval 1835.

L'Ordene de Chevalerie (La Orden de Caballería) en la primera mitad del siglo XIII (incluso entre los años 1206 y 1222, por la referencia que en alguna de sus versiones se hace a los herejes albigenses o cátaros, erradicados después de esta última fecha)[13]. *L'Ordene de Chevalerie* es un poema breve (de menos de setecientos versos en su versión más larga[14] y algo más de quinientos en la que presentamos) en francés antiguo, compuesto en pareados de octosílabos (a la manera de los *romans* de la época) que, al modo trovadoresco (por otra parte, ligado a los cantares de gesta), se debió de recitar durante la misa a modo de entretenido sermón. Es posible que lo narrado en él no le sucediera a Hugo de Tabaría, sino a Hunfredo (Honfroi, Onfroi) de Torón[15], condestable de Jerusalén y vasallo de la casa de Tabaría (que había sido fundada por Hugo Falconberg de Saint-Omer y poseía tierras en la región del mismo nombre situada en la Picardía), y que alguien de dicha región decidiera atribuírselo a Hugo, escribiendo la breve obra que comentamos.

L'Ordene de Chevalerie aparece recogida en nueve manuscritos fechados entre finales del siglo XIII y mediados del XIV, que Keith Busby[16], su principal investigador, clasifica en dos grupos según su lenguaje: continental (redacciones más antiguas, con influjos dialectales del picardo y de las regiones nororientales de Francia, como ya hemos señalado) e insular (en anglonormando, que carecen del prólogo presente en el primer grupo):

[13] Cf. *infra OC* (v. 446).

[14] Las últimas versiones (o redacciones) no son tan ingenuas como las primeras, sino que intercalan largos pasajes destinados a la mayor honra de la Iglesia: es evidente que recapitulan el proceso de adoctrinamiento que vamos a encontrar en el *Libro de la Orden de Caballería*, el cual *(grosso modo)* domina la segunda mitad del siglo XIII.

[15] Cf. House (1918: págs. 1-6).

[16] Para una descripción completa de los manuscritos y de los códices que los recogieron, así como de otros manuscritos postmedievales, cf. Busby (1983: págs. 73-77) y Busby (1984: págs. 32-34).

Manuscritos en francés antiguo
(versiones continentales)

A París, Bibliothèque Nationale, fr. 837
N París, Bibliothèque Nationale, fr. 25462 (contiene también una versión en prosa de la *OC*)
J París, Bibliothèque Nationale, fr. 1553
M Metz, Bibliothèque Municipale, 855 (redacción incompleta)
H Londres, British Library, Harley 4333 (redacción incompleta)

Manuscritos en anglonormando
(versiones insulares)

C Cambridge, University Library, G.g.6.28 (parece faltar el final)
S Londres, British Library, Additional 34114 (fragmento)
L Londres, British Library, Additional 46919 (ex Phillips 8336)
G Cambridge, Gonville and Caius College, 424/448 (redacción más larga y diferente de las de *A*, *N*, *J*, *M*, *H* y *C*, *S*, *L*, *B*)
B Londres, Society of Antiquaries, 136 C (redacción diferente de las de *A*, *N*, *J*, *M*, *H* y *C*, *S*, *L*, *G*)

La *OC* sería prosificada siete veces entre los siglos XIII y XV[17], y Geoffroi de Charny la adaptaría en su *Livre de Chevalerie* de mediados del siglo XIV, así como Folgore de san Gemignano en el ciclo de sonetos que escribió; incluso Hein van Haken, que había traducido al neerlandés el *Roman de la Rose*, la adaptaría a dicha lengua al poco de ser compuesta[18].

Lo que más nos llama la atención en el ritual de la ordenación caballeresca que Hugo explica al sultán Saladino mientras se lo aplica, de suerte que está a punto de nombrarle caballero (aunque le ciña la espada y le calce las espuelas de oro, no le propina el pescozón), no es el hecho de que Saladino sea sarraceno[19], sino

[17] Cf. Kjellman 1920.

[18] Cf. Heyken 1950. La referencia proviene de Busby (1983: págs. 92 y 94 n. 32).

[19] La nobleza que Saladino demostró a Ricardo Corazón de León en el transcurso de la tercera cruzada le hubiera hecho merecedor de caballería; por

el curioso simbolismo de los colores de las ropas (blanco, rojo y negro) con que Hugo de Tabaría lo viste[20].

En efecto, blancas son las telas con que cubre su cuerpo («estas telas que cerca están de vuestra piel, todas blancas, significan que el caballero debe mantener limpia su carne si quiere llegar a Dios», *OC*, vv. 142-146)[21]; blanco el estrecho cinturón con que le ciñe («Señor, este pequeño cinturón significa que vuestra carne, vuestros riñones, vuestro cuerpo todo entero, habréis de preservar con mucha santidad; como si fuerais virgen, habréis de mantener limpio vuestro cuerpo. No deberéis dedicarlo a la lujuria, pues el caballero debe amar mucho su cuerpo y mantenerlo puro para que no le avergüence, ya que mucho aborrece Dios que se convierta en lodazal», *OC*, vv. 177-187); y blanca la cofia con que cubre su cabeza («al igual que esta cofia es sin tacha, hermosa, blanca, limpia y pura y se asienta sobre vuestra cabeza, así habréis de devolver el alma a Dios en el Día del Juicio, limpia de los pecados cometidos por el cuerpo y pura, y sin las locuras que él mismo habrá sustentado día a día, a fin de merecer el Paraíso que tan lleno está de deleites», *OC*, vv. 226-236).

Rojas son las ropas que luego le pone encima de las blancas («Señor, estas ropas que os doy sólo quieren daros a entender que deberéis derramar vuestra sangre para defender a Dios y a su ley. Esto es lo que significa el color bermejo», *OC*, vv. 153-157).

Y negras las calzas con que le cubre pies y piernas («estas calzas negras os las doy para que nunca olvidéis, para que siempre tengáis en vuestra memoria, la muerte, la tierra en la que yaceréis, de donde vinisteis y adonde iréis», *OC*, vv. 161-166).

otra parte, en las posteriores ficciones caballerescas (desde el Feirefiz que aparece en el *Parzival* de Wolfram von Eschenbach a los caballeros sarracenos que pueblan el *Orlando Inamorato*, el *Orlando Furioso*, las continuaciones y los *rifacimenti* de ambos, así como los libros de caballerías del Renacimiento) se demostraría que la caballería debe más a la nobleza de alma que a la de religión.

[20] Cf. Flori (2001: págs. 215-216) para un comentario de esta obra; también Keen (1986: págs. 20-22).

[21] La numeración de los versos se corresponde con Busby 1983, que hemos mantenido en nuestra edición para quien desee leer la obra original.

Resumamos los tres colores observados en esta ordenación caballeresca, así como las partes del cuerpo que se encargan de cubrir:

Blanco (riñones, cintura y cabeza), rojo (torso y brazos) y negro (piernas y pies). Además, dichos colores se relacionan respectivamente, tal y como se desprende de los textos que los mencionan, con la pureza que proviene del buen cumplimiento de la religión y que lleva al Paraíso (blanco); con el derramamiento de la sangre durante el combate (rojo); y con la tierra, de la que se nace y a la que se vuelve al morir (negro). Si esta relación entre colores, partes del cuerpo y acciones la ampliamos con los tres estados de la sociedad medieval, obtendremos la siguiente tabla:

Blanco: cuerpo y mente:	religión, ir al Paraíso	→ *oratores*
Rojo: torso y brazos:	derramar la sangre, combatir	→ *bellatores*
Negro: piernas y pies:	al morir se regresa a la tierra	→ *laboratores*

Curiosamente, como veremos a continuación, estos mismos colores y estados (u oficios) encuentran una evidente correspondencia en las características físicas y aptitudes de los personajes de una obra literaria alejada del contexto social de la sociedad medieval: la *Rígsthula*.

Uno de los poemas de la *Edda* poética, la «Canción de Rig» *(Rígsthula)*[22], explica el origen de las tres clases sociales que configuraban la sociedad escandinava pagana: nobles, hombres libres y siervos. Recordemos que dicha sociedad carecía de clase sacerdotal –pues los *godar* (una especie de sacerdotes seglares, si es que queremos compararlos con los sacerdotes cristianos) sacrificaban a los dioses por libre iniciativa, sin abandonar por ello la clase a la que pertenecían– y que los siervos *(thraellar)* proce-

[22] Posiblemente recopilada a mediados del siglo XIII, que es cuando muere Snorri Sturlusson. En adelante seguimos la traducción de E. Bernárdez (cf. Snorri Sturlusson), cotejándola en ocasiones con la que Dumézil presentó en su artículo «Le *Rígsthula* et la structure sociale indo-européenne», *Revue de l'Histoire des Réligions*, CLIV (1958): págs. 1-9 (reproducido en Dumézil 1987: págs. 211-221).

dían de las antiguas poblaciones conquistadas y sometidas, y no tenían por tal motivo derecho a voto en el *Thing*, la asamblea democrática, siendo semejantes, por tanto, a los ilotas de Esparta.

Pues bien, en la *Rígsthula* se nos cuenta que el dios Heimdall abandona el Valhalla y, haciéndose llamar Rig, visita tres alquerías. Nueve meses después de las respectivas visitas de aquél, las esposas de los hombres que lo acogieron dan a luz a los progenitores de las tres clases mencionadas. En la casa de Ái (bisabuelo) y Edda (bisabuela) nació un niño que «era negro de piel, y lo llamaron Thrael (siervo)». En otra casa, habitada por Afi (abuelo) y Amma (abuela), nació Karl (hombre libre), al que «vistieron con lino; [era] pelirrojo y sonrosado, con los ojos vivos». En la casa de Fádir (padre) y Módir (madre) nació Jarl (noble): «Jarl lo llamaron, rubio era su pelo, de un blanco brillante[23] sus mejillas, agudos sus ojos cual los de una sierpe [...]; blandía escudo de tilo, tensaba los arcos. [...] [El que más adelante será el hijo de Jarl,] Konr ungr (rey) conocía las runas [...] y calmaba los mares. Aprendió el habla de las aves y a apagar los fuegos».

Las características físicas de estos jóvenes, así como sus nombres, definen el significado del poema, aquello por lo que fue escrito, y, lo que es más importante, una analogía entre colores (los de sus rostros) y clases sociales:

Siervo *(thrael)*: negro
Hombre libre *(karl)*: rojo
Noble[24] *(jarl)*: blanco

Observamos unas relaciones entre colores y estamentos similares a las que podemos encontrar en *La Orden de Caballería*, aunque no idénticas. Y si recordamos que ya en la India antigua[25] existía una relación similar entre los miembros de la clase social (*brahmana*, *kshatriya*, *vaisya* y *sudra*) y los colores

[23] *blanco brillante* («bleikr», en antiguo noruego).

[24] Es evidente, dicho sea de paso, que rey sólo puede ser el hijo de un noble.

[25] En el Irán anterior a la llegada del islam el sistema de colores y clases sociales era muy similar, cf. Haudry (1981: pág. 141); también Widengren (1968: pág. 153).

(*varna*, que en la India actual aún se refiere a las clases sociales o castas) asociados a ellas[26], el hecho nos parece aún más interesante por desbordar el marco geográfico europeo:

Sacerdotes *(brahmana)*: blanco
Guerreros *(kshatriya)*: rojo
Labriegos-ganaderos *(vaisya)*: amarillo
Siervos *(sudra)*: negro

Y aunque se pueda objetar que las clases que aparecen en estas sociedades, aparentemente tan ajenas al mundo medieval, introducen una distorsión (porque el siervo, como tal, no está tipificado en los tres estamentos) y que las analogías con él son fortuitas, diremos que no es así, pues el opúsculo *De imago mundi*, atribuido en el siglo XII al eclesiástico Honorio Augustudunensis, presenta un esquema similar para explicar la variada procedencia de los seres humanos después del Diluvio, y en él aparecen los siervos:

> El género humano fue dividido en tres, entre los *liberi*, los *milites* y los *servi*; los «libres» descendían de Sem, los «caballeros» de Jafet, los «siervos» de Cam[27].

Y si observamos que, en 1159, Jean de Salisbury (*Policraticus* V, II) afirma que la sociedad es como un cuerpo cuya cabeza se corresponde con el rey, las manos con sus oficiales y soldados, y los pies con los agricultores, «que se encuentran continuamente pegados al suelo»[28], podremos volver a la relación existente entre estamentos y partes del cuerpo que habíamos descubierto en *La Orden de Caballería* y mencionar ahora la correspondencia que, en cuanto a dichas partes, existía en la India védica entre el

[26] Curiosamente, la Iglesia Católica presenta un análogo simbolismo de colores en las vestiduras de algunos de sus grados: negro para los sacerdotes; rojo para los cardenales; blanco (con algo que sea de color rojo, zapatos o capelo) para el papa, que fue cardenal.

[27] Duby (1983: pág. 350).

[28] Cf. Juan de Salisbury (1984: págs. 347-348).

Purusha, el hombre primordial sacrificado por los dioses para formar el cosmos, las clases sociales y las diferentes partes del cuerpo, las cuales concuerdan con lo observado en los anteriores textos:

> De su boca nació el brahmán; de sus brazos el noble; de sus dos piernas el trabajador; y, en cuanto al siervo, nació de sus dos pies[29].

Si estamos en lo cierto, el caballero cuyo cuerpo es vestido con los colores observados en *La Orden de Caballería*, aun ignorando su simbolismo, recapitulará, entonces, en su persona las tres clases (*oratores*, *bellatores* y *laboratores*) que debe defender con su vida[30]. Habida cuenta del marco geográfico en que se desarrolla esta obra y conociendo el influjo que, en el dominio del arte, Mesopotamia y Siria-Palestina ejercieron en la iconografía del románico, ¿no sería posible que el simbolismo de colores de *La Orden de Caballería* procediera de la Persia o la India de época medieval?

No necesariamente, pues las analogías observadas se pueden explicar muy bien por el fondo común de los pueblos que habitaban la Europa de aquel tiempo, los cuales eran de origen indoeuropeo[31], y porque, como ya fue demostrado por

[29] Cf. *Rig Veda*, *Riksamhita*, 10. 90, en Varenne (1982: pág. 217).

[30] Como en el hermetismo, su cuerpo (el microcosmos) recapitularía la sociedad (el macrocosmos).

[31] Recordemos que, de manera muy resumida y en sentido muy amplio, los términos indoeuropeo, indoario, iranio e indoiranio se circunscriben, respectivamente a: 1) el territorio que cubre desde Europa hasta la India, ambas incluidas, junto con los pueblos que las ocuparon; 2) la India antigua, junto con los pueblos que llegaron a ella y aquellos que recibieron su lengua; 3) los pueblos y territorios del actual Irán y las grandes extensiones de Asia Central que formarían el imperio aqueménida, junto con las regiones ocupadas por etnias iranias periféricas como escitas, sármatas y alanos; y 4) los pueblos y territorios que resultan de la suma de los descritos en 2 y 3, aunque el término se refiera más específicamente a un estado de la lengua anterior a su separación según lo indicado en 2 y 3.

Dumézil[32], dichos pueblos (griegos, itálicos, celtas, germanos, eslavos, ilirios y baltos, por no citar a los hititas e indoiranios de Asia, entre otros) crearon un panteón de dioses que reproducían las funciones de su sociedad: la primera, relacionada con la divinidad y el derecho; la segunda, guerrera, de defensa de las otras dos funciones; y la tercera, relacionada con la alimentación y la reproducción, con todo lo que sirve para mantener el cuerpo.

Y aunque hayamos contestado a la pregunta que antes nos hacíamos con un «no necesariamente», las correspondencias presentes en *La Orden de Caballería* se podrían explicar también por un influjo (de refuerzo) más reciente proveniente de Persia o de la India, dada la situación asiática de Palestina y el contacto de los europeos con los minorasiáticos durante las Cruzadas. De cualquier modo, los tres estamentos de la Edad Media europea serían el estadio final, en su vertiente social, de la ideología trifuncional indoeuropea común, asentada y organizada de manera homogénea en los restos del Imperio Romano que, con el tiempo, darían lugar a las naciones de Europa.

El fenómeno caballeresco en la segunda función indoeuropea. Mitos, fraternidades y misterios

A finales del invierno, tanto en el antiguo Irán, donde aún no ha nacido el zoroastrismo, como en la India védica (nos

[32] Dumézil 1970 supone el mejor resumen de sus tesis. Para una bibliografía de este notable investigador, cf. Rivière (1978: págs. 239-257). Duby no comparte la tesis de Dumézil respecto a que la trifuncionalidad propia de los indoeuropeos diera paso a los tres estados de la Edad Media, pues, según él, sus tres funciones sólo son elucubraciones creadas a partir de una concepción del mundo: «En la confluencia del pensamiento y del lenguaje, existe, estrechamente ligada a las estructuras de un lenguaje, un cierto modo de decir la acción del hombre sobre el mundo (es ésta justamente la trifuncionalidad de que habla Dumézil), tres constelaciones de virtudes de las que están dotados los dioses y los héroes», cf. Duby (1983: pág. 25). Griswald 1978 estudia el fenómeno caballeresco de la Edad Media en relación con las teorías de Dumézil y se alinea con éste.

encontramos antes del año 1000 a. C.), los comparsas celebraban en las poblaciones más importantes la llegada del Año Nuevo dando muerte ritual en el transcurso de dichas celebraciones a un simulacro de dragón. En la India mataban a Vritra («lo que cubre, lo que encierra, el obstáculo, el pestillo, la resistencia»), también llamado Ahi («la Serpiente», por ser un ofidio monstruoso), que se había apropiado de todo lo que simbolizaba la vida (reteniendo, embalsando o desviando las aguas y robando vacas y doncellas, todos ellos elementos de la tercera función), de suerte que el mundo estaba abocado a la sequía y la esterilidad. El dios Indra (de segunda función, guerrera), fortificado por el *soma* (una bebida ritual similar a la ambrosía que produce un valor inaudito), toma la fortaleza del monstruo que vive en lo alto de una montaña y, aplastándolo con un *vajra* (rayo), lo mata, cortándole en el acto la cabeza y liberando las aguas, las vacas y las doncellas, de suerte que estas últimas se entregan a él en una hierogamia o matrimonio sagrado. Varios siglos después, el vishnuismo vería en el combate contra Vritra un mito que simbolizaba el regreso del mundo al orden[33].

En su lucha contra el dragón, Indra recibe la ayuda de los Maruts, que, en su condición de bardos, lo alaban con sus cánticos. Se los describe como una tropa de jóvenes y adolescentes que desencadenan vientos, rayos y lluvia por ser divinidades atmosféricas[34]. Para Dumézil suponen la transposición a los dominios del aire del batallón de jóvenes guerreros, los *márya*[35].

[33] Cf. Gonda (1962: págs. 74-81).

[34] *Ibid.*, págs. 79-81.

[35] Cf. Dumézil (1970: pág. 17). Precisamente, los comparsas de la celebración reclaman este carácter de compañeros del dios, cf. Dumézil (1985: págs. 153-155). Quizá de este término proceda el de *maryannu*, original del reino de Mitanni, en el que se habló una lengua indoaria. Los mitannios extendieron el uso del caballo en el Próximo Oriente, pues fue uno de sus eruditos, Kikuli, quien escribió para los hititas el tratado de hipología más antiguo del mundo. El término *maryannu* (el sufijo *-nnu* se debe a su adaptación a la lengua hurrita) se aplicaría durante los dos últimos tercios del segundo milenio a. C. (y desde Egipto a Mesopotamia) tanto a los conductores de los carros de guerra como a la clase social (¿aristocrática?) relacionada con éstos y con la cría de

Este término en antiguo indio equivale al avéstico *mairya* (hombre joven) y, tanto en el caso iranio como en el indoario, se refiere al miembro de las confraternidades de jóvenes que corren por los campos y llevan una vida licenciosa venerando a un héroe que es el matador de un dragón[36]. Dichas fraternidades se hallaban en Irán bajo la advocación del dios Mithra[37] (equivalente a *Mitra* en antiguo indio) y el nombre de su organización militar, *haena* (*sena* en antiguo indio), significaba «tropa formada por guerreros jóvenes», cuya enseña era un estandarte negro con el emblema del dragón[38] o del lobo. En épocas históricas,

caballos, cf. Vita (1995: págs. 91-109). Para Mitanni y los orígenes indoarios de los *maryannu*, cf. O'Callaghan (1948: págs. 54, 56-70).

[36] Cf. Widengren (1968: págs. 39-43). Conocemos la existencia de los vikingos de Jom (su historia fue recogida en la *Jómsvíkinga Saga*), asentados en la ciudad-fortaleza de Jomsburg, la Jumne mencionada por Adán de Bremen en su *Gesta Hammaburgensis ecclesiae pontificum* (cf. Jones 1984: pág. 127), que fue fundada en el siglo X por el danés Harald Diente Azul en algún lugar situado en la desembocadura del Oder. Su puerto podía albergar trescientas embarcaciones del tipo «navío largo», también llamadas en antiguo noruego *snekkja* (serpiente), por su longitud y color negro, y *drakkar* (dragón), por la cabeza de aquel monstruo mítico que ostentaban en sus proas. Los *jomsvikingr*, cuyas edades se encontraban entre los dieciocho y los cincuenta años, alquilaban sus servicios al mejor postor y juraban llevar una vida austera sin miedo y sin tacha al servicio de su señor. Se consideraban hermanos, no ofrecían sus servicios de manera individual ni guardaban para sí información alguna y debían vengar a sus compañeros y repartir comunitariamente los botines conseguidos. Aunque en su fortaleza no pudiera entrar mujer alguna, podían ausentarse de ella hasta tres días (cf. Brønsted 1976: pág. 157; asimismo cf. Durand 1967: pág. 66). Es posible que las célebres Compañías Blancas, que desempeñaron labores mercenarias en la Edad Media, fueran un reflejo de las sociedades de guerreros que, como los vikingos de Jom, parecen remitirse a los guerreros indoiranios de los que antes hablamos.

[37] En las palabras de origen iranio, el grupo *-th* se pronuncia como en inglés.

[38] El estandarte que ostenta un dragón, o el simple simulacro de un dragón hecho con tela que se coloca en el extremo de una lanza y se expande al recibir el viento, empleado por el ejército romano durante el Bajo Imperio, fue introducido por los dacios y partos, de etnia irania, cf. Eliade (1975: pág. 17). El

sus miembros llevarían un yelmo con forma de dragón y combatirían desnudos. Con el tiempo, estos guerreros (a los que el reformador Zarathustra no veía con buenos ojos porque no aceptaban el culto[39] a Ahura Mazda que él proponía, de suerte que se vio forzado a convertir los antiguos dioses en virtudes y potencias del alma), que se extendieron primeramente por el este de Irán, llevarían su ideología al oeste y serían integrados en el régimen feudal iranio[40].

La lucha de Mithra contra el dragón se mantendría en el culto mistérico de este dios que, bajo el nombre latinizado de Mitra, iba a imponerse en el Imperio Romano. En dicho culto también se celebraba un simulacro litúrgico de la batalla entre el dios y el dragón, que finalizaba a golpes de maza con la muerte del monstruo a manos del oficiante de mayor grado[41].

Con respecto a las relaciones entre Roma e Irán, y para abundar en el tema de la caballería que, aunque haya quedado en un segundo plano, no deja de inspirar nuestro discurso, Du Breuil comenta lo siguiente:

> La caballería parta y sasánida adelanta la heráldica que florecerá en Europa después de las primeras cruzadas contra el islam, aunque sus rudimentos estuvieran presentes entre celtas, griegos y romanos [...]. Basta con comparar el arnés de los caballeros europeos de las primeras cruzadas con los bajorrelieves

Mithra que apadrinaba estas tropas de aguerridos jóvenes no era una divinidad guerrera (de segunda función), sino un dios que se ocupaba del derecho (de primera función), aunque compartiese las funciones de Vayu (que se relaciona con el viento) y de Verethragna, forma irania del avéstico *Vritrahan* (matador de Vritra), que era epíteto de Indra, cf. Widengren (1968: págs. 33-34).

[39] El mazdeísmo fue una religión dualista apoyada en la existencia de Ahuramazda (Ahura Mazda, Oromazes, Oromazdes, Ormuz, el bien absoluto) y de su contrario Ahrimán (Ahra Mainyú, el mal absoluto). Con el tiempo daría lugar al maniqueísmo, que, bajo sus variantes de catarismo y bogomilismo, se extendería por Europa entre los siglos XI y XIII.

[40] Cf. Widengren (1968: pág. 42). Asimismo, el capítulo «La banda guerrera», en Lincoln (1991: págs. 145-156).

[41] Cf. Widengren (1968: pág. 62).

de los caballeros partos y sasánidas, que, montados sobre caballos revestidos de armaduras, ya llevan cota de malla, lambrequines, piezas de armadura y signos distintivos preheráldicos, para constatar que los elementos externos de la caballería ya se anunciaban en el oriente persa entre seis y diez siglos antes que los nuestros[42].

El mitraísmo se asentaría en las tierras del Imperio Romano durante el siglo I, para desaparecer en el IV ante la competencia del cristianismo, cada vez más pujante. Es muy posible que la fecha de su fundación se pueda adelantar, ya que a mediados del siglo I a. C. se había producido en la frontera oriental de Roma el sincretismo de la religión griega con la mazdeísta[43], y porque en el Oriente Próximo circulaban desde un siglo antes cierta colección de profecías denominadas *Oráculos de Hystaspes*. En éstos, escritos en griego, se menciona la inminente llegada del mal, la indisciplina de los ejércitos y la pérdida de la justicia y la piedad[44], así como la llegada del Gran Rey (Mithra u otro dios análogo) que salvará a los justos del caudillo de los impíos, el cual se ha dirigido a un desierto rodeado de montañas, adonde aquéllos han huido, para exterminarlos[45].

[42] Breuil (1989: págs. 35-36).

[43] Como prueban las inscripciones del mausoleo de Antíoco I de Comagene, que levantó estatuas a Zeus-Oromazdes (asimilando el dios supremo de los griegos al de los iranios), a Apolo-Mithra (ambos dioses de la luz, respectivamente entre griegos e iranios) y a Heracles-Verethragna (divinidades o semidioses que vencen a monstruos de varias cabezas), cf. Breuil (1989: págs. 24-25). Para Vermaseren (1960: págs. 18 y 63), los magos helenizados fueron los responsables de la creación del culto mistérico de Mitra, cuya festividad (el Mithrakana o Mithragán), en la que se inmolaban al dios numerosos caballos blancos, se celebraba en Irán a principios de octubre, seguida el 25 de diciembre por la de su nacimiento como dios solar.

[44] Dicho sea de paso, la pérdida de la justicia y la piedad justifica en la mayoría de los tratados caballerescos europeos la creación de la caballería.

[45] Cf. Widengren (1968: págs. 230-232). La «huida al desierto», considerada como motivo literario, es de origen iranio y penetra en el cristianismo con los esenios, que habían fundado su secta en el mar Muerto (o mar de Sodoma,

Afortunadamente, Lactancio (siglos III-IV) recogería parte del material de dichos oráculos en sus *Institutiones divinae* (VII, 19, 5), en las que identifica a Cristo con el Gran Rey y al jefe de los impíos con el Anticristo:

> De repente, una espada caerá del cielo para que los justos sepan que el jefe del ejército santo *(dux sanctae militiae)* va a bajar y que bajará hasta el centro de la Tierra, acompañado de ángeles [...], y el poder de los ángeles entregará a los justos la muchedumbre que ha rodeado la montaña[46].

Pero el mitraísmo que va a imponerse en Roma es una versión astrológica del culto original iranio, pues en la ceremonia más importante de este nuevo culto (la tauroctonía), Mitra mata al toro que se corresponde con la constelación del mismo nombre, simbolizando con ello el momento en que el invierno y la oscuridad (el frío y la negrura eran atributos de Ahrimán para los iranios) han quedado atrás y se ha asentado la primavera, comenzando el Sol (Mitra) a ejercer su poderoso efecto[47].

como se decía en la Edad Media). La religión de los esenios era la del judaísmo antiguo, pero teñida por el dualismo propio del zoroastrismo, que se resolverá en la lucha final entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas. Como puede apreciarse, en ella ya se adivina a grandes rasgos el Apocalipsis de san Juan Evangelista.

[46] Como la identificación del Gran Rey con Jesucristo no aparece en los pasajes que anteceden al reseñado, es evidente que Lactancio está remodelando un material pagano anterior. Para Widengren (1968: pág. 231), este tema o motivo escatológico procede de textos iranios anteriores (*Bundahishn* XXXIV, *Bahman Yast* III, 31).

[47] Ulansey 1989 expone las tesis revisionistas que ponen en tela de juicio las de Franz Cumont, principal estudioso del mitraísmo durante la primera mitad del siglo XX: nada hay en la antigua religión irania que indique una tauroctonía, salvo la que realiza Ahrimán, y no Mithra, al dar muerte al Toro Primordial. También existe en el culto romano a Mitra un atisbo de la antigua teoría de las cuatro edades de Hesíodo y un sincretismo con el orfismo (que se extendió por la Dacia y Tracia), pues Saturno (al término de la Edad de Oro) cede el mando del mundo a Cielo-Júpiter, de suerte que éste, junto con Mitra

Su religión constaba de siete grados[48], tantos como los planetas[49] que los gobernaban: *corax* (cuervo), Mercurio; *nimphus* (novio), Venus; *miles* (soldado), Marte; *leo* (león), Júpiter; *perses* (persa), Luna; *heliodromus* (corredor del Sol), Sol; y *pater* (padre), Saturno. En palabras de Vermaseren, el culto a Mitra es «un servicio militar, y la vida de este mundo una campaña al servicio del dios victorioso»[50].

El origen iranio del Mitra romano, ligado a las antiguas fraternidades de jóvenes guerreros, y la dureza de las pruebas que sus acólitos debían seguir para ascender a los diferentes grados explicarían la expansión de esta religión entre la clase militar, primero entre los soldados de Mitrídates Eupator[51], luego en los reductos de los piratas de Cilicia que acogían a los desertores de

(que es asimilado al Fanes órfico), debe enfrentarse a la oscuridad representada por Ahrimán-Plutón, hermano de Cielo-Júpiter e hijo como él de Zerván, el Tiempo Infinito (que era una divinidad rechazada por el mazdeísmo) nacido del Caos primordial; para una discusión en profundidad, cf. Alvar (2001: págs. 75-98).

[48] Cf. Alvar (2001: págs. 262-275).

[49] Estos planetas, de los que informa Orígenes (*Contra Celsum* 6.22), definen el orden en que el alma del iniciado debe recorrer las diversas esferas que los gobiernan hasta su liberación: Saturno, Venus, Júpiter, Mercurio, Marte, Luna y Sol, cf. Beck (1988: págs. 73-74). Pero dicho orden no se corresponde con el ptolemaico (tampoco con el que se desprende de los grados progresivos del mitraísmo) sino, curiosamente, con el que el arqueólogo Jules Oppert observó en las siete plantas de la ziggurat de Borsippa (cf. Parrot 1949: pág. 62), pintadas con los colores asociados a los correspondientes planetas (negro, blanco, naranja, azul, escarlata, plata y oro); lo cual indica cierta conexión entre el mitraísmo (al menos en sus aspectos astrológicos) y la antigua ciencia babilónica de las estrellas, y nos permite sugerir la hipótesis de que si el mitraísmo hubiera triunfado sobre el cristianismo, la teoría heliocéntrica habría sido propuesta mucho antes, pues aquel culto místérico hubiese terminado por situar a su dios, asociado como antes vimos con el Sol, en el centro del universo o del sistema solar.

[50] Vermaseren (1960: pág. 26).

[51] *Eupator* (buen padre). Es evidente que Mitrídates había llegado al grado más elevado de los misterios de Mitra.

aquéllos y, finalmente, en las tropas auxiliares *(auxilia)* del ejército romano que se hallaban en el punto más oriental del Imperio: la fortaleza fronteriza de Dura Europos, situada junto al Eufrates, donde se descubrió un importante mitreo o templo dedicado a Mitra.

Tertuliano (*De corona militis* XV; *Adv. Marcionem* I, 13; *De praescrip. Haeret.*, 40) recoge el juramento a la bandera *(sacramentum)* y la noción de *militia dei*[52]. La representación pictórica del grado de *miles* descubierta en el mitreo de Ostia consiste en un petate *(sarcina)*, una jabalina y un yelmo, objetos que se relacionan con la figura que, en el mitreo situado bajo la iglesia de Santa Prisca, en el Aventino de Roma, aparece ataviada con ropas oscuras y cargando en un hombro el mismo tipo de petate[53]. Ya vimos antes que el planeta que rige este grado es Marte, identificado con el dios de la guerra.

Tertuliano (*De corona militis* XV) comenta la iniciación al grado de *miles*:

> Cuando son iniciados en la caverna[54], un auténtico lugar de tinieblas, les ofrecen una corona que pende de la punta de una espada, para que se la pongan en la cabeza. Entonces deben rechazar dicha corona con una mano y dejar que resbale por uno de sus hombros, alegando que Mitra es su única corona. Después de esta ceremonia jamás son coronados y pueden invocar lo que acaban de hacer como prueba, en el caso de que a ello les obligue la disciplina militar. Desde el momento en que han rechazado la corona y han declarado que su corona es el dios, son considerados soldados de Mitra[55].

[52] Citado por Widengren (1968: pág. 254).

[53] Cf. Vermaseren (1960: pág. 120).

[54] La parte del mitreo dedicada a la ceremonia.

[55] Vermaseren (1960: pág. 120); para una versión algo diferente, adaptada a la tónica narrativa del capítulo que recoge esta ceremonia, cf. Cumont (1956: pág. 156). El desprecio de las glorias mundanas propio del *miles Mitrae* nos recuerda el análogo del *miles Templi* tan encomiado por Bernardo de Claraval en su *Elogio de la nueva milicia templaria* (XIII), cuando, a propósito de los

Valga todo lo indicado hasta ahora con respecto al mitraísmo para explicar que, partiendo de una asociación tribal de jóvenes y adolescentes encuadrados en la segunda función, hemos llegado a un comportamiento regido por el código del mitraísmo y al grado de *miles* (en la Edad Media se mantendrá este término latino, que en un principio nada tiene que ver con el mitraísmo, para denominar al caballero), el cual comporta una iniciación y obliga a quien lo ostenta a comportarse de acuerdo con el mismo[56].

Es posible y, para nosotros, muy probable que la caballería, tal y como la conocemos en el Occidente medieval, se debiera a la pervivencia de ciertos comportamientos arcaicos en el seno de su población, de orígenes indoeuropeos, similares a los que hemos observado hasta ahora, los cuales, al recibir la aportación de determinados elementos del cristianismo (sugeridos o inducidos por el estamento de los *oratores*), se reforzaron y posibilitaron la mutación de parte de los guerreros *(bellatores)* en caballeros.

La ordenación caballeresca

En la región francesa de Maçon, el término *miles* designa a partir de 971 al hombre libre que sólo ve restringida su libertad por el vínculo de vasallaje, de suerte que se superpone al *nobilis* (noble) y, en cierta manera, lo sustituye. Esto sucede por la atenuación del poder real en la región y el incremento de los señores feudales que se sirven de los *milites*[57]. A partir de 1175, *miles* aparecerá antepuesto al patronímico de los caballeros, que irá seguido por el título de *dominus* (señor), unido hasta entonces a la clase de los *oratores* con poder, o sea, los obispos. Por aquel tiempo se generaliza el empleo de la heráldica y surge el término *armiger* para referirse al escudero que, con el tiempo, podrá lle-

monjes guerreros, recuerda el salmo 113: «No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a Tu nombre da la gloria», cf. Bernardo de Claraval: pág. 73.

[56] Para un comentario sobre los valores y la ética asociados con los diferentes grados del mitraísmo, cf. Alvar (2001: págs. 154-162 y 254-285).

[57] Cf. Flori (1983: pág. 114).

gar a ser caballero. La caballería ya es una *ordo* (orden) a la que se accede mediante un rito sacramental[58]. Dicho rito parece proceder del realizado en 936 durante la coronación de Otón I como rey de Germania, cuando el arzobispo Hildeberto, al ceñirle la espada, le recordó que con ella debía combatir tanto a los enemigos del exterior (los eslavos paganos de su frontera oriental) como del interior (los malos cristianos). Y entre sus varias obligaciones añadió una ligada al fenómeno caballeresco: la protección de huérfanos y viudas[59].

Más adelante (a mediados del siglo X), el posterior Ceremonial Romano-Germánico desarrollará la bendición de la espada que, con las mismas obligaciones que atañen al rey, se entrega a los príncipes, la cual se extenderá con el tiempo a las espadas que se dan a los simples *milites* en la ceremonia de concesión de la orden de caballería[60].

El manuscrito redactado en Cambrai en 1093 presenta un «ritual de ordenación» *(ordo)* para armar a un defensor *(defensor)* de la Iglesia o a cualquier otro caballero, en el que el ordenando recibe la bendición después de haberle sido entregados pendón, lanza y espada. El obispo, que «ordena» a los caballeros de la iglesia episcopal como si fueran sacerdotes dependientes de él, les entrega el cinturón con el tahalí *(cingulum militiae)* y la espada mientras pronuncia las mismas palabras que se emplearon en la consagración real, aunque adaptadas a aquel caso particular, e invoca a los santos militares Mauricio, Sebastián y Jorge[61]. Este ritual es similar al del primer Pontifical Romano del siglo XIV, en el que el futuro caballero debe velar las armas en una iglesia después de tomar un baño y luego oír misa y presentarse ante un sacerdote, que le dará el pescozón o bofetón (*collée* o *paumée*) y pedirá la bendición de Dios para la caballería. Después de que la espada, que descansa encima del altar, haya sido bendecida, se la ceñirán, y un seglar se encargará de calzarle las espuelas.

[58] Cf. Duby (1983: págs. 403-405).

[59] Cf. Flori (1983: pág. 94).

[60] *Ibid.*, pág. 99.

[61] Cf. Duby (1983: pág. 408).

Pero estas ceremonias proceden de la que Carlomagno efectuó durante la coronación de Luis el Piadoso como rey de Aquitania (791), cuando le ciñó una espada, y de la que éste cumplió en la persona de Carlos el Calvo (838), cuando le ciñó la espada a su vez. Es evidente, por tanto, que, a partir del siglo X, sobre todo después de la redacción del Ceremonial Romano-Germánico, la Iglesia reivindicó para sí un acto que antes había sido prerrogativa tan sólo del emperador.

Hemos observado que los ceremoniales de coronación, de los que proceden los que posteriormente se adaptaron a la caballería, ponían especial énfasis en la protección de huérfanos y viudas. Es lógico que el caballero (representante de la segunda función) defienda a las otras dos: a la primera, que se refiere al derecho y a la religión, y a la tercera, que se relaciona con lo material y, en este caso, con la conservación de la especie, es decir, con las mujeres[62] (sobre todo si se han quedado viudas) y los niños desamparados. Pero no se trata de una obligación que tenga que ver exclusivamente con la pervivencia en época medieval de la estructura trifuncional indoeuropea, sino con el más puro instinto de supervivencia de la especie y de la sociedad presente en todas las culturas, que, en nuestro caso, se manifiesta como piedad. De cualquier modo, son innegables los antecedentes bíblicos de estos preceptos caballerescos[63] (Éx 22,

[62] Esta puntualización no desea hacer gala de machismo ni de incorrección política.

[63] Dos caballeros de la Orden del Temple, Ricardo de Hastings y Otho (o Tostes) de Saint-Omer, prepararon entre 1151 y 1171 una traducción del Libro de los Jueces en cuya introducción afirmaban que quien la leyera aprendería la «caballería» del tiempo de los Jueces y vería «qué honor es servir a Dios de esta manera y cómo Él recompensa a los suyos», cf. Keen (1986: pág. 162, n. 62). Curiosamente, ambos templarios debían de estar al servicio de los Plantagenet, pues actuaron como intermediarios en un tratado firmado por Enrique II de Inglaterra y Luis VII de Francia: ellos guardarían los castillos de Guisors y Neaufles, que reclamaba el monarca inglés, hasta que sus hijos Enrique y Ricardo se casaran con Margarita y Aelis, de la casa de Francia. Pero no fueron imparciales, pues, cuando Enrique se casó con Margarita (Ricardo jamás se casaría con Aelis), entregaron dichos castillos a

21-22; Dt 27, 19; Is 1, 17; Jer 22, 3; Sal 82, 3), que se resumen en Zac 7, 9-10:

> Así habla Yavé de los ejércitos: juzgad conforme a verdad, practicad la piedad y la misericordia hacia vuestro prójimo; no oprimáis a la viuda, al huérfano, al extranjero y al pobre; no maquinéis el mal en vuestros corazones el uno contra el otro[64].

En lo referente al simbolismo cristiano de las armas que viste el caballero, Busby[65] considera que proceden de Ef 6, 11-17:

> Vestíos de toda la armadura de Dios para que podáis resistir las insidias del diablo [...]. Tomad, pues, la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y, vencido todo, os mantengáis firmes. Estad, pues, alerta, ceñidos vuestros lomos con la verdad, revestida la loriga de la justicia y calzados los pies [...]. Embrazad en todo momento el escudo de la fe, con que podáis apagar los encendidos dardos del maligno. Tomad el yelmo de la salvación y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios[66].

Que la ceremonia de armar caballero estuvo exenta en un principio de la ingerencia y del control de la Iglesia[67], lo pone de manifiesto, además de lo visto, la Partida Segunda (cf. Apéndice), en la que no se permite que los sacerdotes participen activamente en ella, «porque sería cosa muy sin razón de entremeterse de fecho de cavallería aquellos que non ovieren ni han poder de meter ý[68] las manos para obrar della» (Partida II, XXI, XI). Esto con-

Enrique II, lo que suscitó la ira de Luis VII (cf. Brossard-Dandré y Besson 2007: págs. 259-260).

[64] Seguimos la edición de Nácar y Colunga (*Sagrada Biblia*, B. A. C., Madrid 1967).

[65] Cf. Busby (1983: pág. 90).

[66] Hemos seguido la edición de Nácar y Colunga (*Sagrada Biblia*, B. A. C., Madrid 1967).

[67] Sin cuestionar su institución divina, pero poniendo en tela de juicio su falibilidad y fiabilidad a causa de la condición humana de sus miembros.

[68] *ý*: allí.

cuerda con la fiel descripción de la ordenación caballeresca que Geoffroi de Anjou recibe de manos de Enrique I Plantagenet[69], acaecida en 1128, en la que, bajo los oropeles de tan impresionante ceremonia (en este caso, colectiva), vuelven a aparecer los principales elementos simbólicos que ya observamos en *La Orden de Caballería*: ropa interior (que suponemos blanca), manto rojo y medias de seda (cuyo color no se menciona):

> Al llegar el gran día, tal y como requería la costumbre de nombrar caballeros, se prepararon los baños. Cuando el rey supo por sus chambelanes que el angevino y los que le acompañaban ya habían efectuado la ceremonia de purificación, ordenó que se llegaran ante él. Después de haber limpiado su cuerpo y salir del baño que le había purificado, el noble descendiente de los condes de Anjou fue vestido con una túnica de lino sobre la que colocó una ropa recamada en oro y un manto de preciada púrpura: sus calzas eran de seda, y cubrieron sus pies con unos zapatos que llevaban pequeños leones de oro. A todos sus compañeros, que iban a ser armados caballeros junto con él, los habían vestido de lino y púrpura. Dejó sus aposentos privados y se paseó en público, acompañado por su noble séquito. Les llevaron sus caballos y les entregaron armas según su necesidad. Al de Anjou le dieron un caballo de España magníficamente engalanado, del que se decía que corría más deprisa que las aves en sus vuelos. Le vistieron una excelente loriga de doble malla en la que ni lanza ni dardo habían taladrado agujero alguno. Le calzaron unos zapatos de hierro también de doble malla. En los tobillos le pusieron unas espuelas doradas. Del cuello le colgaron un escudo en el que habían pintado las imágenes de oro de unos pequeños leones. Cubrieron su cabeza con un yelmo que reflejaba la luz de muchas gemas preciadas, el cual había sido templado de tal suerte que ninguna espada pudiera falsarlo ni atravesarlo. Le dieron una lanza de madera de fresno con un rejo de hierro pictavino[70] y, finalmente, una espada sacada del tesoro real, la cual tenía una antigua inscripción donde se decía

[69] Cf. *supra* «La estructura tripartita de la sociedad medieval europea»: n. 8.
[70] *pictavino*: procedente de Poitou.

que el excelente Gallans la había hecho con gran trabajo y mucha dedicación en la forja de los herreros[71].

Ramon Llull y el *Libro de la Orden de Caballería*

El mallorquín Ramon Llull (1235-1316), que era de familia noble, fue paje de Jaume (Jaime) I el Conqueridor (Conquistador) y, más tarde, preceptor, senescal y mayordomo de Jaume II. Aunque casado en 1256 con Blanca Picany, en 1265, luego de sufrir reiteradas visiones de Jesús crucificado, renunció a su familia y entregó su vida al cristianismo, estudiando el árabe para convertir a los sarracenos, creando seminarios (como el de Miramar, en Mallorca, en 1276), viajando por Europa (Perpiñán, Montpellier, Bolonia, Roma, Asís, Génova, París [en Francia se entrevistó con Jacobo de Molay, el último Gran Maestre del Temple], Nápoles, Aviñón, Chipre) y Asia (Armenia), donde predicó sus ideas misioneras. Diseñó una nueva cruzada que, después de ocupar el norte de África, debía avanzar hasta Palestina (curiosamente, Cisneros pensaría en su viabilidad a principios del siglo XVI) y recorrió el norte de África como misionero, lo que le valió ser expulsado de Túnez y Argelia y, posiblemente, morir lapidado en Bugía. Escribió muchísimas obras, unas doscientas cincuenta[72], que tratan de lógica, metafísica, cosmología,

[71] J. Bradbury, «Geoffrey V of Anjou, count and knight» [traduce de las *Chroniques des comtes d'Anjou et des seigneurs d'Amboise*], en Harper-Bill y Harvey, eds. (1990: pág. 32), citado por Barber (1995: pág. 32). Chrétien de Troyes (ca. 1181) refiere que el valvasor Gornemant de Goor no necesitó sacerdote alguno a la hora de armar caballero a Perceval: lo vistió con fina ropa interior, calzas rojas y manto de color índigo; luego le calzó la espuela derecha, le ciñó la espada y le dio un beso (*Li contes del Graal*, vv. 1575-1614). Aunque se mantengan los tres colores indicados en la OC, blanco, rojo y negro (equivalente al índigo), éstos no se corresponden con las partes del cuerpo mencionadas anteriormente.

[72] Para una completa descripción de todas estas obras de Llull, así como de otras atribuidas a él, cf. Hernández (1977: págs. 361-403).

psicología, teología, catequística, ética monástica, ética política, pedagogía, mística, geometría, astronomía, medicina y derecho, algunos de cuyos títulos son tan sugestivos como los siguientes, que escogemos de entre toda su producción: *Art de contemplació*, *Libre del gentil e dels tres savis*, *Libre del Sant Esperit*, *Libre de l'orde de cavalleria*, *Libre de l'orde de Clerecia*, *Art demostrativa*, *Blanquerna* (que contiene el célebre *Libre d'amic e Amat*), *Ars inventiva*, *Ars amativa*, *Ars memorativa*, *Arbre de filosofia desiderat*, *Libre de Santa Maria*, *Lo passatge*, *Taula general*, *Disputació dels cinc savis*, *Arbre de Sciencia*, *Tractat d'Astronomia*, *Libre de nova geometria*, *Libre de natura*, *Libre de Meravelles o Felix de les Meravelles del mon* (que incluye el curioso bestiario *Libre de les bèsties*), *Liber de lumine*, *Començements de teologia o Libre de cuadratura e triangulatura de cercle*, *Liber de ente infinito*, *Liber de Chaos*, *Liber de Deo ignoto et mundo ignoto*, *Liber de intelecto*, *Liber de memoria*, *Libre d'ànima racional*, *Libre d'Anticrist*, *Arbre de filosofia d'amor*, *Lo cant de Ramon*, *Proverbis de Ramon*, *Oracions*, *Logica nova*, *Liber de fine*, *Ars Magna generalis ultima*, *Art breu* y *Liber lamentationis philosophiae.*

Pero en el presente contexto sólo nos interesa el *Libro de la Orden de Caballería* (así hemos traducido el título original *Libre de l'orde de cavalleria*), porque ofrece una imagen muy completa de la caballería, no sólo en sus aspectos morales sino en los profesionales y sociales, como prueba del esfuerzo de la Iglesia para otorgar a sus miembros un código y una estética dominados por el simbolismo cristiano de las armas[73].

Recordemos que el *Libro de la Orden de Caballería* influyó en el Infante Don Juan Manuel de Castilla, que compuso su *Libro del caballero et del escudero* según su misma estructura (los consejos que un caballero anciano, que vive como ermitaño, ofrece al escudero que va a ser caballero y que ha llegado a su selvática morada; aunque, en el caso de la obra del Infante, dicho escudero vuelva luego al lado del ermitaño para recibir muchos otros consejos sobre el mundo y sus maravillas). También inspiró el *Guillem de Vàroich*, supuestamente escrito (a partir

[73] Cf. Flori (2001: pág. 219).

del *Guy de Warewic*, un *roman* en anglonormando del siglo XIII que después sería prosificado en el *Roman de Guy de Warwick*) en la primera mitad del siglo XV por Joanot Martorell, el autor de *Tirant lo Blanch* (esta novela sería terminada y editada por Martí Joan de Galba, y traducida al castellano en los primeros años del siglo siguiente con el título de *Tirante el Blanco*). Martorell aprovecharía parte del *Guillem de Vàroich* para conformar los primeros capítulos de su *Tirant* (del XXVII al XXXVII en la traducción castellana, *Tirante el Blanco*, que en 1511 sería publicada en Valladolid), donde Guillem de Vàroich es el caballero ermitaño que explica la caballería a cierto escudero llamado Tirant que quiere dirigirse a la corte de Inglaterra para que su rey le nombre caballero.

Pero es muy posible que Llull estuviera influido a su vez por la larga charla que la Dama del Lago había mantenido con Lanzarote en la primera entrega de la *Vulgata* artúrica, esto es, el *Lanzarote en prosa* (anterior en cuarenta años a la aparición del *Libro de la Orden de Caballería*), cuando aquella dama feérica explica a su ahijado Lanzarote, que desea ser caballero, los fundamentos de la caballería[74], empleando para ello un tono didáctico y unos argumentos que preludian lo que más tarde será el tratado llulliano. En efecto, de todos los aspectos de la caballería que comenta la Dama del Lago[75], los referidos a sus orígenes, a la defensa de viudas y huérfanos, al simbolismo de la loriga y el escudo y, finalmente, a la pesada carga que supone la caballería, concuerdan en sus consideraciones y en su redacción con los expuestos en el *Libro de la Orden de Caballería* (I, 5; II, 19; III, 15; V, 5, 11, 12 y 13), por lo que, a nuestro entender, el influjo de aquél en éste en innegable.

Creemos que el tratado llulliano se escribe por el desconocimiento que los caballeros tienen de su oficio, pues el ermitaño que lo entrega se siente inquieto al saber que cierto rey ha co-

[74] En su excelente estudio, Barber (1995: pág. 136) indica la referencia sin más; Flori (2001: págs. 214-215) la desarrolla de modo resumido, sin incidir en las concordancias directas que nosotros explicitamos textualmente en nuestra edición del *LOC*.

[75] Cf. *Lanzarote del Lago* (XXI): págs. 163-171.

metido, o va a cometer, el desafuero de armarse caballero a sí mismo[76]. Aunque al leer su prólogo nos parezca que los *oratores* están ausentes de los rituales de la caballería (como en *La Orden de Caballería*), se trata de una ilusión, porque sus preceptos lo irán dominando poco a poco, hasta que más adelante descubramos que, en contra de los orígenes de los que antes ha hablado Llull, el oficio de caballero fue instituido para «mantener y defender la santa fe católica» (*LOC*, II, 2) y que al escudero que vaya a convertirse en caballero se le deberá preguntar «si ama y teme a Dios» (*LOC*, III, 2).

Tanto desde el punto de vista de las tres funciones indoeuropeas como de los tres estamentos medievales, la obra mantiene un esquema dual, donde los elementos relacionados con las funciones religiosa (sacerdotes) y guerrera (caballeros) aparecen por parejas: Si «ciencia y doctrina tienen los clérigos para poder, saber y querer amar, conocer y honrar a Dios y a sus obras [...], los caballeros [...] tienen la orden en que están para mover las gentes a temor, pues mediante éste temen los hombres pecar los unos contra los otros» (*LOC*, I, 10). «Así como Dios Nuestro Señor ha elegido a los clérigos para mantener la santa fe con escrituras y pruebas pertinentes, que predican a los infieles [...], el Dios de la Gloria ha elegido a los caballeros para que por la fuerza de las armas venzan y sojuzguen a los infieles que día a día se afanan en destruir la Santa Iglesia» (*LOC*, II, 2).

Todo esto lleva a Llull a declarar que «los dos más nobles, más honrados y más cercanos entre sí son el oficio de clérigo y el oficio de caballero; por tanto, la mayor amistad que puede darse en este mundo es la de clérigo con caballero» (*LOC*, II, 4), aunque luego, casi al final de su tratado, recuerde que «al caballero le conviene amar el bien común, pues por la comunidad de las gentes fue elegida la caballería, y el bien común es mayor y más necesario que el bien de cada uno» (*LOC*, VI, 20).

Asimismo vemos que, en un intento por asimilar el caballero al sacerdote (en lo que a piedad y obediencia a la Iglesia se re-

[76] Algo parecido a la *boutade* en que Napoleón incurriría al coronarse a sí mismo emperador de los franceses.

fiere), también se le supone proclive a la simonía, uno de los grandes males que afligían a la Iglesia de la época: «Así como nada vale la intención de los clérigos que por simonía son elegidos prelados, al mal escudero de nada le valen su voluntad y la intención cuando quiere ser caballero en contra de la orden de caballería. Y si todas las acciones del clérigo culpable de simonía van contra la clerecía, todo lo que haga el escudero que con falsa intención consiguió el oficio de caballería irá contra la orden de caballería» (*LOC*, III, 14).

Mientras que el caballero no está al lado del obispo cuando éste ordena a un sacerdote, el sacerdote sí debe encontrarse al lado del caballero en la ordenación caballeresca, ya que, después de que el escudero haya velado las armas en una iglesia (acorde con lo expuesto en la Partida Segunda y su título XXI), «conviene que se cante misa solemne, y el escudero debe acercarse al altar y ofrecerse al sacerdote, que está en lugar de Dios, y a la orden de caballería, para ser servidor de Dios» (*LOC*, IV, 4). Es decir, el escudero sólo debe ofrecerse a una persona que «está en lugar de Dios» y no a ninguna otra que esté en el lugar de la caballería.

La subordinación del caballero al clérigo se hace evidente, pues siempre parece ir a su zaga: «Cuando el sacerdote haya hecho lo que atañe a su oficio, entonces convendrá que el príncipe o el alto barón que quiera armar caballero al escudero que demanda caballería tenga virtud y caballería en su persona, para que, por la gracia de Dios, pueda dar virtud y orden de caballería al escudero» (*LOC*, IV, 9).

Esta exigencia de virtud de caballería en el caballero que debe nombrar caballero no está presente en la Partida Segunda, ni se da en la ordenación del sacerdote. Y si la caballería hubiera sido un sacramento, habría otorgado carácter, como la ordenación sacerdotal, y poco hubiese importado si quien la confería era virtuoso o todo lo contrario.

Pero la orden de caballería no era un sacramento, sino «parecida al sacramento», como se deduce de las palabras del Infante Don Juan Manuel (antes comentamos otras parecidas del mismo autor): «Et por ende vos digo que el mayor et más onrado estado que es entre los legos es la cavallería [...]. La cavallería a

mester que sea ý[77] el señor que da la cavallería et el cavallero que la reçibe et la spada con que se faze [...]. Et por[que] semeja mucho a los sacramentos, et por estas razones todas, es el más onrado et más a[lto] estado que entre los legos puede ser» (*Libro del cavallero et del escudero*, XVIII, f. 3)[78].

Las dos órdenes, la sacerdotal y la de caballería, son mencionadas de nuevo en este orden después de que haya tenido lugar la iniciación caballeresca, y creemos que Llull, como si acabara de olvidar todos aquellos altos ideales (en absoluto terrenales) que antes ha expuesto en su libro al caballero y que le ha instado a cumplir, tergiversa conscientemente el sentido de la caballería al llamar al sacerdote «caballero espiritual»[79]: «Después de que el caballero espiritual y el caballero terrenal hayan cumplido con el oficio de armar al caballero novel, dicho caballero novel debe cabalgar y mostrarse a la gente [...]» (*LOC*, IV, 12).

En definitiva, a pesar de las referencias al tercer estamento de la sociedad medieval (o a las personas encuadradas en la tercera función), resumidas en *LOC* (II, 19 y II, 22), que conciernen tanto a la defensa de viudas, huérfanos y personas desvalidas por parte del caballero, como al mantenimiento a cargo de éste de los diversos oficios propios de los *laboratores*, el *Libro de la Orden de Caballería* va a subordinar para siempre la clase de los caballeros a la clase de los sacerdotes, como si aquéllos fueran su brazo armado.

Decadencia de los tiempos y teoría de las edades. La caballería como vía de regeneración

La agilidad (este término quiere expresar *tout court* la rapidez y facilidad con que Llull logra motivar a su lector y llevarlo

[77] *ý*: allí.

[78] Infante Don Juan Manuel: págs. 44-45.

[79] Los hermanos caballeros de las órdenes militares (Temple, Hospital, Teutónica, etc.) sí que podían llamarse caballeros espirituales, pero no los hermanos sacerdotes, o capellanes, de sus propias órdenes, y menos los sacerdotes dependientes de diócesis y obispos. Y, puesto que Llull debía saberlo, ¿por qué llama, entonces, al sacerdote «caballero espiritual»?

hasta las siete partes[80] en que va a desarrollar la teoría caballeresca que desea exponer) del novelesco prólogo del *Libro de la Orden de Caballería* desentona con la retórica posteriormente empleada en el resto de la obra, basada, la mayor parte de las veces, en la demostración *ad contrario*. Dicha agilidad, que se debe al cuento que lo conforma, el del escudero que, perdido en la floresta, se encuentra con el sabio caballero y recibe de él el libro cuyo texto va a desarrollar Llull más adelante, se vuelve a manifestar en las secciones I-III de su parte primera:

> En el mundo faltó caridad, lealtad, justicia y verdad; surgió enemistad, deslealtad, injuria y falsedad, y por eso hubo error y turbación en el pueblo de Dios, que había sido creado para que Dios fuera amado, conocido, honrado, servido y temido por el hombre.
>
> Al comenzar en el mundo el menosprecio de la justicia a causa de la mengua de la caridad, convino que la justicia recobrase su honra mediante el temor; y por eso, en toda la gente se hicieron grupos de mil, y de cada mil fue elegido y escogido el hombre más amable, más sabio, más leal, más fuerte y con más noble corazón, mayor educación y mejor crianza que todos los restantes.
>
> Se eligió de entre todas las bestias la que era más bella, la que más corría, la que podía aguantar mayor fatiga y la que mejor convenía al hombre para servirle. Y como el caballo es la bestia más noble y la que mejor conviene para servir al hombre, por eso se eligió al caballo de entre todas las bestias, siéndole entregado al hombre elegido de entre mil hombres y, por eso, aquel hombre recibió el nombre de caballero.

Vemos que la creación de la orden de caballería surge, según Llull, de una carencia, de una alteración del estado natural de la Creación, próxima a aquélla con la que *De Imago mundi* justi-

[80] Nadie debe pensar fantasiosamente que, por constar el libro de siete partes, exista en él una referencia velada a los planetas y a los grados del mitraísmo de los que antes hablamos, pues el simbolismo del siete domina todas las obras de Llull.

ficaba el nacimiento de los tres estados propios del feudalismo (cf. *supra* «*La Orden de Caballería*, poema anónimo»), y que, dos siglos después, *El Victorial* se encargaría de recordar:

> Fallamos en las escrituras antiguas que ansí como después del gran deluvio fueron amochiguando las gentes, ansí iva entre ellos creciendo el mal e las tiranías e querer hazer fuerça los unos a los otros [...][81].

Fuera o no el Diluvio universal la causa de tanto desafuero[82], es evidente que Llull, al margen del adoctrinamiento que supone el *Libro de la Orden de Caballería*, esperaba que la caballería renovara (recreara, creara de nuevo, como dirá en algún momento al referirse a la labor de Jesucristo, que vino para librarnos a todos del pecado original) el mundo de la época. No olvidemos las ideas milenaristas que dominaron la Europa de fin de siglo, y que se volvieron a repetir mil años después completamente desacralizadas[83], como todos recordamos. Quizá Llull se planteara que la justicia divina podía acabar con todo.

Existen numerosos antecedentes para este modo de pensar que cubren un amplio espectro, desde la teoría cíclica de la renovación del tiempo –propia de la cosmovisión de los indoeuropeos (Grecia, Irán, la India) y la teoría de los cinco soles de los aztecas– y el eterno retorno de Nietzsche (y de Borges[84])

[81] Gutierre Díez de Gámez: pág. 186.

[82] O una situación de injusticia análoga a la que antes indicamos al hablar de los *Oráculos de Hystaspes* (cf. *supra* «El fenómeno caballeresco en la segunda función indoeuropea. Mitos, fraternidades y misterios»).

[83] Si al fin del primer milenio se creyó que llegaría el Anticristo, al fin del segundo se supuso que el mundo se destruiría por la suma de las fuerzas gravitatorias resultantes de una conjunción de planetas o por el choque con un meteorito de gran tamaño (varias películas y una serie de televisión atestiguan ambos miedos colectivos) y que los datos almacenados en los registros informáticos se borrarían por no haber sido diseñados éstos para recoger fechas posteriores a 1999.

[84] En sus dos ensayos «La doctrina de los ciclos» y «El tiempo circular», recogidos en *Historia de la eternidad*.

hasta las que hablan del fin de los tiempos, propias de una concepción judeocristiana de carácter lineal que es similar a la expuesta en el Apocalipsis de san Juan.

En el contexto medieval anterior a Llull destaca la figura del franciscano Gioacchino (Joaquín) da Fiore (1135-1202), autor de varias obras (*Liber Concordiae novi ac veteris Testamenti*, *Expositio in Apocalypsim* y *Psalterium decem chordarum*) que exponen su particular teoría de las edades (o eras) de la humanidad, basadas en las respectivas personas de la Trinidad. Si el Padre había dominado el Antiguo Testamento y el Hijo el Nuevo, el Espíritu Santo dominaría la tercera era, gobernada por la espiritualidad. En la primera de estas obras indicadas, Joaquín había dicho:

> Los signos que describe el Evangelio muestran claramente la zozobra y la ruina del siglo, que se halla en decadencia y tendrá que perecer. De aquí que yo considere oportuno y útil presentar en este trabajo a la meditación de los creyentes las cosas que la divina economía ha dado a conocer a mi indigna persona [...][85].

Basándose en las obras de Gioacchino da Fiore, sus discípulos predecirían que Federico II, que disputaba el Imperio al Papado, se revelaría en 1260 como el Anticristo y que los franciscanos espirituales (los seguidores de Joaquín) se convertirían en los dirigentes enviados por la Providencia para guiar a la humanidad al tiempo de su consumación y a la victoria sobre el Anticristo. El sistema de correspondencias que aparece en *Expositio in Apocalypsim* se centra en siete sellos cuya ruptura progresiva marcará el advenimiento de la Tercera Era, cuando la humanidad llegará al último día de la semana cósmica, el *Sabbath*. Éste es el esquema[86] de la Segunda Era:

Primer sello:	De Cristo a la muerte de san Juan Bautista
Segundo sello:	De la muerte de san Juan a Constantino

[85] Löwith (1973: pág. 166).

[86] West y Zimdars-Swartz (1986: págs. 33-37).

Tercer sello:	De Constantino a Justiniano
Cuarto sello:	De Justiniano a Carlomagno
Quinto sello:	De Carlomagno al tiempo de Gioacchino da Fiore
Sexto sello:	La época por comenzar
Séptimo sello:	Conversión del mundo al *Sabbath*.

En las líneas que siguen explicitaremos la manera en que la teoría de las edades, no la lineal, como la que acabamos de ver de Gioacchino da Fiore, sino la cíclica, está presente en el pensamiento del último representante de la caballería, Don Quijote. Y, de tal suerte, con la autoridad de Cervantes (que fue uno de los más asiduos lectores de obras caballerescas antes de renegar de ellas, si es que realmente renegó) y retrocediendo en la andadura realizada hasta ese momento, comprenderemos que, en algún momento, la caballería pudo suponer el intento (mítico y, por ello, quizá inconsciente) de regeneración de un tiempo ya alejado y decaído respecto de sus orígenes.

Hesíodo (allá por el 1000 a. C.) explicó en su obra *Los trabajos y los días* que el mundo había sido poblado sucesivamente por cuatro generaciones (o razas) de seres humanos representadas por otros tantos metales (oro, plata, bronce y hierro), pues cada una de ellas había valido (y vivido) menos que la anterior.

Los hombres (y mujeres) de la Edad de Oro[87] vivieron en la época de Crono sin envejecer ni tener que trabajar, pues la tierra les proveía de todo, y murieron mientras dormían, convirtiéndose en démones epictónicos, espíritus de bruma que vigilan a las razas venideras y reciben culto de ellas (*TyD*, 109-120).

La Edad de Plata estuvo poblada por una generación humana de vida muy larga, aniquilada por Zeus a causa de su *hybris* (soberbia), de suerte que sus gentes se convirtieron en démones subterráneos (*TyD*, 120-140).

La Edad de Bronce fue poblada por una raza nacida del fresno, el árbol con el que mejor se fabrican los astiles de las lanzas. Dicha raza sólo seguía los dictados de Ares (*TyD*, 144-145).

[87] Dicha Edad de Oro influiría en la novela pastoril a partir de las *Églogas* de Virgilio y de la *Consolación de la filosofía* (II, V) de Boecio.

La Edad de Hierro, en la que le tocó nacer a Hesíodo, es también aquella en que nosotros vivimos[88]. Según el poeta, se halla dominada por el orgullo, el desprecio, el incumplimiento de los deberes para con los padres, el respeto al malhechor y el menosprecio al justo. Zeus destruirá a sus gentes cuando nazcan con los cabellos canosos; entonces Aidos (Vergüenza) y Némesis (Castigo divino) se dirigirán al Olimpo, dejando a los mortales indefensos ante el imperio de sus propios males (*TyD*, 175-203).

Pero intercaladas entre la Era de Bronce y la de Hierro, para impedir el destino aciago de los hombres, Zeus creó la raza divina de los héroes llamados semidioses, esto es, todos los héroes de las leyendas griegas (Tebas, Troya, los Argonautas, etc...)[89], los cuales, a pesar de no poder detener el mal y de morir combatiéndolo, fueron premiados por su valentía y llevados a un residuo de la Edad de Oro gobernado por Crono, las Islas de los Bienaventurados, que se encuentran allende el Océano (*TyD*, 155-173 a-e)[90].

Esta obra del griego Hesíodo sería adaptada por Ovidio (siglos I a. C.-I d. C.) en *Las metamorfosis*, que fue muy difundida en la Edad Media, siendo conocida en España con el título de *Las transformaciones* y *Metamorfoseos*. Curiosamente, Cervantes seguiría la versión de Ovidio en uno de los pasajes más curiosos de su obra inmortal, aunque añadiendo al final de las eras metálicas el nacimiento de la caballería, en lo que supone (como buen conocedor del humanismo que era) la imbricación del mito en los esquemas sociales de la Edad Media que pervivían en su

[88] En el esquema de las edades propio del hinduismo se corresponde con el Kali-yuga (la Edad Oscura) o Era de Kali, la diosa de la aniquilación.

[89] Con este mismo espíritu, en la Edad Media y en el Renacimiento se escribirían varias obras, entre novelescas e históricas, que recogían los hechos caballerescos de otros tantos personajes heroicos (reales y literarios) del mundo antiguo y medieval. A modo de ejemplo, recordemos que la *Crónica llamada el Triumpho de los nueve preciados de la fama* (Lisboa 1530) narra de un modo novelesco las hazañas de Josué, David, Judas Macabeo (Antiguo Testamento); Alejandro, Héctor, Julio César (mundo clásico); Arturo, Carlomagno y Godofredo de Bullón (Edad Media).

[90] Relacionadas de algún modo con los lugares paradisíacos (Mag Mell, Tir n'an Og, Hybrasil) de la tradición céltica.

propia época, con un sincretismo parecido al que nosotros hemos querido hacer en las presentes líneas:

> Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quienes los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro (que en nuestra edad de hierro tanto se estima) se alcanzase en aquella venturosa [edad] sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de «tuyo» y «mío». Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes, a nadie le era necesario, para alcanzar su ordinario sustento, tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarlo de las robustas encinas que, liberalmente, les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían [...]. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia; aún no se había atrevido la pesada reja del curvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, pues ella, sin ser forzada, ofrecía por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero en trenza y en cabello, sin más vestidos que aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere [...]. No había fraude, engaño ni malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia estaba en sus propios términos, sin que osaran turbarla ni ofenderla los del favor ni los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por doquier [...]. Y ahora, en estos nuestros detestables siglos, no está segura ninguna [...]. Para cuya seguridad, andando más los tiempos y creciendo más la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes para defender a las doncellas, amparar a las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos (*Don Quijote*, I, XI, ff. 33r.-34r.)[91].

[91] Transcribimos al castellano actual el texto procedente de la segunda edición (Madrid, Juan de la Cuesta, 1608, corregida de la *princeps* de 1605). Más adelante, Cervantes (*DQ*, I, XXI) desarrollará esta defensa de la caballería en lo que es el resumen del argumento-tipo de un libro de caballerías.

Nota sobre la traducción

Seguimos la tradición continental de *L'Ordene de Chevalerie* editada por Busby (1983), cotejándola con la publicada por House (1919), que le es inferior, y manteniendo la numeración seguida por el primero, indicada ahora cada veinticinco versos entre corchetes. En algunas de las ocasiones en que los manuscritos de la tradición insular añaden o interpolan alguna noticia de interés evidente o, incluso, amplifican o cambian lo dicho en la continental, introducimos en nota la correspondiente variante según la edición de Busby (1984).

Respecto al *Libre de l'orde de cavalleria* de Ramon Llull, seguimos la edición de Allegra (1994), cotejándola con la de Aguiló y Fuster (1879). Indicamos entre corchetes las diferentes secciones que componen el prólogo y los capítulos (o partes), pero no al principio de cada uno de ellos, pues hubieran entorpecido la lectura, sino a su final. Las escasas y evidentes enmiendas al texto las presentamos entre corchetes y no las justificamos, puesto que se explican por sí solas.

Tanto en la traducción de *L'Ordene de Chevalerie* como en la del *Libre de l'orde de cavalleria* hemos intentado mantenernos fieles a los textos originales, utilizando un tono arcaizante que no desentone con el de la época en que fueron escritos (que será perfectamente comprensible para el lector) y explicando en las correspondientes notas algunos de los términos traducidos, así como la concordancia entre los conceptos tratados y los que presentan otras obras relacionadas con la caballería.

La Orden de Caballería
(anónimo del siglo XIII)

Bueno es hablar con hombre de mérito[1], pues mucho se puede ganar con ello. Quien tome nota de sus acciones, jamás deberá preocuparse por cometer majaderías, pues ya decía Salomón que el hombre sabio siempre ejecuta sabiamente sus obras y que deja de serlo si, al equivocarse alguna vez y querer enmendar el yerro, comete tantos desatinos como los que intenta evitar. Por eso, desde ahora pongo yo todo mi empeño en rimar[2] y narrar cierta historia que oí contar de un rey, el cual en tierra de paganos tuvo antaño gran señorío y fue un sarraceno muy leal: se llamó Saladino[3].

En el tiempo de aquel rey, los sarracenos, por su orgullo y sus ultrajes, hicieron con frecuencia gran daño a las gentes de nuestra ley[4], tanto que, en cierta ocasión, un príncipe acudió a batallar contra ellos. Se llamaba Hugo[5] y era de Tabaría[6] [25], y consigo llevaba numerosa compañía de caballeros de Galilea, pues señor era de aquella región. Aunque grandes hechos de armas hicieron aquel día, no plugo al Creador, aquel a quien llamamos el Rey de la Gloria, que los nuestros lograran la victoria, pues el príncipe Hugo fue apresado y llevado por las calles derecho ante Saladino.

Él le saludó en su lengua, que conocía muy bien[7]:

–Hugo, ¡por Mahoma!, mucho me complace haberos apresado –así dijo el rey–. Y os prometo una cosa: moriréis si no me entregáis un cuantioso rescate.

El príncipe Hugo le respondió:

–Puesto que me dais a elegir, escogeré el rescate, si tengo con qué pagároslo.

–Sí –esto dijo el rey–. Conseguidme cien mil bizantes[8].

–¡Ah! Señor, no los conseguiría ni aunque vendiese todas mis tierras [50].

–Seguro que sí.

–¿Cómo, señor?

–Puesto que vuestra valentía es mucha, tanta como vuestra caballerosidad, si pedís vuestro rescate a cualquier hombre de mérito[9], él no se negará y os hará un buen regalo[10] con el que podréis quedar en libertad.

–En tal caso, me gustaría preguntaros cómo podré salir de este lugar.

Y Saladino le respondió:

–Hugo, vais a prometerme por vuestra ley y por vuestra palabra que, si de aquí a dos años no me habéis entregado sin falta el rescate, ingresaréis en prisión. Sólo así podréis salir ahora de aquí.

–Señor, os doy las gracias y mi palabra.

Y entonces le pide permiso para irse, porque quiere regresar a su tierra. Pero el rey le toma de la mano y lo lleva a sus aposentos para hacerle con gentileza una petición.

–Hugo –dice él–, por la fe [75] que debéis al Dios de vuestra ley, explicadme, pues deseo conocer todos los detalles y muchísimo me complacerá enterarme, cómo son armados los caballeros.

–Buen señor –dice él–, no haré tal cosa.

–¿Por qué?

–Buen señor, yo os lo diré. La sagrada orden de la caballería sería mal empleada en vos, pues sois vil ante la ley de la bondad, del bautismo y de la fe. Y puesto que cometería gran desatino si vistiera y cubriera de seda un estercolero para evitar que apestase, y no podría hacerlo a ningún precio, del mismo modo me despreciaría si os introdujera en esa orden. Jamás me atrevería a seguir en ella, porque mucho me avergonzaría.

–¡Ah! Hugo –dice él–, no debéis avergonzaros ni despreciaros, porque sois mi prisionero y os conviene hacer lo que yo quiera, aunque os cause displacer [100].

–Señor, puesto que me encuentro prisionero y mis consejos de nada valen, lo haré sin resistirme.

Y entonces comienza a enseñarle todo lo que debe hacer[11]. Arregló sus cabellos, barba y rostro, que quedaron muy hermosos (como corresponde a caballero novel). Después le hizo bañarse.

Cuando el rey comienza a preguntarle qué sentido tiene aquel baño, Hugo de Tabaría le responde:

–Señor, el baño que estáis tomando tiene el siguiente significado: Al igual que el niño sale sin pecado de la fuente donde ha sido bautizado, vos, señor, saldréis de este baño sin villanía, pues la caballería significa un baño de honestidad, cortesía y bondad, así como amar a toda la gente.

–Por el gran Dios –así dice el rey–, que muy bello es este comienzo [125].

Después le sacó del baño y lo acostó en un hermoso lecho preparado para deleitarse en él.

–Hugo, decidme, y no me mintáis, cuál es el significado de este lecho.

–Señor, este lecho significa que la caballería obliga al caballero a ganarse un lecho en el Paraíso, un lecho que Dios otorga a sus amigos para descansar en él: quien no se sienta bien en él, tonto será[12].

Cuando ha yacido un poco en él, lo levanta y lo viste con blancas telas de lino. Entonces dice al rey Saladino:

–Señor, no os lo toméis a broma. Estas telas que cerca están de vuestra piel, todas blancas, significan que el caballero debe mantener limpia su carne si quiere llegar a Dios.

Después lo viste con ropas bermejas, y Saladino mucho se maravilla por lo que le hace el príncipe.

–Hugo –dice él al momento [150]–, ¿qué significan estas ropas?

Hugo de Tabaría responde:

–Señor, estas ropas que os doy sólo quieren daros a entender que deberéis derramar vuestra sangre para defender a Dios y a su ley. Esto es lo que significa el color bermejo[13].

–Hugo –dice él–, mucho me maravilla.

Después le pone unas bonitas calzas de seda negra.

–Señor –dice él, muy seguro–, estas calzas negras os las doy para que nunca olvidéis, para que siempre tengáis en vuestra

memoria, la muerte, la tierra en la que yaceréis, de donde vinisteis y adonde iréis[14]. Jamás las perdáis de vista para no caer en el orgullo, pues el orgullo no debe reinar en caballero ni morar en él; antes a la sencillez debe él tender.

–Todo esto es muy agradable de escuchar –dice el rey– y no me incomoda.

Luego se levanta y Hugo le ciñe con un cinturón estrecho [175] de color blanco[15].

–Señor, este pequeño cinturón significa que vuestra carne, vuestros riñones, vuestro cuerpo todo entero, habréis de preservar con mucha santidad; como si fuerais virgen, habréis de mantener limpio vuestro cuerpo. No deberéis dedicarlo a la lujuria, pues el caballero debe amar mucho su cuerpo y mantenerlo puro para que no le avergüence[16], porque mucho aborrece Dios que se convierta en lodazal[17].

Y el rey responde:

–Me parece muy bien.

Después le calza las espuelas en uno y otro pie, diciendo:

–Señor, con la misma celeridad con la que deseáis que vuestro caballo corra lleno de ardor cuando le picáis con las espuelas, raudo de aquí para allá, estas espuelas doradas significan que habréis de tener el coraje de servir a Dios durante toda vuestra vida [200], tal y como hacen todos los caballeros que aman a Dios con el corazón y lo sirven con la gentileza que de él emana.

Mucho agradó aquello a Saladino.

Después le ciñe la espada; Saladino pregunta qué significa la hoja.

–Señor –dice él–, es la salvaguarda[18] contra el asalto del enemigo[19]. Los dos filos que en ella veis, os dan a entender que el caballero debe poseer dos cosas inseparables: justicia y lealtad; eso quiere decir, a mi entender, que debe proteger al pobre para que el rico no pueda hacerle daño, y sostener al débil para que el más fuerte no pueda avergonzarlo. Obrar así es emplear la misericordia.

Saladino, que ha escuchado con atención lo que le ha dicho, le da la razón.

Después le pone en la cabeza una cofia que es completamente blanca y explica su significado.

–Señor –dice él–, atended [225]. Al igual que esta cofia es sin tacha, hermosa, blanca, limpia y pura y se asienta sobre vuestra cabeza, así habréis de devolver el alma a Dios en el Día del Juicio, limpia de los pecados cometidos por el cuerpo y pura, y sin las locuras que él mismo habrá sustentado día a día, a fin de merecer el Paraíso que tan lleno está de deleites. Pues, qué lengua podría contar, qué oído escuchar, que corazón imaginar las grandes bellezas del Paraíso que Dios otorga a sus amigos[20].

El rey escuchó todo aquello y luego le preguntó si aún quedaba algo más.

–Sí, señor, pero no me atrevo a decíroslo.

–¿Qué es, pues?

–Es el pescozón[21].

–¿Por qué no me lo has dado ni dicho su significado?

–Señor –dice él–, es[22] para recordar a quien os nombra caballero y permite que entréis en la orden[23] [250]. Pero yo no os lo daré, pues, aunque sea vuestro prisionero, no debo cometer villanía alguna por más que se me haga y se me diga. Así que no quiero golpearos, con esto deberéis contentaros. Pero aún os quiero mostrar, enseñar y explicar cuatro cosas especiales que habrá de guardar el caballero novel durante toda su vida si quiere llegar a la presencia de Dios.

»La primera es que no deberá ser testigo en juicios falsos ni hallarse en lugar alguno donde se haga traición, sino que deberá abandonarlos enseguida; si no puede impedir el mal, debe marcharse en cuanto pueda.

»La segunda, más placentera, es que no habrá de dejar sin protección a dueñas y doncellas, sino al contrario; pues, si ellas precisan de su oficio, deberá ayudarlas en todo lo que pueda y obtener estima y fama, porque se debe honrar a las mujeres [275] y cumplir grandes proezas por ellas.

»La tercera es que habrá de respetar la abstinencia, os lo digo de veras[24]. Deberá ayunar los viernes en recuerdo de Jesús, que fue herido por la lanza para redimirnos y perdonó a Longinos. Durante toda su vida deberá ayunar en ese día por amor a él, excepto si sufre enfermedad o se encuentra en compañía de alguien; y, si no puede ayunar, habrá de reparar el daño hecho a Dios dando limosna o haciendo lo que sea.

»La última, para concluir, es que deberá oír misa todos los días y, si tiene con qué hacerlo, entregar alguna ofrenda, pues la que se hace ante la mesa de Dios lleva en sí una gran virtud.

El rey escucha todo lo que Hugo va diciendo y se alegra muchísimo [300]. Después se levanta y entra en su palacio tal y como está vestido. En él encuentra a cincuenta emires que son de su tierra. Entonces se sienta en su trono y Hugo se sienta a sus pies: pero al momento le hace levantarse y lo sienta a su lado, comenzando a decirle estas razones:

–Hugo, puesto que sois hombre de mérito, quiero haceros un bonito regalo. Debéis saber que si alguno de los vuestros es apresado en combate o en batalla, quedará libre por amor a vos. Podréis recorrer a caballo mi tierra, libremente y sin molestias, si vais a buscarlo; si pasáis la pierna por el cuello de vuestro palafrén, nadie os lo impedirá. Y de vuestros hombres que tengo presos os devolveré hasta diez, si queréis llevároslos de aquí [325].

–Señor –dijo él–, muchas mercedes, pues esto que hacéis mucho es de agradecer. Mas no quiero olvidar lo que me dijisteis: que fuera en busca de hombres notables y recabara su ayuda para pagar mi rescate. Y el hecho es que no veo aquí a nadie tan notable como vos, buen señor rey; por tanto, puesto que me habéis enseñado a pedir, dadme algo, pues me lo merezco.

Entonces rió Saladino y, con el semblante de un hombre alegre, dijo:

–Habéis comenzado muy bien, así que ahora mismo os daré, y no os engaño, cincuenta mil buenos bizantes de oro, pues no quiero que fracaséis por mi culpa –entonces se levantó y dijo al príncipe Hugo–: Os acercaréis a cada uno de mis barones y yo os acompañaré. Señores –dijo el rey–, dadnos algo para el rescate de este gran príncipe.

Entonces los emires que estaban alrededor comenzaron a dar tanto, que pronto tuvo cubierto su rescate [350], y el remanente fue de diez mil bizantes[25]. Tanto le han dado y prometido que Hugo pide permiso para irse de aquella tierra de paganos.

–No os iréis –dice el rey– hasta no disponer del remanente de lo prometido, pues los diez mil bizantes de oro puro los tomaré de mi tesoro.

Entonces dice a su tesorero que le entregue los bizantes y que después se los pida a quienes se los habían prometido. Aquél cuenta bien los bizantes y se los da al conde Hugo; él, lo desee o no, los coge; mas no quería aceptarlos, pues antes prefería comprar con ellos el rescate de los suyos que estaban en prisión y en gran cautiverio a manos de los sarracenos.

Cuando Saladino lo oye, jura por Mahoma[26] [375] que jamás serán rescatados. Y cuando Hugo se lo oye decir a él, siente mucha ira en su corazón, pero no se atreve a pedirle nada más al rey, porque ha jurado por Mahoma y no se atreve a enfurecerle. Así que ordena a sus diez compañeros, a los que ha conseguido liberar, que se preparen para volver a su tierra. Después se demora ocho días enteros entre gran alegría y placer[27]. Luego pide el salvoconducto para atravesar aquel país de gente descreída.

Saladino le ha entregado una gran escolta de los suyos: cincuenta, que bien los llevan por toda aquella tierra de paganos sin mostrar orgullo ni villanía, de suerte que no son molestados. Luego toman el camino de regreso y vuelven a su tierra, así que el príncipe de Galilea ya se encuentra en ella. Pero como mucho se duele de su gente [400], que tuvo que dejar atrás, y no puede hacer nada, se siente más incómodo que ninguno. Ya ha llegado a su tierra, él, el undécimo, y ya no le queda nada, pues ha repartido la gran fortuna que le habían dado y ha hecho ricos a muchos[28].

Señores, esta historia será bien acogida por las buenas gentes, pero nada valdrá para las demás, pues son como las ovejas, que no comprenden la fe debida al Dios del Paraíso. Sería como echarles joyas a los cerdos, que las pisotean y nada entienden, pues no quieren molestarse en comprender, así que de nada serviría. Quien les contara esta historia acabaría tirado en el suelo y menospreciado, a menos que quisieran aprender algo de ella.

En esta historia se pueden encontrar [425] dos cosas de gran valía.

La primera se refiere al modo en que son nombrados los caballeros, a quienes todos deben honrar porque a todos protegen; pues si no fuera por la caballería, de poco nos valdría nuestra autoridad, ya que defienden a la Santa Iglesia y mantienen nuestros derechos ante quienes quieren hacernos mal. No dejaré de alabarlos; quien no los ama, gran necio es. Se llevarían

nuestros cálices de la mesa de Dios y nada podría impedirlo[29]. Pero su justicia decide que sean ellos quienes nos defiendan. Si los malvados no los temieran, los buenos no podrían prevalecer, y entonces los sarracenos, los albigenses[30] y los bárbaros, así como las gentes de mala ley, nos someterían a sus injusticias; pero como temen a los caballeros, por eso a éstos se les debe querer [450], ensalzar y honrar aún más, y levantarse al verles llegar a lo lejos.

Es cierto que habría que avergonzar a quienes los desprecian; pues en verdad os digo que el caballero tiene la potestad de vestir todas sus armas y de entrar con ellas en la santa iglesia a escuchar misa, para que ningún malvado impida el servicio hecho al hijo de María, ni el santo y digno sacramento por el que obtenemos la salvación. Y si alguien quiere oponerse a él, el caballero tiene la potestad de matarlo.

Por la fe que debo a Dios, que todo lo puede, aún debo decir algo más: al caballero se le enseña –y por eso, quien escuche esta parábola (que tanto trabajo me cuesta contar) debe amarlo aún más– que, si no deja de cumplir con las enseñanzas de su orden, nadie podrá impedirle la entrada en el Paraíso [475]. Por esto mismo os he enseñado lo que debéis hacer: honrar a los caballeros por encima de todos los hombres, exceptuando a aquellos que realizan el sacramento[31].

La segunda cosa, que se puede ver y saber por esta historia, es lo que le avino al conde Hugo, que fue muy sabio y hombre notorio: Saladino mucho le honró al descubrir que era hombre de valía, concediéndole por ello grandes honores. De esto se deduce que bueno es esforzarse en hacer el bien como uno mejor puede, pues gran provecho puede obtener de ello.

Y como en latín se dice que «a buenas obras, buen fin», para finalizar pidamos cortésmente a Dios, el creador del firmamento, que, cuando nos llegue el fin, hayamos muerto tan bien que alcancemos la extrema alegría que para los buenos no tiene fin[32]; y que quien esto escribió pueda estar con Jesucristo [500]; y que, en honor de María Santísima, todos digan: «¡Amén, amén!».

Aquí termina *La Orden de Caballería.*

Libro de la Orden de Caballería
(Ramon Llull)

Dios honrado y glorioso, que sois cumplimiento de todos los bienes, con vuestra gracia y bendición comienza este libro que es de la orden de caballería.

Prólogo

A semejanza de los siete planetas, que son cuerpos celestiales que gobiernan y ordenan los cuerpos terrenales, dividimos este libro de caballería en siete partes para demostrar que los caballeros, a la hora de poner orden en la gente y defenderla, poseen honor y señorío sobre ella. La primera parte trata del origen de la caballería. La segunda, del oficio de la caballería. La tercera, del examen que debe hacerse al escudero cuando quiere entrar en la orden de caballería. La cuarta, de la manera según la cual debe ser armado el caballero. La quinta, de lo que significan las armas del caballero. La sexta, de las costumbres que pertenecen al caballero. La séptima, de la honra que conviene hacer al caballero[1].

Aconteció en cierto país que un sabio caballero, que por largo tiempo había mantenido[2] la orden de caballería con la nobleza y la fuerza de su gran coraje[3], y a quien sabiduría y ventura habían mantenido en el honor de la caballería durante guerras y torneos, eligió vida de ermitaño al comprender que sus días comenzaban a menguar y que, a causa de la vejez, la naturaleza le impedía el ejercicio de las armas. Así pues, resignó sus heredades y las entregó a sus hijos; y de un bosque grande, que abundaba en agua y en árboles frutales, hizo su casa, y huyó del mundo para

que el desfallecimiento de su cuerpo, sobrevenido a causa de la vejez, no le deshonrase en aquellas cosas en las que sabiduría y ventura por tanto tiempo le habían honrado. Y pensó en la muerte, recordando el tránsito de este siglo al otro, y sintió la sentencia perdurable a la que habría de enfrentarse [1].

En la floresta donde vivía el caballero había un bello prado con un árbol muy grande cargado de frutos. Bajo aquel árbol corría una fontana muy hermosa y clara de la que bebían el prado y los árboles situados en derredor. Y el caballero tenía la costumbre de llegarse todos los días a aquel lugar para meditar y para adorar y rezar a Dios, a quien daba gracias y mercedes por el gran honor que le había concedido en el transcurso de su vida en este mundo [2].

Y aconteció que, por aquel tiempo, a la entrada de la primavera, un gran rey, tan noble como provisto de buenas costumbres, mandó reunir su corte; y por la gran fama de que ésta gozaba en todo el mundo, un gentil escudero, que sin compañía cabalgaba en su palafrén[4], se dirigió a la corte para ser armado caballero novel y, por el esfuerzo realizado a causa de tanto cabalgar, se quedó dormido. Y en aquella hora, el caballero que cumplía su penitencia en la floresta se acercó a la fuente para contemplar a Dios y menospreciar la vanidad de este mundo, tal y como acostumbraba hacer a diario [3].

Y mientras que el escudero cabalgaba según lo dicho, su palafrén salió del camino y entró en la espesura, y tanto le plació ésta que se dirigió hacia la fontana donde el caballero se hallaba en oración. El caballero, que vio llegar al escudero, dejó de orar y se sentó a la sombra del árbol que estaba en el hermoso prado, poniéndose a leer el libro que llevaba en la falda. El palafrén comenzó a beber agua en cuanto llegó a la fuente, y cuando el escudero, aún dormido, sintió que el palafrén no se movía, despertó y vio ante sí al caballero, que era muy viejo y tenía gran barba, luengos los cabellos y las ropas gastadas por el uso; y, por la penitencia que hacía, estaba magro y descolorido; y, por las lágrimas que derramaba, sus ojos estaban menguados, y él tenía el semblante de llevar una vida muy santa [4].

Mucho se maravillaron el uno del otro, pues el caballero había vivido como ermitaño durante largo tiempo y no había visto

hombre alguno luego de abandonar el mundo y dejar las armas. Y el escudero se maravilló mucho por la manera en que había llegado a aquel lugar.

El escudero bajó de su palafrén y saludó cordialmente al caballero, que lo acogió lo más afablemente que pudo, y ambos se sentaron en la agradable hierba, cada uno cerca del otro. El caballero, que comprendió que el escudero no quería hablar antes que él para así honrarlo, habló en primer lugar, diciendo:

–Buen amigo, ¿cuál es vuestro afán, adónde vais, por qué habéis llegado hasta aquí? [5].

–Señor –dijo el escudero–, fama es por lejanas tierras que un rey muy sabio ha convocado cortes para nombrarse a sí mismo caballero y luego nombrar caballeros a otros barones foráneos y de su tierra; por eso viajo yo a su corte para ser caballero novel; y mientras dormía por el cansancio de largos días de marcha, mi palafrén me trajo a este lugar [6].

Cuando el caballero oyó mencionar a la caballería y recordó la orden de caballería y lo que atañe al caballero, suspiró y se quedó pensativo, recordando la honra que la caballería le había conferido durante tanto tiempo. Y mientras el caballero se hallaba ensimismado, el escudero le preguntó en qué pensaba.

El caballero dijo:

–Hijo mío, mis pensamientos conciernen a la orden de caballería y al gran deber que recae sobre el caballero que defiende el alto honor de la caballería [7].

El escudero rogó al caballero que le dijera en qué consiste la orden de caballería y de qué modo el hombre puede honrarla mejor y conservarla en el honor con el que Dios la creó [8].

–¡Cómo, hijo! –así dijo el caballero–, ¿desconoces la regla y la orden de caballería? ¿Cómo puedes desear recibir caballería sin conocer la orden de caballería? Pues ningún caballero puede defender la orden que no conoce, ni puede amar su orden ni lo que pertenece a ella, sin saber la orden de caballería ni reconocer las faltas que se pueden cometer contra ella. Y ningún caballero debiera ser caballero sin aprender la orden de caballería, pues desordenado caballero sería quien armase caballeros sin antes enseñar las costumbres que pertenecen al caballero [9].

Y mientras el caballero decía estas palabras y reprendía al escudero que demandaba caballería, el escudero dijo al caballero:

–Señor, si os placiera hablarme de la orden de caballería, me sentiría con el ánimo suficiente para aprenderla y seguiría la regla y la orden de caballería [10].

–Buen amigo –así dijo el caballero–, la regla y la orden de caballería están en este libro que leo en ocasiones para intentar recordar la gracia y la merced que Dios me hizo en este mundo, cuando honraba y mantenía la orden de caballería con todo mi poder; pues así como la caballería otorga al caballero todo lo que es propio de él, el caballero debe otorgar todas sus fuerzas a la honra de la caballería [11].

El caballero entregó el libro al escudero, quien, cuando lo hubo leído, supo que el caballero es elegido de entre mil hombres para tener el oficio más noble de todos, y comprendió la regla y la orden de caballería; luego caviló durante un instante y dijo:

–¡Ah, señor Dios!, bendito seáis vos, que me habéis conducido al tiempo y lugar precisos para que conozca la caballería, la cual he anhelado durante largo tiempo sin conocer la nobleza de su orden ni la honra que Dios ha puesto en todos aquellos que pertenecen a la orden de caballería[5] [12].

–Amable hijo –dijo el caballero–, como estoy cerca de la muerte y mis días no son muchos, y este libro fue escrito para restablecer la devoción, la lealtad[6] y la disposición que el caballero debe observar con el fin de mantener su orden, lleváoslo[7], buen hijo, a la corte adonde vais, y mostradlo a todos aquellos que quieran ser caballeros noveles; guardadlo y no perdedlo, si amáis la orden de caballería. Y cuando seáis armado caballero novel, regresad a este lugar y decidme quiénes son aquellos de entre los nuevos caballeros que no se han mostrado obedientes a la doctrina de la caballería [13].

El caballero dio la bendición al escudero, que tomó el libro y, después de despedirse muy devotamente del caballero, cabalgó en su palafrén y se dirigió a la corte, siguiendo su camino con gran alegría. Y sabia y ordenadamente dio y presentó el libro al muy noble rey y a toda su gran corte, y permitió que todo caballero que deseara entrar en la orden de caballería lo

copiara[8], para que cada vez que lo leyese recordara la orden de caballería [14].

Parte primera, que trata del origen de la caballería

En el mundo faltó caridad, lealtad, justicia y verdad; surgió enemistad, deslealtad, injuria y falsedad, y por eso hubo error y turbación en el pueblo de Dios, que había sido creado para que Dios fuera amado, conocido, honrado, servido y temido por el hombre [1].

Al comenzar en el mundo el menosprecio de la justicia a causa de la mengua de la caridad, convino que la justicia recobrase su honra mediante el temor; y por eso, en toda la gente se hicieron grupos de mil[9], y de cada mil fue elegido y escogido el hombre más amable, más sabio, más leal, más fuerte y con más noble corazón, mayor educación y mejor crianza que todos los restantes [2].

Se eligió de entre todas las bestias la que era más bella, la que más corría, la que podía aguantar mayor fatiga y la que mejor convenía al hombre para servirle. Y como el caballo es la bestia más noble y la que mejor conviene para servir al hombre, por eso se eligió al caballo de entre todas las bestias, siéndole entregado al hombre elegido de entre mil hombres y, por eso, aquel hombre recibió el nombre de caballero [3].

Así pues, una vez juntos la más noble bestia y el hombre más noble, convino que se eligiesen y tomasen de entre todas las armas aquellas que son más nobles y más convenientes para combatir y defenderse de las llagas[10] y de la muerte, y aquellas armas se le dieron al caballero, que las hizo suyas.

Por tanto, quien quiera entrar en la orden de caballería habrá de meditar y pensar en el noble origen de la caballería[11], y convendrá que la nobleza de su corazón y su buena crianza concuerden y cuadren con el origen de la caballería, pues, si así no fuera, sería contrario a la orden de caballería y a sus principios. Por eso no conviene que la orden de caballería otorgue su

honra a los enemigos ni a aquellos que son contrarios a sus principios [4].

Y como amor y temor se avienen entre sí contra desamor y menosprecio, convino que el caballero (por nobleza de ánimo y de buenas costumbres, y por el honor tan alto y tan grande que se le hizo al elegirlo, y por el caballo y por las armas) fuera amado y temido por las gentes, y que por el amor regresaran caridad y educación, y que por el temor regresaran verdad y justicia[12] [5].

El hombre, en cuanto que posee mayor cordura y entendimiento y es de naturaleza más fuerte que la mujer, puede ser mejor que la mujer, pues, si no pudiera ser tan bueno como ella, se seguiría que la bondad y la fuerza de la naturaleza serían contrarias a la bondad del corazón y de las buenas obras. Por tanto, si el hombre, a causa de su naturaleza, posee mayor disposición para tener buen corazón y ser más bueno que la mujer, también posee mayor disposición para ser aleve que la mujer; pues, si así no fuera, no sería digno de tener mayor nobleza de corazón y mayor mérito de ser bueno que la mujer [6].

Piensa, escudero, qué harás si tomas la orden de caballería, pues si, al hacerte caballero, recibes la honra y la servidumbre que pertenecen a los amigos de la caballería, al tener tú más nobles principios, más obligado estás a ser bueno y agradable a Dios y a las gentes; y, si eres aleve, eres el mayor enemigo de la caballería y el más contrario a sus principios y a su honra [7].

Tan alta y noble es la orden de caballería que no bastó a la orden con que entraran en ella las personas más nobles ni que se le dieran las bestias más nobles ni las armas de mayor honra; antes convino que se hiciera señores de las gentes a aquellos hombres que están en la orden de caballería. Y como el señorío tiene tanta nobleza y la servidumbre tanto sometimiento, si tú, que tomas la orden de caballería, eres vil y malvado, podrás suponer qué injuria haces a tus súbditos y a tus compañeros, que son buenos; pues, a causa de la vileza que te posee, deberías ser súbdito y, a causa de la nobleza de los caballeros, que son buenos, eres indigno de ser llamado caballero como ellos[13] [8].

Ni la elección ni el caballo, ni las armas ni el señorío bastan al alto honor que es propio del caballero; por eso conviene que

disponga de escudero y palafrenero que le sirvan y cuiden de las bestias. Y conviene que las gentes aren, caven y arranquen las malas hierbas para que la tierra dé frutos con los que vivan el caballero y sus bestias; y que el caballero cabalgue y enseñoree y obtenga beneficio de aquellas cosas que a los hombres causan fatiga y perjuicio [9].

Ciencia y doctrina tienen los clérigos para poder, saber y querer amar, conocer y honrar a Dios y a sus obras, y para adoctrinar a las gentes y dar buen ejemplo en amar y honrar a Dios. Y para que sean ordenados en estas cosas aprenden en escuelas y las frecuentan. Por tanto, si los clérigos, por su vida honesta, por su ejemplaridad y su ciencia, tienen orden y oficio para inclinar a las gentes a la devoción y la vida santa, los caballeros, por la nobleza de ánimo y la fuerza de las armas, mantienen la orden de caballería y tienen la orden en que están para mover las gentes a temor, pues mediante éste temen los hombres pecar los unos contra los otros [10].

La ciencia y la escuela de la orden de caballería consisten en que el caballero disponga que su hijo aprenda desde pequeño a cabalgar, pues si no aprende a cabalgar de joven, menos aprenderá de viejo. Y mientras el hijo del caballero aún sea escudero, le convendrá saber cuidar del caballo, ser antes súbdito que señor y saber servir a éste; pues, de otra manera, ignorará la nobleza propia del señorío cuando sea caballero. Por eso mismo, el caballero debe poner a su hijo a las órdenes de otro caballero, para que aprenda a tajar y a protegerse, junto con las demás disciplinas que incumben al honor del caballero [11].

Al igual que el futuro carpintero ha menester de un maestro carpintero, y al igual que a quien quiere ser zapatero le conviene tener un maestro zapatero, al que ama la orden de caballería y quiere ser caballero le conviene tener un maestro que sea caballero, pues igual de inconveniente es que escudero aprenda orden de caballería de otro hombre que no sea caballero, como que carpintero enseñe al hombre que desea ser zapatero [12].

Así como juristas, médicos y clérigos tienen ciencia y libros y oyen la lección y aprenden su oficio por doctrina de letras, tan honrada y alta es la orden de caballero que no basta que al escudero se le enseñe la orden de caballería para que cuide al caballo,

para que sirva al señor, para que lo acompañe en hechos de armas, o para cualesquiera cosas semejantes, sino que se debiera hacer escuela de la orden de caballería y que ésta fuera ciencia escrita en libros y un arte que se enseñara, al igual que sucede con las demás ciencias. Y bueno sería que los hijos de los caballeros aprendiesen desde niños la ciencia que atañe a la caballería, y que después fuesen escuderos y recorriesen las tierras con los caballeros [13].

Si no hubiera falta en clérigos y caballeros, apenas habría falta en las demás gentes; pues por los clérigos tendrían devoción y amor a Dios, y por los caballeros temerían injuriar al prójimo. Por tanto, si los clérigos tienen maestro y doctrina y van a la escuela para aprender bien, y si hay tantas ciencias que poseen doctrina y letras, muy grande injuria se hace a la orden de caballería al no convertirla en una ciencia enseñada por letras que haga escuela, como sucede con las demás ciencias. Por todo esto, quien escribe este libro suplica al noble rey y a toda la corte, congregada por loor a la caballería, que lo empleen para satisfacer y restituir el honor de la orden de caballería, que tanto agrada a Dios [14].

Parte segunda, que habla de la orden de caballería y del oficio propio del caballero

Oficio de caballero es el fin y la intención que dieron principio a la orden de caballería. Por tanto, si el caballero no cumple el oficio de la caballería, es contrario a su orden y al antedicho principio de la caballería, y por ser contrario no es auténtico caballero aunque sea llamado caballero; y tal caballero es más vil que el tejedor y que el trompetero, que siguen su oficio [1].

Oficio de caballero es mantener y defender la santa fe católica por la que Dios Padre envió a su Hijo a encarnarse en la gloriosa Virgen, Nuestra Señora Santa María; el cual, para honrar y multiplicar la fe, sufrió en este mundo muchas fatigas e injurias, así como una muerte penosa. Por tanto, así como Dios Nuestro Señor ha elegido a los clérigos para mantener la santa fe con escrituras y pruebas pertinentes, que predican a los infie-

les con tan gran caridad que la muerte les parece algo deseable, el Dios de la Gloria ha elegido a los caballeros para que, por la fuerza de las armas, venzan y sojuzguen a los infieles que día a día se afanan en destruir la Santa Iglesia[14]. Por eso, Dios honra en este mundo y en el otro a tales caballeros, que son mantenedores y defensores del oficio de Dios y de la fe por la que nos hemos de salvar [2].

El caballero que tiene fe y no se sirve de ella, y es contrario a aquellos que defienden la fe, es como el entendimiento del hombre que emplea la sinrazón y la ignorancia, aun habiéndole dado Dios razón. De donde resulta que quien tiene fe y es contrario a la fe, quiere salvarse por lo que va contra la fe; y como su querencia concuerda con el descreimiento, que es contrario a fe y a salvación, por dicho descreimiento es condenado a penalidades sin fin [3].

Aunque muchos sean los oficios que Dios ha dado en este mundo a los hombres para que le sirvan, los dos más nobles, más honrados y más cercanos entre sí son el oficio de clérigo y el oficio de caballero; por tanto, la mayor amistad que se puede dar en este mundo es la de clérigo con caballero. Así pues, al igual que el clérigo no sigue la orden de clerecía cuando es contrario a la orden de caballería, el caballero no mantiene la orden de caballería cuando es contrario a los clérigos y los desobedece, los cuales están obligados a amar y a mantener la orden de caballería [4].

El orden no sólo se encuentra en los hombres que aman a su orden sino que está en ellos para que amen las demás. Por tanto, amar una orden y desamar otra no es mantener dicho orden, pues Dios no ha hecho ninguna de ellas para que sea contraria a las demás. Por tanto, si el hombre religioso no sigue su orden por amarla tanto que desama a las demás, el caballero que ama tanto a su orden que menosprecia y desama a las demás órdenes no cumple con el oficio de caballero. Pues si un caballero tuviera orden de caballería desamando y destruyendo otra orden[15], se seguiría que Dios y orden serían contrarios, lo cual supone una contradicción [5].

Tan noble cosa es el oficio de caballero que cada caballero debería ser señor y regidor de alguna tierra; pero tantos son los

caballeros, que no hay tierras suficientes para todos ellos. Y para significar que un solo Dios es señor de todas las cosas, el emperador debe ser caballero y señor de todos los caballeros; mas, como no podría por sí mismo regir a todos los caballeros, conviene que tenga bajo sí a reyes que sean caballeros y que le ayuden a mantener la orden de caballería. Y los reyes deben tener bajo sí a condes, comdores[16], valvasores[17] y demás grados de la caballería, y bajo estos grados deben estar los caballeros de un escudo[18], gobernados y sometidos a los antedichos grados de la caballería [6].

Para dar testimonio del excelente señorío, de la sabiduría y del poder de Dios Nuestro Señor, que es uno y puede y sabe regir y gobernar todo cuanto existe, no convendría que un caballero pudiera por sí mismo regir a todas las gentes de este mundo, pues, si lo hiciera, dejaría de tener significado el señorío, el poder y la sabiduría de Dios Nuestro Señor. Por esto Dios ha querido que, para regir a todas las gentes de este mundo, sea menester de muchos oficiales que sean caballeros. Por tanto, el rey o príncipe que nombra procuradores, vegueres[19] o bailes[20] a hombres que no son caballeros, lo hace contra el oficio de la caballería, puesto que el caballero, por la dignidad de su oficio, es más conveniente para enseñorear al pueblo que los demás hombres, porque, por el honor de su oficio, se le debe más honor que a cualquier hombre que no posea oficio tan honrado. Y como, por el honor que le viene de su orden, tiene nobleza de corazón, se inclina más tarde que otro hombre a maldad, a engaño y a viles acciones [7].

Oficio de caballero es mantener y defender a su señor terrenal, pues ni rey ni príncipe ni alto barón alguno podrían mantener sin ayuda el derecho de sus gentes; por tanto, si el pueblo o algún hombre se oponen a los mandatos del rey o del príncipe, conviene que los caballeros ayuden a su señor, que sólo es hombre como los demás. Por tanto, el caballero felón que antes ayuda al pueblo que a su señor, o que quiere ser señor desposeyendo al suyo de tal nombre, no sigue el oficio por el que recibe el nombre de caballero [8].

Por los caballeros ha de ser mantenida la justicia, pues si los jueces tienen el oficio de juzgar, los caballeros tienen el oficio de

mantener la justicia. Si caballero y letras se pudieran acordar tan estrechamente que el caballero, mediante la ciencia, se bastara para ser juez, juez debería ser el caballero; pues aquel que mejor puede mantener la justicia mejor sirve para juez que cualquier otro hombre, por lo que conviene que el caballero pueda ser juez [9].

El caballero debe montar a caballo, justar[21], correr lanzas[22], ir armado, hacer torneos y tablas redondas[23], esgrimir, cazar ciervos, osos, jabalíes, leones y las demás cosas semejantes a éstas que son oficio de caballero; pues por todas ellas se acostumbran los caballeros a los hechos de armas y a mantener la orden de caballería. Así pues, menospreciar la costumbre y el uso de aquello que bien permite al caballero cumplir bien con su oficio es menospreciar la orden de caballería [10].

Por tanto, al igual que todos estos usos antedichos atañen al cuerpo del caballero, justicia, sabiduría, caridad, lealtad, humildad, fortaleza, esperanza, experiencia y todas las demás virtudes que se les asemejan atañen al alma del caballero[24]. Por eso, el caballero que cumple estas cosas que atañen a la orden de caballería en cuanto al cuerpo, y no cumple aquellas otras virtudes de la caballería que incumben al alma, no es amigo de la orden de caballería, pues, si lo fuese, se seguiría que el cuerpo y la caballería son contrarios al alma y a sus virtudes, lo cual no es cierto [11].

Oficio de caballero es mantener la tierra, pues las gentes no se atreven a destruir las tierras por el pavor que tienen a los caballeros y, por el miedo a los caballeros, no se atreven reyes y príncipes a combatirse unos a otros. Pero el caballero malvado que no ayuda a su señor terrenal, y natural, contra otro príncipe, es caballero sin oficio y es como la fe sin obras y como el descreimiento, que es contrario a la fe. Por tanto, si tal caballero siguiera la orden y el oficio de la caballería, la caballería y su orden serían una injuria para el caballero que combate hasta la muerte por la justicia y para mantener y defender a su señor [12].

No hay ningún oficio de los que han sido hechos que no pueda ser deshecho, pues, si nada de lo que ha sido hecho pudiera ser deshecho y destruido, lo que ha sido hecho sería semejante a Dios, que no fue hecho ni puede ser destruido. Y como el oficio de la caballería ha sido hecho y ordenado por Dios, y

mantenido por aquellos que aman la orden de caballería y forman parte de ella, el caballero malvado que, desamando el oficio de la caballería, quiere salir de la orden de caballería, deshace en sí mismo la caballería [13].

El rey o príncipe que deshace en sí mismo la orden de caballería, no sólo deshace caballero en su persona, sino también en los caballeros que le están sometidos, quienes, por el mal ejemplo de su señor y para ser amados por él, siguen sus malas costumbres, haciendo lo que no es propio de la caballería ni de su orden. Por tanto, los príncipes malvados no sólo contradicen en sus personas a la orden de caballería, sino también en sus súbditos, en quienes deshacen la orden de caballería. Así pues, si quien expulsa a un caballero de la orden de caballería obra con muy gran maldad y vileza de corazón, cuánto peor obra quien expulsa de la orden de caballería a muchos caballeros [14].

¡Ah, qué gran fuerza de ánimo posee el caballero que vence y sojuzga a muchos caballeros malvados! Tal es el príncipe o alto barón que tanto ama la orden de caballería que, aunque muchos hombres malvados llamados caballeros le aconsejen a diario el cumplimiento de maldades, traiciones y engaños para destruir la caballería en su raíz, él, príncipe venturoso, con la sola nobleza de su corazón y la ayuda de la caballería y de su orden, destruye y vence a todos los enemigos de la caballería [15].

Si la caballería residiera más en la fuerza del cuerpo que en la nobleza de ánimo, entonces la orden de caballería concordaría mejor con el cuerpo que con el alma, por lo que el cuerpo poseería mayor nobleza que el alma. Y como la nobleza de ánimo no puede ser vencida ni sojuzgada por uno ni por todos los hombres de este mundo, mientras que un cuerpo puede ser vencido y sometido por otro, el caballero malvado que, penando más por la integridad de su cuerpo que por la maldad y flaqueza de su ánimo, huye de la batalla y deja desamparado a su señor no sigue el oficio de caballero ni sirve ni obedece a la honrada orden de la caballería, que nació por la nobleza de ánimo [16].

Si la menor nobleza de ánimo se aviniera mejor con la orden de caballería que la mayor [nobleza], entonces cobardía y desánimo se avendrían mejor con la caballería que el ardimiento y la fuerza de corazón; y, si así fuese, cobardía y desánimo serían

oficio de caballero, y ardimiento y fuerza [de corazón] desordenarían la orden de caballería. Y, pues no es así, si tú, caballero, quieres y amas mucho a la caballería, conviene que te esfuerces para que, cuando más carezcas de compañeros, armas y estipendios, más ardimiento, coraje y esperanza muestres contra aquellos que son contrarios a la caballería. Y si mueres por mantener la caballería, entonces es que tienes caballería en lo que más la puedes amar, servir y mantener; pues en ningún otro lugar se encuentra tan bien la caballería como en la nobleza de corazón. Y ningún hombre podrá amar, honrar y tener más caballería que quien muere por el honor y la orden de caballería [17].

Caballería y ardimiento no se avienen entre sí sin sabiduría y discernimiento, pues, si así fuera, necedad e ignorancia convendrían con la orden de caballería. Y entonces, sabiduría y discernimiento, que son contrarios a necedad e ignorancia, serían contrarios a la orden de caballería, lo cual es imposible. Y por tal imposibilidad se te significa a ti, caballero, que mucho amas la orden de caballería, que, así como la caballería, por nobleza de corazón, te hace tener ardimiento y menospreciar los peligros, para que puedas honrar a la caballería conviene que la orden de caballería te haga amar la sabiduría y el discernimiento, para que puedas honrar a la orden de caballería contra el desorden y el desfallecimiento de quienes creen cumplir con el honor de la caballería mediante la necedad y la mengua del entendimiento [18].

Oficio de caballero es defender a viudas, huérfanos[25] y hombres desvalidos; pues así como es costumbre y razón que los mayores ayuden y defiendan a los menores y que los menores se refugien en los mayores, es costumbre de la orden de caballería que, por ser grande, honrada y poderosa, vaya en socorro y ayuda de quienes le son inferiores en honra y en fuerza[26]. Por tanto, si forzar a viudas que han menester ayuda, desheredar a huérfanos que han menester protector[27] y robar y destruir a hombres míseros y desvalidos a quienes se debe prestar socorro, concordase con la orden de caballería, maldad, engaño, crueldad y traición convendrían con orden, nobleza y honra. Y si esto fuera así, entonces el caballero y su orden serían contrarios a los principios de la orden de caballería [19].

Si Dios ha dado ojos al menestral para que vea al trabajar, y ojos al pecador para que pueda llorar sus pecados, al caballero le ha dado el corazón para que sea la habitación donde resida su nobleza de ánimo; y, al caballero que tiene fuerza y honra, ese corazón se lo da para que haya en él piedad y compasión con las que ayudar, salvar y proteger a aquellos que levantan los ojos con lágrimas y sus corazones con esperanza hacia los caballeros para que los ayuden, defiendan y asistan en sus necesidades. Por tanto, el caballero que no tenga ojos para ver a los desvalidos ni corazón con el que ayudar a sus necesidades, no es verdadero caballero ni está en la orden de caballería; pues tan alta y noble cosa es la caballería que a todos aquellos que son obcecados y de vil corazón los expulsa de su orden y de su beneficio [20].

Si la caballería, que es oficio tan honrado, fuese oficio para robar y sojuzgar a los pobres y desvalidos, y para engañar y forzar a las viudas y a las demás mujeres, muy grande y noble oficio sería ayudar y defender a huérfanos, viudas y pobres. Por tanto, si la alevosía y el engaño fueran propios de la orden de caballería, que es tan honrada, y por alevosía, por falsedad, por traición y por crueldad la caballería mantuviese su honra, ¡cuánto más honrada que la caballería sería la orden que se honrase de cumplir la lealtad, la cortesía, la liberalidad y la piedad! [21].

Oficio de caballero es poseer castillo y caballo para guardar los caminos y defender a los labradores. Oficio de caballero es poseer villas y ciudades para hacer justicia a las gentes y para reunir en un lugar a herreros, zapateros, pañeros, mercaderes y los demás oficios que corresponden al ordenamiento de este mundo, los cuales son necesarios para conservar las necesidades del cuerpo. Por tanto, los caballeros, para mantener su oficio, están tan bien albergados que son señores de castillos, villas y ciudades.

Si destruir villas, castillos y ciudades, quemar y talar árboles y plantas, matar el ganado y robar por los caminos fuese oficio y orden de caballero, entonces construir y edificar castillos, fortalezas, villas y ciudades, defender a los labradores, tener atalayas para asegurar los caminos y las demás cosas parecidas a éstas serían el desorden de la caballería; y, si así fuese, la razón por la

que la caballería fue creada sería una misma cosa con su desorden y su contrario [22].

Los traidores, los ladrones y los salteadores deben ser perseguidos por los caballeros, pues, así como el hacha fue creada para destruir los árboles, el oficio de caballero se hizo para destruir a los hombres malos. Por tanto, si un caballero fuera salteador, ladrón y traidor, puesto que los salteadores, ladrones y traidores deben ser muertos y apresados por los caballeros, el caballero que, siendo ladrón, traidor o salteador, quisiera servirse de su oficio y ejecutarlo en otro, debería matarse y apresarse a sí mismo; y, si no quisiera ejecutar su oficio sobre sí mismo, a la orden de caballería le convendría otro antes que él. Y como no es cosa de ley[28] que ningún hombre se mate a sí mismo, el caballero que sea ladrón, traidor y salteador debe ser destruido y muerto por otro caballero. Y el caballero que tolere y ampare a caballero traidor, salteador o ladrón, no cumple con su oficio; pues, si lo cumpliera, gran daño le haría al matar a los hombres ladrones y traidores que no son caballeros [23].

Si tú, caballero, tienes dolor o algún mal en una mano, dicho mal está más cerca de tu otra mano que de mí o de cualquier otro hombre; por tanto, el caballero que es traidor, ladrón y salteador tiene su vicio y su falta más cerca de ti, que eres caballero, que de mí, que no lo soy. Por tanto, si tu mal te causa más molestias que el mío, ¿por qué excusas y defiendes al caballero enemigo del honor de la caballería mientras reprendes a los hombres que no son caballeros por las faltas que cometen? [24].

Mayor latrocinio causa el caballero ladrón al alto honor de la caballería cuando priva a ésta de su nombre y su persona que cuando roba dineros y otras cosas; pues quitar la honra es otorgar vileza y mala fama a aquello que es digno de ser alabado y honrado. Y como el honor y la honra valen más que los dineros, que el oro y que la plata, por eso es mayor falta envilecer la caballería que robar dineros y [envilecer] a otras cosas que no sean la caballería. Y si no fuera así, se seguiría una de dos: o que los dineros y las cosas que se roban son mejores que el hombre, o que robar un dinero supone mayor latrocinio que robar muchos dineros [25].

Si el hombre traidor que mata a su señor o que yace con su mujer o entrega su castillo es caballero, ¿qué será el hombre que muere por honrar y defender a su señor? Y si el caballero traidor es halagado por su señor, ¿qué falta podrá cometer para que sea castigado y reprendido? Y si el señor no defiende el honor de la caballería contra su caballero traidor, ¿contra qué lo defenderá? Y si el señor no destruye a su traidor, ¿qué destruirá y por qué es señor, hombre o lo que sea que es? [26].

Si es oficio de caballero retar o combatir al traidor, y si oficio de caballero traidor es esconderse y combatir contra caballero leal, ¿qué es, entonces, oficio de caballero? Y si un ánimo tan malvado como el del caballero traidor procura vencer el ánimo del caballero leal, entonces el elevado ánimo del caballero que combate por lealtad, ¿qué procura vencer y superar? Y si el caballero amigo de caballería y de lealtad es vencido, ¿qué pecado ha cometido y adónde ha ido el honor de la caballería? [27].

Si robar fuese oficio de caballero, dar sería contrario a la orden de caballería, y si dar se aviniese con algún oficio, ¿cuánto valor habría en aquel hombre que tuviera el oficio de dar? Y si dar las cosas quitadas se aviniese con el honor de la caballería, ¿restituirlas con qué se avendría? Y si el caballero debiera poseer lo que quita a quien Dios se lo dio, ¿qué no poseería el caballero? [28].

Poco sabe de encomendar quien a lobo hambriento encomienda sus ovejas, y quien su bella mujer encomienda a joven caballero traidor, y quien su fortaleza encomienda a caballero avaro y salteador. Y si tal hombre poco sabe de encomendar sus cosas, ¿quién sabrá encomendar los bienes y quién guardar y devolver lo encomendado? [29].

¿Conoces a algún caballero que no quiera recobrar su fortaleza o que no quiera guardar a su mujer de caballero traidor? ¿Conoces a algún caballero salteador que no se esconda para asaltar a alguien? Pues, si no conoces a ninguno de esos caballeros, ¿crees que alguna regla u orden podrán hacerlos volver a la orden de caballería? [30].

Tener el arnés reluciente y el caballo con buena salud es oficio de caballero, y si jugarse el arnés, las armas y el caballo fuera oficio de caballero, entonces el oficio de caballero sería una cosa

y su contraria[29]; y como perder el arnés no es caballería, ¿qué sería la caballería sin armas, y cómo se podría llamar caballero a quien tal hace? [31].

El mandamiento de la ley dice que el hombre no sea perjuro; por tanto, si jurar en falso no fuera contra la orden de caballería, Dios, que hizo el mandamiento, y la caballería serían contrarios; y siéndolo, ¿dónde estaría la honra de la caballería y cuál sería su oficio? Y como Dios y caballería convienen entre sí, conviene que el jurar en falso no se dé en aquellos que defienden la caballería, pues si hacer el voto y prometer por Dios y decir la verdad al jurar no se diera en el caballero, ¿en qué consistiría la caballería? [32].

Si justicia y lujuria se avinieran entre sí, caballería, que se aviene con justicia, se avendría con lujuria, y si caballería y lujuria se avinieran entre sí, castidad, que es lo contrario de lujuria, iría contra la honra de la caballería; y, si esto fuera así, sería verdad que los caballeros quieren honrar la caballería para defender la lujuria. Y como justicia y lujuria son contrarias entre sí, y la caballería sirve para defender la justicia, entonces caballero lujurioso y caballería serían contrarios y, siéndolo, en la caballería debería ser evitado más que en ningún otro sitio el vicio de la lujuria; y si este vicio fuera castigado tal y como se debiera, de ninguna orden serían expulsados tantos hombres como de la orden de caballería [33].

Si justicia y humildad fuesen contrarias entre sí, caballería, que se aviene con justicia, sería contraria a humildad y se avendría con orgullo. Y si el caballero orgulloso mantuviera oficio de caballería, aquella caballería que nació por la justicia y para defender a los hombres humildes contra los orgullosos e injustos sería otra caballería diferente. Y, si así fuera, los caballeros de este tiempo no estarían en la orden en la que estuvieron los caballeros que los antecedieron. Y como estos caballeros de ahora tienen la regla y cumplen con el oficio con el que cumplieron quienes los antecedieron, no es cierto que el orgullo y la maldad aniden en estos caballeros que nos parecen orgullosos e injustos. Y, entonces, si lo que nos parece orgullo e injusticia no lo es, ¿qué son la humildad y la justicia, y dónde están? [34].

Si justicia y paz fuesen contrarias entre sí, caballería, que concuerda con justicia, sería contraria a paz; si así fuera, estos que ahora son enemigos de la paz y amigos de guerras y de fatigas serían caballeros, mientras que aquellos que pacifican a las gentes, y evitan las fatigas, serían injustos y obrarían contra caballería. Por tanto, si los caballeros de ahora cumplen con el oficio de la caballería siendo injustos, guerreros y amantes del mal y de las fatigas, cabe preguntarse qué fueron los caballeros de antaño que se avenían con la justicia y con la paz al pacificar a los hombres mediante la justicia y la fuerza de las armas.

Si antaño era oficio de caballero pacificar a los hombres mediante la fuerza de las armas, y si los caballeros guerreros e injustos de estos tiempos no pertenecen a la orden de caballería ni cumplen oficio de caballero, ¿dónde está, entonces, la caballería, y qué y cuántos son aquellos que se encuentran en su orden? [35].

Muchas son las maneras por las que el caballero puede y debe usar del oficio de·la caballería; mas, como debemos tratar de otras cosas, las expondremos del modo más abreviado que podamos; dicha brevedad se debe a la petición de un escudero cortés, leal y veraz que ha seguido la regla de caballero por largo tiempo y que, dentro de muy poco, va a ser armado caballero novel [36].

Parte tercera, que especifica el examen que se debe hacer al escudero cuando quiere entrar en la orden de caballería

Para examinar al escudero conviene un examinador que sea caballero amante de la orden de caballería; pues hay algunos caballeros que anteponen la abundancia de gran número de caballeros a su bondad. Y como la caballería antepone la nobleza de corazón y de buenas costumbres a la multitud del número, el examinador que prefiera el número de los caballeros a la nobleza de la caballería no convendrá para examinador y sería menester que fuese examinado y reprendido por la injuria que hace al alto honor de la caballería [1].

Antes que nada será conveniente preguntar al escudero que quiere ser caballero si ama y teme a Dios, pues sin amarlo ni temerlo ningún hombre es digno de entrar en la orden de caballería, ya que el temor hace dudar ante las faltas que causan la deshonra de la caballería. Por tanto, mientras que el escudero que ni ama ni teme a Dios recibe honor por ser armado caballero y entrar en la caballería, la caballería recibe deshonor por el escudero que la recibe sin honrar a Dios, que honró a la caballería. Y como no es conveniente recibir honor y dar deshonor, el escudero sin amor ni temor no es digno de ser caballero [2].

Así como caballero sin caballo no se aviene con el oficio de la caballería, el escudero sin nobleza de ánimo no se aviene con la orden de caballería; pues si la nobleza de ánimo supuso el comienzo de la caballería, la vileza de ánimo supone la destrucción de la orden del caballero. Por tanto, si escudero con vil corazón quiere ser caballero, entonces es que quiere destruir la orden en la que quiere entrar; y, si está contra la orden, ¿por qué quiere entrar en ella? Y, el que arma caballero a escudero de corazón tan vil, ¿por qué deshace su orden? [3].

La nobleza de corazón no la busques en la boca, porque nunca dice la verdad; ni la busques en una buena vestidura, porque debajo de un rico manto suele esconderse un corazón vil y débil en el que residen la maldad y el engaño. Tampoco la busques en el caballo, porque no podrá responderte; ni en los adornos ni en el arnés, porque los bellos adornos suelen ocultar un corazón astuto y malvado. Por tanto, si quieres encontrar nobleza de corazón búscala en la fe, en la esperanza, en la caridad, en la justicia, en la fortaleza, en la lealtad y en las demás virtudes, pues en ellas reside la nobleza de corazón y, por ellas, el noble ánimo del caballero se defiende de la maldad, del engaño y de los enemigos de la caballería [4].

Una edad apropiada conviene al caballero novel, pues si el escudero que quiere hacerse caballero es demasiado joven, no podrá haber aprendido las costumbres que incumben al escudero antes de ser caballero, y tampoco podrá recordar las promesas hechas al honor de la caballería si es armado caballero novel durante su infancia. Y si el escudero viejo y de cuerpo enflaquecido quiere ser caballero, entonces es que antes de llegar a

viejo hizo injuria a caballería, pues ésta es defendida por los combatientes que son fuertes y envilecida por los que son flacos y desvalidos, que huyen al ser vencidos [5].

Así como la mesura de la virtud reside en el medio, y su contrario en los dos extremos que son vicio, la caballería reside en la edad que conviene a caballero; pues, si así no fuera, habría contradicción entre mesura y caballería y, si así fuera, virtud y caballería serían contrarias. Y, si fueran contrarias, tú, escudero, que demasiado pronto o demasiado tarde quieres ser caballero, ¿por qué quieres entrar en la orden de la caballería? [6].

Si por tener bellas facciones, un cuerpo bien hecho, cabellos rubios o llevar un espejo en la bolsa, el escudero tuviera que ser armado caballero, el escudero podría hacer caballero al bello hijo de un payés o a una bella mujer; si tal cosa haces, deshonras y menosprecias la antigüedad de un honrado linaje[30]; y la nobleza, que Dios más ha dado al hombre que a la mujer, rebajas y envileces, y por tal menosprecio y deshonor envileces y rebajas la orden de caballería[31] [7].

Abolengo[32] y caballería se avienen y concuerdan, pues el abolengo no es más que el honor ininterrumpido que viene de antiguo[33] y la caballería es orden y regla que desde los tiempos en que comenzó se prolonga hasta el tiempo en que estamos. Por tanto, puesto que abolengo y caballería se avienen entre sí, si armas caballero a quien no posee abolengo, haces que abolengo y caballería sean contrarios entre sí; y por eso aquel a quien nombras caballero obra contra abolengo y caballería, y si obra así siendo caballero, ¿dónde está la caballería? [8].

Si tanto poder tienes en la orden de caballería que puedes hacer llevar a ella a quien no le conviene, necesariamente deberás tener tanto poder que puedas apartar de la orden de caballería a aquel que por abolengo debe ser caballero. Y puesto que la caballería tiene tanta virtud que tú no le puedes quitar su honor ni a aquellos que por abolengo le convienen, entonces no puedes armar caballero a hombre de linaje vil [9].

En cuanto a la naturaleza del cuerpo, tan honrada es la naturaleza en los árboles y en las bestias como en los hombres; mas, a causa de la nobleza del alma racional que sólo se asienta en el cuerpo del hombre, la naturaleza tiene mayor virtud en el cuerpo

humano que en el cuerpo de las bestias. Por ello consiente la orden de caballería que ciertos hombres de nuevo y honrado linaje puedan conseguir caballería en virtud de sus muchas y nobles costumbres y muchos nobles hechos, así como por nobleza de príncipe[34]. Pues si así no fuera, se seguiría que mejor se aviene la caballería con la naturaleza del cuerpo que con la virtud del alma; lo cual no es cierto, porque la nobleza de ánimo que se debe a caballería mejor se aviene con el alma que con el cuerpo [10].

En el examen realizado al escudero que aspira a ser caballero, conviene que se le pregunte por su vida y sus costumbres; pues si mala vida y malas costumbres expulsan de la orden de caballería a los malos caballeros, cuánto menos convendrá que escudero malvado sea caballero y entre en la orden de la que luego deberá salir por sus viles acciones y sus desagradables costumbres [11].

Puesto que la caballería se aviene tan estrechamente con el valor que todos los amigos del deshonor son expulsados de su orden, si la caballería no recibiese a aquellos hombres que aman y defienden el valor que tienen, se seguiría que la caballería podría destruirse en la vileza y jamás rehacerse en la nobleza. Y como esto no es cierto, tú, caballero que examinas al escudero, estás obligado a buscar en el escudero valor y nobleza con mayor ahínco que cualquier otra cosa [12].

Debes saber por qué motivo el escudero tiene la voluntad de ser caballero, pues si quisiera caballería para ser rico o para enseñorear o para recibir honra, sin hacer honor a caballería ni honrar a quienes a la caballería dan honra y honor, al amar a la caballería amaría su deshonor, siendo indigno de conseguir mediante la caballería riqueza, bienandanza y honra [13].

Así como nada vale la intención de los clérigos que por simonía son elegidos prelados, al mal escudero de nada le valen su voluntad y la intención cuando quiere ser caballero en contra de la orden de caballería. Y si todas las acciones del clérigo culpable de simonía van contra la clerecía, todo lo que haga el escudero que con falsa intención consiguió el oficio de caballería irá contra la orden de caballería[35] [14].

Al escudero que quiere caballería le conviene saber la gran carga[36] que supone la caballería y los grandes peligros que

aguardan a quienes la quieren recibir y defender; pues el caballero más ha de temer el vituperio de las gentes que la muerte[37], y más sufrimiento[38] debe causar la vergüenza[39] a su ánimo que el hambre, la sed, el calor, el frío o cualquier otro sufrimiento y esfuerzo a su cuerpo. Por eso todos estos peligros deben ser mostrados y expuestos al escudero antes de ser armado caballero [15].

La caballería no puede ser mantenida sin el arnés que es propio del caballero y sin los honrados hechos [de armas] y los grandes dispendios que convienen al oficio de la caballería. Y por eso, escudero sin armas que no posea la necesaria riqueza para mantener la caballería no debería ser caballero, pues por falta de riqueza le faltará el arnés y, por falta del arnés y de dispendios, el mal caballero se hará salteador, traidor, ladrón, mentiroso, falso y adquirirá otros vicios contrarios a la orden de caballero[40] [16].

Hombre contrahecho o demasiado grueso, o que tenga otro defecto en su cuerpo por el cual no pueda usar de oficio de caballero, no debe estar en la orden de caballería, pues para la orden de caballería supone una vileza el recibir en ella a hombre enteco[41], de mala salud[42] o incapaz de llevar armas. Y como tan noble es la caballería y tan alta [es] en su honra, ni la riqueza ni la nobleza de corazón y de linaje bastan a escudero que tenga algún miembro lisiado[43] [17].

Al escudero que demanda caballería se le debe preguntar, y él debe responder, si ha hecho maldad o engaño que vayan contra la orden de caballería, pues ha podido cometer falta tan grave que no sea digno de que la caballería lo acoja en su orden ni de que lo haga compañero de aquellos que defienden el honor de la caballería[44] [18].

Si el escudero se vanagloria de lo que hace, no parecerá apropiado para ser caballero, pues la vanagloria es vicio que destruye los méritos y los galardones de los beneficios otorgados por la caballería. Y escudero adulador no conviene al oficio de caballero, pues el adulador tiene la intención corrompida, que destruye y nubla la voluntad y la lealtad que convienen al ánimo del caballero [19].

El escudero orgulloso, maleducado, sucio de palabras y de ropas, de corazón cruel, avaro, mentiroso, desleal, perezoso, iracundo y lujurioso, ebrio, glotón, perjuro o que tenga otros

vicios semejantes a éstos[45] no conviene a la orden de caballería. Pues si la caballería pudiera recibir a aquellos que están contra su orden, se tendría que orden y desorden son la misma cosa. Por tanto, puesto que la caballería es la mera ordenación del valor, todo escudero deberá ser examinado antes de ser armado caballero novel [20].

Parte cuarta, que muestra la manera según la cual el escudero debe recibir la orden de caballería

En un principio, cuando el escudero vaya a entrar en la orden de caballería, conviene que se confiese de las faltas que ha cometido contra Dios, al cual quiere servir en la orden de caballería, y, si no tiene pecados, debe recibir el preciado cuerpo de Jesús tal y como corresponde [1].

Para armar caballero viene bien alguna de las fiestas más célebres del año, para que, en dicho día y por el honor de la fiesta, se junten muchos hombres en el lugar donde el escudero vaya a ser armado caballero, y que todos rueguen por él a Dios, para que éste le otorgue la gracia y la bendición mediante las cuales sea leal a la orden de caballería [2].

El escudero debe ayunar la víspera de la fiesta para honrar al santo a quien se celebra. Y la noche anterior al día en que vaya a ser armado caballero, acudirá a la iglesia para rezar a Dios y velar y estar en contemplación[46], oyendo de tal suerte las palabras de Dios y de la orden de caballería. Y si escucha a juglares que canten o hablen de puterío[47] y de pecado, apenas entrar en la orden de caballería comienza a deshonrarla y menospreciarla [3].

Al día siguiente conviene que se cante misa solemne, y el escudero debe acercarse al altar y ofrecerse al sacerdote, que está en lugar de Dios, y a la orden de caballería, para ser servidor de Dios; y conviene que se obligue a honrar y a defender dicha orden con todo su poder y se someta a ella. Aquel día conviene que haya sermón en el que se recuerden los catorce artículos en que se funda la fe, así como los diez mandamientos y los siete sacramentos de la Santa Iglesia, junto con las demás cosas que

atañen a la fe. Y el escudero debe esforzarse en recordar todas ellas para poder concordar el oficio de caballería con las cosas que atañen a la santa fe católica [4].

Los catorce artículos son los siguientes: Creer en un [solo] Dios es el primero. Creer en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo son tres artículos. Y conviene que el hombre crea que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un [solo] Dios eterno, sin principio ni fin. Creer que Dios es el creador de todo cuanto existe es el quinto. El sexto es creer que Dios es recreador, esto es, que ha redimido al humano linaje del pecado que Adán y Eva cometieron. El séptimo es creer que Dios dará la gloria a quienes se encuentran en el Paraíso.

Estos siete artículos atañen a la deidad, mientras que los siete que siguen atañen a la humanidad que el Hijo de Dios tomó en Nuestra Señora Santa María, los cuales son los siguientes: Creer que Jesucristo fue concebido del Espíritu Santo, cuando san Gabriel saludó a Nuestra Señora, es el primero. Es segundo es creer que Jesucristo nació. El tercero que fue crucificado y muerto para salvarnos. El cuarto que su alma bajó al infierno para liberar a Adán, a Abraham y a los demás profetas que, antes de morir, creyeron en su advenimiento. El quinto es creer que Jesucristo resucitó. El sexto que subió al cielo el día de la Ascensión. El séptimo es creer que Jesucristo vendrá en el Día del Juicio, cuando todos hayamos resucitado, para juzgar a buenos y a malos. Todo hombre está obligado a creer en estos catorce artículos que son testimonios de Dios y de sus obras, sin los cuales nadie puede salvarse [5].

Los diez mandamientos que Dios dio a Moisés en el monte de Sinaí son éstos: A un Dios tan sólo adorarás y servirás. No serás perjuro. Guardarás el sábado. Honrarás a tu padre y a tu madre. No cometerás homicidio. No fornicarás. No cometerás latrocinio. No darás falso testimonio. No envidiarás la mujer de tu prójimo. No tendrás envidia de los bienes de tu prójimo. A todo caballero le conviene saber estos diez mandamientos para que en su orden no sea desobediente a los mandamientos que Dios ha dado [6].

Los siete sacramentos de la Santa Iglesia son éstos: Bautismo. Confirmación. El sacrificio del altar[48]. La penitencia que

el hombre hace de los pecados. Los órdenes que hace el obispo al nombrar presbítero, diácono y subdiácono. Matrimonio. Unción[49]. Por estos siete sacramentos nos hemos de salvar, y a cumplirlos está obligado el juramento[50] de la caballería, por lo que todo caballero que conozca su oficio debe saber a cuáles cosas se ha obligado [7].

De todas estas cosas antedichas deberá predicar el sacerdote, así como de las demás que pertenecen a caballería; y el escudero que quiere ser caballero deberá pedir a Dios que le dé la gracia y su bendición para poder ser su servidor durante toda su vida [8].

Cuando el sacerdote haya hecho lo que atañe a su oficio, entonces convendrá que el príncipe o el alto barón que quiera armar caballero al escudero que demanda caballería tenga virtud y caballería en su persona, para que, por la gracia de Dios, pueda dar virtud y orden de caballería al escudero que quiere virtud y orden de caballería. Pues, si el caballero no es ordenado ni virtuoso en su persona, no podrá dar lo que no tiene, pues es de peor condición que las plantas, que tienen la virtud de darse su naturaleza unas a otras, lo cual también sucede con las bestias y las aves [9].

Tal caballero malvado, que desordenadamente quiere otorgar la orden para que se multiplique, injuria hace a la caballería y al escudero; y de aquello por lo que él debería ser deshecho, quiere hacer lo que no debe ser hecho. Y por la falta de tal caballero sucede en ocasiones que el escudero que toma caballería no recibe la ayuda de la gracia de Dios ni de la virtud de la caballería; por eso, todo escudero que tome caballería de tal caballero será un necio [10].

El escudero debe arrodillarse ante el altar y levantar a Dios sus ojos, tanto corporales como espirituales, y sus manos. Y el caballero debe ceñirle la espada para significar castidad y justicia. Y en significación de la caridad, debe besar al escudero y darle un bofetón[51] para que se acuerde de lo que promete y de la gran carga a la que se obliga, y del gran honor que le confiere la orden de caballería [11].

Después de que el caballero espiritual y el caballero terrenal hayan cumplido con el oficio de armar al caballero novel, dicho caballero novel debe cabalgar y mostrarse a la gente, para que

todos sepan que ya es caballero y que se ha obligado a mantener y a defender el honor de la caballería, pues cuantas más gentes conozcan su caballería, más se refrenará el caballero novel de faltar a su orden [12].

En aquel día se debe hacer gran celebración, dar convites, justar y todo lo que conviene a la fiesta de la caballería. Y el señor que ha armado caballero novel debe hacerle regalos a él y a los demás caballeros noveles. Y lo mismo debe hacer el caballero novel, pues quien recibe tan gran don como la orden de caballería desmiente a su orden si no da según lo que debe dar. Todas estas cosas y muchas más, que serían largas de contar, atañen al otorgar caballería [13].

Parte quinta, del significado que poseen las armas del caballero[52]

Todo lo que viste el sacerdote para cantar misa posee algún significado que conviene a su oficio. Y como oficio de clérigo y oficio de caballero convienen entre sí, la orden de caballería requiere que todo lo que sea menester al caballero para hacer su oficio posea algún significado por el que se signifique la nobleza de la orden de caballería [1].

Al caballero se le da espada hecha a semejanza de la cruz para significar que, así como Nuestro Señor Jesucristo venció en la cruz a la muerte en la que habíamos caído por el pecado de nuestro padre Adán, el caballero debe vencer y destruir con la espada a los enemigos de la Cruz[53]. Y como la espada tiene un filo cortante a cada lado, y la caballería debe mantener la justicia, y la justicia supone dar derecho a todos, por eso la espada del caballero significa que el caballero debe mantener con ella la caballería y la justicia[54] [2].

La lanza se le da al caballero para significar la verdad, pues la verdad es recta y no torcida, y la verdad va por delante de la falsedad[55]; y el hierro de la lanza significa la fuerza que la verdad tiene sobre la falsedad; y el pendón[56] significa que la verdad se muestra ante todos y que no puede engañar ni falsear nada. Y la verdad es el estribo de la esperanza, y así son las demás

cosas que se refieren a la verdad que significa la lanza del caballero [3].

El yelmo[57] se le da al caballero para significar la vergüenza, pues caballero sin vergüenza no puede ser obediente a la orden de caballería. Y al igual que la vergüenza hace vergonzoso al hombre y le obliga a poner los ojos en el suelo, el yelmo defiende al hombre de las cosas altas, haciéndole mirar al suelo, por lo que es el término medio que se encuentra entre las cosas bajas y las altas. Y así como el yelmo defiende la cabeza, que es el miembro más alto y principal que posee el hombre, la vergüenza defiende al caballero (después del oficio de clérigo, el de caballero es el más alto oficio de todos) para que no se incline hacia los actos viles y para que la nobleza de su corazón no se rebaje a la maldad ni al engaño ni a ninguna mala costumbre [4].

Loriga[58] significa castillo y muralla contra los vicios y las faltas; pues así como castillo y muralla están cerrados a su alrededor para que nadie pueda entrar en ellos, la loriga tiene todas sus partes ajustadas y cerradas para significar el noble corazón del caballero, en el que no pueden entrar traición, orgullo, deslealtad ni ningún otro vicio[59] [5].

Calzas de hierro se le dan al caballero para tener seguros los pies y las piernas y significar que el caballero debe mantener seguros los caminos con el hierro, esto es, con espada, lanza, maza y demás armas [6].

Espuelas[60] se le dan al caballero para significar diligencia, experiencia y celo con los que honrar a su orden. Pues así como el caballero pica con las espuelas su caballo para que atienda y corra lo más deprisa que pueda, la diligencia hace pensar en lo que se debe hacer, y la experiencia le hace guardarse de las sorpresas, y el celo le hace procurar el arnés y los dineros que son menester para el honor de la caballería [7].

Gorguera[61] se le da al caballero para significar obediencia, pues el caballero que no es obediente a su señor ni a la orden de caballería, deshonra a su señor e incumple[62] la orden de caballería. Y, así como la gorguera rodea el cuello del caballero para que le defienda de heridas y golpes, la obediencia hace que el caballero cumpla[63] las órdenes de su señor o superior según[64] la orden de caballería, para que ni traición, ni orgullo ni injusticia

ni cualquier otro vicio corrompan el juramento que el caballero ha hecho a su señor y a la caballería [8].

Maza se le da al caballero para significar fuerza de ánimo, pues así como la maza prevalece contra todas las armas y golpea y hiere por todas partes, la fuerza de ánimo defiende al caballero de todos los vicios y fortifica las virtudes y las buenas costumbres por las que el caballero mantiene el honor de la caballería [9].

Misericordia se le da al caballero para que, si no le sirven las demás armas, la tome, pues si tan cerca está de su enemigo que no puede herirlo con lanza, espada ni maza, debe golpearlo con la misericordia. De donde esta arma, misericordia, significa que el caballero no debe confiar en sus armas ni en su fuerza, sino que tanto debe acercarse a Dios por la esperanza que con la esperanza de Dios combata a sus enemigos y a aquellos que son contrarios a la caballería[65] [10].

Escudo se le da al caballero para significar oficio de caballero, pues así como el escudo lo pone el caballero entre sí y su enemigo, el caballero se interpone entre el rey y su pueblo. Y así como el golpe antes hiere en el escudo que en el cuerpo del caballero, el caballero debe poner su cuerpo delante de su señor siempre que alguien quiera prenderlo o llagarlo[66] [11].

La silla en que cabalga el caballero significa ánimo seguro[67] y carga[68] de caballería; pues si, gracias a la silla, el caballero se siente seguro encima de su caballo, el ánimo seguro hace que el caballero mire de frente la batalla, y, entonces, por dicha seguridad, la ventura se hace amiga de la caballería. Y, a causa de la seguridad, en nada quedan muchas jactancias traidoras y muchas apariencias vanas, y son contenidos muchos hombres que no se atreven a avanzar por el lugar donde un noble ánimo da seguridad al caballero; pues tan grande es la carga de la caballería que los caballeros no deben moverse por nimiedades [12].

El caballo se le da al caballero en significación de la nobleza de corazón, y para que sea más ensalzado que cualquier hombre y así pueda ser visto de lejos y pueda tener más cosas bajo sí y cumplir antes que nadie todo lo que conviene al honor de la caballería[69] [13].

Al caballo se le da el freno, y a las manos del caballero se le dan las riendas para significar que, por el freno, el caballero

debe refrenar su boca para no decir palabras sucias y falsas, y refrenar sus manos para no dar tanto que luego tenga que pedir, y no ser tan osado que de su osadía expulse el buen sentido, y para que, por las riendas, comprenda que debe dejarse llevar a cualquier parte adonde la orden de caballería lo quiera emplear y mandar. Y para que, cuando sea menester, alargue las manos y gaste y dé según convenga a su honor; y para que sea valiente y no titubee ante sus enemigos; y para que, cuando dude antes de herir, no le flaquee el corazón. Y cuando el caballero hace lo contrario de todo lo dicho, su caballo, que es bestia no dotada de razón, sigue mejor que el caballero la regla y el oficio de la caballería [14].

La testera se le da al caballo para significar que ningún caballero debe emplear las armas sin razón, pues así como la cabeza del caballo va primero y delante del caballero, el caballero debe ir en todo lo que hace con la razón por delante, pues acción obrada sin razón tiene en sí tanta vileza que no se debe hacer delante de caballero. Por donde, así como la testera guarda y protege la cabeza del caballo, la razón guarda y protege al caballero del vituperio y la vergüenza [15].

Los arreos[70] del caballo defienden al caballo y significan que el caballero debe guardar y custodiar sus bienes y riquezas para que puedan bastarle en el oficio de la caballería. Pues, al igual que el caballo no puede protegerse de golpes y de llagas sin los arreos, el caballero no puede mantener el honor de la caballería sin dichos bienes temporales, ni apartar de sí los malos pensamientos, pues la pobreza hace al hombre pensar en engaños y traiciones [16].

La sobreveste[71] significa para el caballero los grandes trabajos que le conviene sufrir para honrar la orden de caballería. Pues así como la sobreveste está encima de las demás ropas y sufre el sol, la lluvia, el viento y recibe los golpes antes que la loriga, y por todas partes es combatida y dañada, el caballero es elegido para cumplir mayores trabajos que cualquier otro hombre. Pues todos los hombres que se hallan bajo la nobleza y encomienda del caballero deben recurrir a él, que debe defenderlos a todos y antes ser herido, llagado y muerto que aquellos que le han sido encomendados. Y, puesto que es así, gran carga es la de la caba-

llería; por eso los príncipes y altos barones deben soportar tantas fatigas para gobernar y defender sus tierras y sus gentes [17].

Señal[72] en escudo, en silla y en sobreveste es dada al caballero para que sea alabado por las proezas que hace y por los golpes que da en la batalla. Y si es taimado, débil y poco decidido, se le da la señal para que por ella sea vituperado y reprendido. Y puesto que la señal se le da al caballero para que se pueda conocer si es amigo o enemigo de la caballería, todo caballero debe honrar su señal para evitar el vituperio que expulsa al caballero de la orden de caballería [18].

Estandarte[73] es dado al rey y al príncipe y al señor de caballeros para significar que los caballeros deben mantener el honor de su señor y de su heredad, pues en el honor del reino o del principado y en el de su señor son honrados y alabados por las gentes, y en el deshonor de la tierra en la que están y del señor de quien son, más vituperados son los caballeros que los demás hombres. Pues así como por el honor deben ser más alabados, puesto que el honor reside más en ellos que en los demás hombres, en el deshonor deben ser más vituperados que los demás, porque, a causa de su debilidad o traición, los reyes, príncipes y altos barones son desposeídos de su cargo con mayor rigor, y se pierden más reinos, condados y otras tierras que por la debilidad y la traición de los demás hombres que no son caballeros [19].

Parte sexta, que trata de las costumbres que incumben al caballero

Si la nobleza de corazón ha elegido al caballero por encima de los hombres sujetos a su servicio, la nobleza de costumbres[74] y la buena crianza se convienen con el caballero, pues la nobleza de corazón no podrá aspirar al alto honor de la caballería sin antes haber elegido la virtud y las buenas costumbres. De donde, si esto es así, por fuerza conviene que el caballero se convenga con las buenas costumbres y la buena crianza [1].

Todo caballero debe saber las siete virtudes que son raíz y principio de cualquier buena costumbre, pues son senderos y calles de la perdurable gloria celestial; de las cuales siete virtudes,

tres son teologales y cuatro cardinales. Las teologales son fe, esperanza y caridad. Las cardinales son justicia, prudencia, fortaleza y templanza [2].

Caballero sin fe no puede tener buenas costumbres, pues por la fe ve el hombre espiritualmente a Dios y sus obras, creyendo en las cosas invisibles, y por ella tiene esperanza, caridad, lealtad y sirve a la verdad. Y por la falta de fe, el hombre deja de creer en Dios y en sus obras y en las cosas verdaderas que son invisibles, que no pueden ser entendidas ni sabidas por el hombre sin fe. Por la fe que reside en los caballeros de buenas costumbres, van los caballeros en peregrinación a la Tierra Santa de Ultramar y combaten contra los enemigos de la Cruz y son mártires cuando mueren por exaltar la santa fe católica. Y por la fe defienden a los clérigos de los hombres malvados que, por la falta de fe, los menosprecian, les roban y los desposeen tanto como pueden [3].

La esperanza es virtud que muchísimo conviene al oficio de caballero, pues, por la esperanza, los caballeros recuerdan a Dios en la batalla, en sus cuitas y en sus tribulaciones, y por la esperanza que tienen en Dios reciben su socorro y su ayuda, que les hace vencer en la batalla por la razón, la esperanza y la confianza que antes tienen en el poder de Dios que en sus fuerzas y en sus armas. Con la esperanza se fortalece y revigoriza el ánimo del caballero; la esperanza permite que los caballeros soporten sus trabajos y se aventuren en los peligros que acometen; la esperanza les permite soportar hambre y sed en los castillos y en las ciudades que defienden cuando están sitiados. Y si no existiese la esperanza, el caballero no tendría con qué cumplir el oficio de la caballería [4].

El caballero sin caridad será cruel y de mala voluntad; y como la crueldad y la mala voluntad no convienen al oficio de la caballería, por eso caridad conviene al caballero; pues si el caballero no tiene caridad para con Dios y su prójimo, ¿cómo amará a Dios y cómo podrá apiadarse de los hombres desvalidos, y cómo concederá merced a los vencidos que se la demanden? Y, si no hay caridad en el caballero, ¿cómo podrá estar el caballero en la orden de caballería? La caridad es virtud que junta una virtud con otra y separa un vicio de otro; y la caridad es amor que

todo caballero y hombre, para mantener su oficio, deben tener tanto como haya menester; y la caridad alivia del gran peso que supone la caballería. Y así como un caballo sin extremidades no podría llevar al caballero con todo su peso, ningún caballero sin caridad puede aguantar el gran peso que el noble corazón del caballero carga sobre sí para honrar a la caballería [5].

Si el hombre no tuviera cuerpo sería algo invisible; y, si lo fuese, no sería el hombre lo que es; por tanto, si el caballero cumpliera el oficio de la caballería sin justicia, convendría que la justicia no fuera lo que es o que la caballería fuera otra cosa contraria a lo que es caballería. Y como la caballería debe su origen a la justicia, el caballero acostumbrado a cometer entuertos e injurias ¿cómo puede creer que está en la orden de caballería?

Para expulsar al caballero de la caballería se le corta la correa de la espada por detrás y se le quita la espada, significando así que no puede hacer uso de la caballería. Por esto, como caballería y justicia tanto se avienen entre sí que caballería no puede existir sin justicia, aquel caballero que se hace a sí mismo injusto, y que enemigo es de la justicia, se expulsa a sí mismo de la orden de caballería y reniega y pierde la fe en ella [6].

La prudencia es virtud por la que el hombre conoce el bien y el mal, y por la que se tiene sabiduría para ser amante del bien y enemigo del mal. Y prudencia es ciencia por la que se tiene conocimiento de las cosas venideras a partir de las cosas presentes. Y hay prudencia cuando el hombre, mediante ciertas cautelas y mañas[75], sabe esquivar los peligros corporales y espirituales. Por tanto, puesto que los caballeros existen para perseguir y destruir a los malos, y como ningún hombre se expone a tantos peligros como el caballero, ¿habrá algo más necesario para el caballero que la prudencia? El defenderse[76] y combatir, propios del caballero, no se avienen tan estrechamente con el oficio de la caballería como la razón, el entendimiento y la voluntad bien ordenada, pues muchas batallas se vencen antes por la destreza y la cordura[77] que por el número de las gentes, los arneses y los caballeros. Y puesto que así es, si tú, caballero, quieres acostumbrar a tu hijo al oficio de caballero para mantener el honor de la caballería, debes hacer todo lo que puedas para acostumbrarlo a usar de razón y de entendimiento, a fin de que sea amante

del bien y enemigo del mal; pues, de esa manera, prudencia y caballería se juntan y avienen una con otra para honrar al caballero [7].

Fortaleza es virtud del ánimo noble para oponerse a los siete pecados mortales, los cuales son calles que conducen a tormentos infernales que no tienen fin: gula[78], lujuria, avaricia, acidia, soberbia, envidia e ira. Por tanto, el caballero que siga dichas calles no llegará a la hostería donde la nobleza de ánimo reside y tiene habitación [8].

La gula engendra debilidad de cuerpo por empacho y embriaguez, y conduce a la pobreza por tanto gastar en comer y en beber, y tanto carga el cuerpo de viandas que engendra pereza y flaqueza[79]. Y como todos estos vicios son contrarios al caballero, el fuerte ánimo del caballero los combate con abstinencia y continencia, rechazando de tal suerte a la gula y a sus valedores [9].

Lujuria y fortaleza se combaten la una a la otra. Y las armas con que lujuria combate a fortaleza son juventud, bellas facciones, comer y beber mucho, ropas con adornos, ocasión, falsedad, traición, injusticia, menosprecio de Dios y del Paraíso, poco temor a las penas del infierno y las demás armas parecidas a éstas. Fortaleza combate a lujuria recordando a Dios y sus mandamientos, y conociendo a Dios y los bienes y males que puede dar, y amando a Dios, porque digno es de ser amado y temido, honrado y obedecido. Y fortaleza combate a lujuria con la nobleza de ánimo, que no quiere someterse a pensamientos sucios y malvados ni descender de su alto honor para ser vituperada por las gentes. Por tanto, como al caballero se le llama caballero porque combate los vicios con la fuerza de su ánimo, el caballero sin fortaleza no tiene corazón de caballero, ni tiene las armas con las que el caballero debe combatir [10].

Avaricia es vicio que cae sobre el ánimo para someterlo a cosas viles; luego, cuando el noble corazón del caballero desfallece a la hora de defenderlo de la avaricia, el caballero se hace codicioso y avaro, y tantas injusticias y entuertos comete por la codicia, que se convierte en súbdito y cautivo de los bienes que Dios sometió a él. Tiene tal costumbre la fortaleza que no ayuda a ninguno de sus enemigos, y, si no se le pide ayuda, no ayuda;

pues tan alta y noble cosa es en sí misma la fuerza de ánimo, y requiere tanto honor, que debe ser llamada en cuitas y trabajos y se le debe pedir ayuda. Por tanto, cuando el caballero es tentado por la avaricia a inclinar su noble corazón ante alguna maldad, deslealtad[80] o traición, habrá de recurrir a fortaleza, pues en ella no encontrará flaqueza ni traición ni desánimo ni falta de socorro y ayuda. Y puesto que con fortaleza el noble corazón puede tener la fuerza de vencer todos los vicios[81], caballero avaro, diablo, ¿por qué no eres noble y fuerte de corazón para no someterte a las viles obras y a los viles pensamientos por culpa de la avaricia? Pues si avaricia y caballería se avinieran entre sí, ¿qué le impediría al usurero convertirse en caballero? [11].

La acidia es vicio por el que el hombre ama el mal y desama el bien. Por tanto, en este vicio se puede ver mejor que en otros las señales que muestran la condenación en el hombre, y, por lo contrario de la acidia, mejor que por cualquier otra virtud se pueden ver en el hombre las señales de su salvación. Así pues, conviene que quien quiera vencer y rechazar la acidia posea fortaleza en su corazón para vencer la naturaleza del cuerpo, que, por la corrupción y el pecado de Adán, se halla abocada al mal. Al hombre que tiene acidia, cualquier cosa buena que haga cualquier otro hombre le produce displacer y, si hace cosas malas, le molesta que el daño que haga no sea mayor. Por esto, tal hombre obtiene pesar y mal del bien y del mal que hacen los demás hombres. Por tanto, como el displacer causa pesar y sufrimiento a la persona, si tú, caballero, quieres vencer este vicio, te convendrá pedir a la fortaleza que fortalezca tu corazón contra la acidia, pues la fortaleza vence al recordar que si Dios hace el bien a uno o a muchos también puede hacértelo a ti, puesto que a él, o a ellos, no entrega todo el bien que tiene, y a ti no te quita nada del tuyo [12].

La soberbia es vicio de desigualdad, pues el hombre orgulloso no desea tener par ni igual, y por eso quiere estar solo. Y puesto que humildad y fortaleza son dos virtudes que aman la igualdad y desaman el orgullo, si tú, caballero orgulloso, quieres vencer tu orgullo, junta en tu corazón humildad y fortaleza. Y, pues la humildad sin fortaleza no puede prevalecer contra orgullo, ya que en humildad sin fortaleza no hay fuerza, y el orgullo

no puede ser vencido sin fuerza, ¿te mostrarás orgulloso cuando montes en tu gran caballo con todas tus armas? No, si la fuerza de la humildad te hace recordar la razón por la que eres caballero. Y, si te muestras orgulloso, no tendrás fuerza en tu corazón con la que vencer y expulsar de él los pensamientos de orgullo. Y, si eres desarzonado de tu caballo y vencido y apresado, ¿seguirás mostrándote igual de orgulloso? No, pues la fuerza del cuerpo habrá vencido y superado al orgullo en el corazón del caballero; entonces, puesto que la nobleza del corazón no es cosa del cuerpo, la fortaleza y la humildad, que son cosas del espíritu, deberán expulsar del noble corazón, que posee nobleza de espíritu, el orgullo [13].

La envidia es vicio que desagrada a justicia, caridad y largueza, que bien se avienen con la orden de caballería. Por tanto, cuando el caballero tiene flaco el corazón no puede sostener ni seguir la orden de caballería. Por la fortaleza que le falta al corazón del caballero, la envidia expulsa de dicho corazón justicia, caridad y largueza. Por esto el caballero ansía poseer los bienes ajenos y es perezoso a la hora de ganar otros bienes semejantes por la fuerza de las armas, y por eso habla mal de las cosas que querría conseguir de aquellos que las poseen; por eso la envidia le hace pensar en el modo de engañar y faltar [14].

La ira es un desarreglo (en el corazón) del recordar, del comprender y del querer. Y por tal desarreglo, el recuerdo se convierte en olvido, y el comprender en ignorancia, y el querer en ira. Y puesto que recordar, comprender y querer son la iluminación que permite al caballero seguir los caminos de la caballería, a los cuales la ira y el desarreglo del espíritu quieren apartar de su ánimo, convendrá que recurra a la fuerza de ánimo, a la abstinencia y a la paciencia, que son freno de la ira y refrigerio de los trabajos que causa la ira. Cuanto mayor es la ira, mayor debe ser la fuerza que venza a la ira con caridad, abstinencia y paciencia. Y cuanto mayor es la fuerza, menor es la ira y mayores [son] la caridad, la abstinencia y la prudencia. Y, por la mengua de la ira y por el aumento de las virtudes antedichas, la mala voluntad, la impaciencia y los demás vicios se hacen menores, y cuanto menores son los vicios y mayores las virtudes, mayores

son la justicia y la sabiduría; y porque la justicia y la sabiduría son mayores, mayor es la orden de caballería.

Ya hemos hablado de la manera según la cual la fortaleza se encuentra en el corazón del caballero para guerrear a los siete pecados mortales. Ahora hablaremos de la templanza [15].

La templanza es virtud que supone el término medio entre dos vicios: uno es pecar por exceso, el otro pecar por defecto. Por eso conviene que, entre demasiado y poco, la templanza se encuentre en tan conveniente cantidad que sea virtud; pues, si no fuese virtud, entre lo que es demasiado y lo que es poco no habría término medio, lo cual no es cierto. El caballero de buenas costumbres debe ser mesurado en ardimiento, en comer y en beber, en hablar (que se conviene con mentir) y en vestir (que ha hecho amistad con vanagloria) y en gastar, así como en todas las demás cosas semejantes a éstas. Y sin la templanza no podría mantener el honor de la caballería ni hacer que ésta estuviera en el término medio, que es virtud por no encontrarse en ninguno de los extremos [16].

Uso de caballero debe ser oír misa y sermón, y adorar, rezar y temer a Dios, pues por tal costumbre piensa el caballero en la muerte y en la vileza de este mundo y pide a Dios la gloria celestial y teme las penas del infierno, y por eso se sirve de las virtudes y costumbres que son propias de la orden de caballería. Pero el caballero que hace lo contrario de lo dicho y cree en agüeros y adivinaciones, obra contra Dios, pues tiene mayor fe y esperanza en el viento[82] de su cabeza, en las maniobras de las aves y en los presagios que en Dios y en sus obras; por lo que tal caballero no es agradable a Dios ni mantiene la orden de caballería [17].

Ni el carpintero ni el zapatero ni los demás menestrales podrían ejercer su oficio sin el arte y la manera que competen a su oficio. Y como Dios ha dado razón y discreción al caballero para que sepa cumplir hechos de armas y con ellos mantenga la regla y el arte de la caballería, si el caballero deja la discreción y el entendimiento que la razón le indica y demuestra, y arroja de su corazón la nobleza, y sigue agüeros y adivinaciones, entonces es como el hombre necio que no usa de razón y hace lo que hace a la ventura. Y por eso tal caballero está contra Dios, y,

según razón, debe ser vencido y superado por su enemigo, que usa contra él de razón, de discreción y de la esperanza que tiene en Dios. Y, si así no fuese, se seguiría que agüeros y adivinaciones y alma sin razón mejor se avendrían con la orden de caballería que Dios, discreción, fe, esperanza y gran nobleza de corazón, lo cual es imposible [18].

Así como el juez sigue su oficio cuando juzga según los testimonios, el caballero cumple con el suyo propio cuando usa de razón y de discreción, que le son testimonios de lo que debe conseguir en hechos de armas. Y así como el juez emitiría falsa sentencia si no juzgara según los testimonios y se amparara en agüeros y adivinaciones, el caballero obra en contra de su oficio cuando desmiente lo que razón y discreción le demuestran y cree en lo que las aves hacen por necesidad y porque van volando por el aire a la ventura. Y como esto es así, el caballero debe ampararse en razón y discreción y en el significado que es propio de las armas tal y como antes hemos dicho, pues de lo que se cumple a la ventura no se debe hacer necesidad ni costumbre [19].

Al caballero le conviene amar el bien común, pues por la comunidad de las gentes fue elegida la caballería, y el bien común es mayor y más necesario que el bien de cada uno[83]. Y conviene al caballero el hablar y vestir bellamente y tener un buen arnés y poseer una gran casa[84], pues todas estas cosas son necesarias para honrar a la caballería.

Educación y caballería convienen entre sí, pues villanía y palabras frívolas están en contra de caballería. Privanza de hombres buenos, lealtad, verdad, ardimiento, largueza de corazón, honestidad, humildad, piedad y las demás cosas semejantes a éstas son propias del caballero. Pues así como se debe reconocer que toda nobleza viene de Dios, también se debe reconocer la nobleza del caballero, para que la caballería reciba honor por aquellos que están en su orden [20].

La costumbre y la buena crianza que el caballero da a su caballo no mantienen tanto el honor de la caballería como la costumbre y la buena crianza que el caballero cumple en sí mismo y en su hijo; pues la caballería no reside en el caballo ni en las armas, sino en el caballero. Por ello, el caballero que bien acos-

tumbra a su caballo y mal acostumbra a sí mismo y a su hijo, convertiría en bestias, si pudiera, a sí mismo y a su hijo, y a su caballo lo convertiría en caballero [21].

Parte séptima y final, donde se explica la honra que conviene hacer al caballero

Dios ha honrado al caballero y el pueblo ha honrado al caballero según se ha contado en este libro; por tanto, la caballería es oficio honrado y muy necesario para el buen gobierno del mundo; y por todas estas razones, y por muchas otras, el caballero debe ser honrado por las gentes [1].

Si el rey, el príncipe y el señor de la tierra deben ser caballeros, pues ni príncipe ni señor de la tierra merecen ser tal si carecen del honor que compete a caballero[85], entonces los caballeros deben ser honrados por los reyes y los altos barones; pues así como los caballeros hacen que los reyes y los altos señores sean honrados por encima de los demás hombres, los reyes y los barones deben honrar a los caballeros por encima de los demás hombres [2].

Caballería y franqueza se avienen entre sí del mismo modo que la franqueza se aviene con el señorío de rey y príncipe; por eso conviene que el caballero sea franco[86] para que rey o príncipe sean señores. Y, por tanto, conviene que el honor del rey o de cualquier otro señor se avenga con el honor del caballero de tal manera que el señor de tierra sea señor y el caballero reciba honra [3].

Conviene al honor del caballero que sea amado por ser bueno; y temido por ser fuerte; y alabado por cumplir grandes hechos [de armas]; y que se le pida consejo[87] por ser privado y consejero de señor. Por tanto, menospreciar al caballero por ser de la misma naturaleza que el hombre es menospreciar todas las cosas antedichas por las que el caballero debe ser honrado [4].

Señor que en su corte, en su consejo y en su mesa hace honor a caballero, honor a sí mismo hace en la batalla. Y señor que a caballero sabio nombra emisario, su honor encomienda a la nobleza de corazón. Y señor que multiplica honor en caba-

llero que le sirve, multiplica su propio honor. Y señor que ayuda y mantiene a caballero, ordena su oficio y fortalece su señorío. Y señor que tiene por privado a caballero, tiene amistad con caballería[88] [5].

Demandar mujer de caballero e inclinarla al mal no es honor de caballero. Y mujer de caballero que tiene hijo de villano no honra al caballero y destruye la antigüedad del linaje del caballero. Y caballero que, por deshonestidad, tiene hijo de hembra vil, no honra a abolengo ni a caballería[89]. Y como esto es así, abolengo de mujer y caballero obtenido por la virtud del matrimonio conviene al honor de la caballería; y lo contrario supone la destrucción de la caballería [6].

Si los hombres que no son caballeros están obligados a honrar al caballero, cuánto más estará obligado el caballero a honrarse a sí mismo y al caballero que es su par[90]. Y si el caballero está obligado a honrar su cuerpo yendo bien montado y gentilmente vestido y ataviado, y servido por buenas personas, cuánto más deberá honrar a su noble corazón porque le hace ser caballero, siendo dicho noble corazón deshonrado cuando el caballero lleva a él pensamientos viles y malos, engaños y traiciones y expulsa de él los nobles pensamientos que confieren nobleza [7].

El caballero que se deshonra a sí mismo y deshonra al caballero que es su par no debe ser digno de honor ni de honra, pues, si lo fuese, injuria se haría al caballero que honra a la caballería en sí mismo y en los demás. Por tanto, como la caballería es y está en el caballero, ¿quién podrá honrar o deshonrar a la caballería tanto como el caballero? [8].

Muchos son los honores y las honras que se deben hacer al caballero y, cuanto mayores son, más obligado está el caballero a honrar a la caballería. Y puesto que aún debemos hablar del libro que se llama *De la Orden de Clerecía*, por eso hemos hablado con tanta brevedad del *Libro de la Orden de Caballería*, el cual se ha terminado para gloria y bendición de Dios Nuestro Señor [9].

Apéndice
Partida II, título XXI (selección)[1]

Ley XI. Quién puede hacer caballeros y quién no

Los caballeros no pueden ser hechos tales por mano de hombre que no sea caballero, pues los sabios antiguos, que todas las cosas ordenaron con razón, no consideraron que fuera conveniente ni justo que un hombre diera a otro lo que no tuviese. Pues así como las órdenes de los oradores sólo pueden darlas los que las tienen, sólo el caballero puede dar aquella orden en la que está.

Pero hubo algunos que consideraron que el rey o su hijo, el heredero, aunque no fueran caballeros, sí podrían hacerlo, por razón del reino, por ser las cabezas de la caballería y porque todo el poder de ésta se encuentra bajo su mando; y por eso así lo hicieron y aún lo hacen en algunas tierras. Mas, según razón verdadera y justa, nadie puede ser hecho caballero por quien no lo es.

Y tanto encarecieron los antiguos la orden de caballería que tuvieron a bien que emperadores y reyes no fueran consagrados ni coronados hasta no ser caballeros. Y aún dijeron más: que nadie puede hacer caballero a otro por mucha honra que tenga. Y como sucede que en algunos sitios esto hacen los reyes más por costumbre que por derecho, ni siquiera los antiguos tuvieron a bien hacerlo. Pues ni dignidad, ni orden ni regla puede nadie tomar para sí, si otro no se la da. Y, por tanto, es menester que en la caballería haya dos personas: el que la da y el que la recibe.

Y también dispusieron que ninguna mujer, por mucha honra que tuviese, ya fuese emperatriz o reina por herencia, pudiera hacer caballeros con sus manos, sino que, si lo deseaba, rogara o enviara a algunos de su señorío que los hiciesen, siempre que tuvieran el derecho de hacerlos. Y aún dijeron que a hombre desmemoriado o que tuviese menos de catorce años de edad no debían hacer caballero, porque la caballería es tan noble y tan honrada que, el que la da, debe entender lo que hace al darla.

También dispusieron que ni clérigo ni hombre de religión[2] pudieran hacer caballeros, porque sería cosa de mucha sinrazón que se entrometieran en asuntos de caballeros aquellos que no tenían, ni tienen, el poder de meter las manos en la caballería para entender de ella. Pero si alguno hubiera sido antes caballero y después le hubiese acaecido el ser maestre de orden de caballería que mantuviese hecho de armas, no se le prohibiría el hacerlos. Y también consideraron conveniente que nadie hiciese caballeros a aquellos que por derecho y por razón ni pueden ni deben ser hechos, según se muestra más adelante en las leyes de este título[3].

Ley XIV. Cómo han de ser hechos los caballeros

La espada es arma que muestra cuatro significados que ya hemos dicho[4]. Y como el que ha de ser caballero debe tener por derecho aquellas cuatro virtudes, establecieron los antiguos que recibiesen con ella[5] orden de caballería, y no con otra arma; y esto ha de ser hecho en tal manera que, pasada la vigilia, luego que sea de día debe primeramente oír misa y rogar a Dios que guíe sus acciones en Su servicio.

Y después ha de venir el que debe hacerle caballero y preguntarle si quiere recibir la orden de caballería. Y, si dijese que sí, debe preguntarle si la mantendrá, así como si él podrá mantenerse; y después de que le conteste, debe calzarle las espuelas o mandar a algún caballero que se las calce. Y esto debe ser hecho según sea el hombre y la posición que ocupe. Y se hace de esta guisa para mostrar que, así como el caballero pone las espuelas

hacia la derecha y hacia la izquierda, para que el caballo corra derecho, así de derechas deben ser sus acciones para que él no se tuerza hacia ningún lado.

Y luego ha de ceñirle la espada encima del brial[6] que viste, de suerte que el cinturón no quede muy flojo, sino que le llegue al cuerpo. Y esto es a semejanza de las cuatro virtudes que dijimos, pues así debe ser. Pero antiguamente establecieron que a los hombres nobles los hiciesen caballeros estando armados ellos con todas sus armas, como si fueran a combatir. Pero no tuvieron a bien que llevasen la cabeza cubierta, porque los que así la llevan lo hacen por dos razones. La primera por encubrir alguna cosa en ella que no les parece conveniente. Si así es, se la pueden cubrir con alguna prenda que sea hermosa y les dé apostura. El otro motivo por el que se cubren la cabeza es debido a que el hombre suele avergonzarse después de cometer algún desaguisado. Y esto no conviene de ningún modo a los nobles caballeros. Y puesto que han de recibir una cosa tan noble y honrada como es la caballería, no cuadra a derecho que entren en ella con mala vergüenza y miedo. Y cuando le hayan ceñido la espada, deben sacarla de la vaina y ponérsela en la mano derecha y hacerle jurar estas tres cosas. La primera, que no tenga miedo de morir por su ley[7] si fuese menester. La segunda, por su señor natural. La tercera, por su tierra. Y cuando esto haya jurado, se le debe dar una pescozada, para que estas cosas antedichas le vengan en mientes, y diciendo que Dios debe guiarle para que él le sirva y pueda cumplir lo que allí ha prometido; y después de esto se le ha de besar en señal de fe y de la paz y hermandad que deben guardar los caballeros. Y esto mismo deben hacer todos los caballeros que se encontrasen no sólo en aquel lugar y aquella ocasión, sino en cualquier lugar donde vuelvan a encontrarse en el transcurso de aquel año. Y por esta razón no deben buscarse el mal los caballeros unos a otros a menos de echar por tierra la fe que allí se prometieron, sino antes desafiándose según se muestra donde se habla de los desafíos[8].

Ley XV. Cómo han de desceñir la espada al novel después de haber sido hecho caballero

Desceñir la espada es la primera cosa que deben hacer después de que el caballero novel haya sido armado. Y hay que pensar muy bien quién se la va a desceñir. Pues tal cosa no debe ser hecha sino por la mano de un hombre que tenga en sí alguna de estas tres cosas. O es su señor natural, y lo hace por la deuda mutua establecida entre ambos; o es un hombre honrado, y lo hace porque le apetece honrarle; o es un caballero muy bueno en las armas, y lo hace por su bondad en ellas. Y en esta última cosa se pusieron de acuerdo los antiguos más que en las otras dos, al considerar que sería un buen comienzo para lo que el novel estaba obligado a hacer. Pero cualquiera de ellas, la que sea, vale y es buena. Y al que le desciñe la espada le llaman «padrino». Pues así como los padrinos ayudan en el bautismo y en la confirmación que otorgan a su ahijado, siendo éste cristiano, el que es padrino del caballero novel, al desceñirle la espada con su mano, otorga y confirma la caballería que ha recibido.

Ley XIX. Cómo deben tener mesura los caballeros[9]

Comer y beber y dormir son cosas naturales sin las que los hombres no pueden vivir. Pero de éstas deben usar de tres maneras. La una con tiempo. La otra con mesura. La otra apuestamente. Y por esto, los caballeros tenían antiguamente la costumbre de hacerlas muy bien. Pues, si en tiempo de paz comían de la manera indicada dos veces al día, y manjares buenos y bien preparados y cosas que les supiesen bien, cuando tenían que guerrear comían una vez por la mañana y poco; y la comida más abundante la hacían por la tarde; y esto era para que no tuvieran hambre ni mucha sed y, para que, si fueran heridos, se curasen más prontamente. Y por ello se les daba de comer carnes duras y recias y comidas fuertes, para que comieran poco de ellas y les durasen mucho al ser las carnes recias y duras. Y

también les daban de beber vino poco recio y muy aguado, de manera que no les estorbase el entendimiento ni el seso. Y cuando llegaban los grandes calores les daban un poco de vinagre con mucha agua, para que les quitase la sed y evitaran que la calentura se apoderase de ellos y enfermasen bebiendo durante el día cuando tuviesen mucha sed. Y también bebían agua entre horas cuando tenían muchas ganas de beber. Y esto habían dispuesto los antiguos para que, comiendo y bebiendo de esta manera, se les alargara la vida y no menguase por comer y beber de más. Y en todo esto encontraban otro provecho importante: que su cansancio menguaba[10] día a día y así podían cumplir mejor hechos notables[11], lo cual mucho conviene a quienes han de guerrear. También los acostumbraban a que no fuesen dormilones[12], porque mucho daña tal costumbre a los grandes hechos que han de hacer los caballeros, sobre todo cuando están en guerra. Y por eso, así como les consentían en tiempo de paz que llevaran ropas muelles y blandas para dormir, no querían que yacieran en tiempo de guerra sino con ropas poco cómodas o, incluso, con el perpunte. Y esto lo hacían para que durmieran menos y se acostumbraran a sufrir incomodidades[13]. Pues tenían por cierto que valía la pena evitar estos vicios con tal de conseguir la victoria.

Ley XX. Cómo en las comidas se debe leer ante los caballeros las historias de los grandes hechos de armas

Apuestamente tuvieron por bien los antiguos que los caballeros hicieran estas cosas que ya hemos dicho en la ley anterior a ésta. Y por ello ordenaron que, así como en tiempo de guerra aprendiesen hecho de armas por verlo o hacerlo, que en tiempo de paz lo aprendiesen por escucharlo. Y por eso acostumbraban los caballeros a que, mientras comían, les leyeran las historias de los grandes hechos de armas que otros habían hecho, y el seso y el esfuerzo que tuvieron para saber vencer en ellos y acabar lo que querían. Y cuando no tenían esas historias por escrito, se lo pedían a los caballeros buenos y ancianos, que bien

se las contaban. Y sin esto aún hacían más, pues no consentían que los juglares dijeran ante ellos otros cantares que no fueran de guerra o que trataran de algún hecho de armas. Y, cuando no podían dormir cada uno en su posada, se hacían leer y repetir estas cosas antedichas. Y esto era porque, al escucharlas, la voluntad y el corazón les crecían y se esforzaban en hacer el bien, queriendo conseguir lo que los otros hicieron o muriendo por ello.

Ley XXV. Por cuáles razones pierden los caballeros la honra de la caballería

Perder los caballeros por su propia culpa la honra de la caballería es la mayor vergüenza que puedan recibir. Y, tal y como los antiguos establecieron por derecho, puede suceder de dos maneras. La una es cuando sólo les quitan la orden de caballería sin castigarlos corporalmente. Y la otra cuando cometen tales yerros que merecen la muerte. Pues entonces les quitan la orden de caballería antes de matarlos.

Y las razones por las que les pueden quitar la caballería [sin que los maten] son éstas: Si encontrándose el caballero por orden de su señor en hueste, o en frontera, vende o arriesga su caballo o sus armas; o si las pierde a los dados o las da a malas mujeres o las empeña en taberna; o las roba o roba las suyas a sus compañeros; o si, a sabiendas, hace caballero a hombre que no debe serlo; o si usa públicamente él mismo de mercaduría o emplea sus manos en algún oficio vil para ganar dinero, no estando cautivo.

Y las otras razones por las que deben perder la honra de la caballería antes de recibir muerte son éstas: Si los caballeros huyen de la batalla o dejan desamparado a su señor, o su castillo, o algún otro lugar que tuvieran por orden suya; o si, viendo cómo lo prenden o lo matan, no lo socorren, o no le entregan su caballo si a él le han matado el suyo; o no lo sacan de la prisión pudiéndolo hacer de muchas maneras. Y por justicia se debe prender por estas razones o por otras a cualquiera que sea aleve y traidor, pero antes de matarlo debe perder la caballería.

Y la manera en que le deben quitar la caballería es ésta: El rey debe mandar a un escudero que le calce las espuelas, le ciña

la espada y le corte con un cuchillo el cinturón de la parte[14] de los hombros, y también que le taje las correas de las espuelas teniéndolas puestas. Y después de que se haya hecho esto, no debe ser llamado caballero y pierde la honra de la caballería y los privilegios. Y además no debe ser recibido en ningún oficio de rey ni de consejo, ni puede acusar ni retar a ningún caballero.

Notas

La Orden de Caballería

[1] *hombre de mérito* («preudhomme», v. 1): hombre avisado, sabio, notable, prohombre.

[2] Como ya se dijo en la Introducción, esta brevísima obra está formada por pareados de octosílabos, que hemos prosificado. Por adaptar nuestra traducción al texto original, el lector descubrirá ciertas rimas internas que proceden del texto francés, las cuales no se han querido evitar en la traslación del texto al castellano. Debemos indicar que los tratamientos de «tú» y «vos», que se suelen alternar en los textos de aquel tiempo, han sido unificados en el de segunda persona del plural, «vos».

[3] *Saladino* («Salahadin», v. 18). En los diferentes manuscritos se alterna con las formas Sadalin, Saladin, Saladhyn, Sahaladyn, Sahalady, etc.

[4] *ley* («loi», v. 20): religión.

[5] *Hugo* («Hues», v. 25). Como en los diferentes manuscritos aparecen las formas Hues, Huwes, Huwe, Hugue y Hugues (así como Huon, en acusativo), optamos por dar su traducción en castellano.

[6] *Tabaría* («Tabarie», v. 25).

[7] El saludo del ms. *G* se aviene más a lo que hubiera sucedido en un cantar de gesta, pues, como suele ser usual en ellos, Saladino, más adelante llamado «sultán» («soudan», *G*, v. 36), jura (debido a la rima *–an*) por esa extraña divinidad sarracena de ficción que es el dios Termagante: «Hugo –dice él–, bien venido, por el gran dios Termagante, a quien debo feudo y homenaje» («Hughe, fait il, ben venant/, par le grant dieu Termagant/, a quy doy fëauté e homage», *G*, vv. 27-29). Las referencias a los manuscritos remiten siempre a la edición de los mismos recogida en Busby 1983 y Busby 1984.

[8] *bizantes* («bezants», v. 48). El bizante era una moneda de oro acuñada en Bizancio y muy apreciada en Tierra Santa. En *G* (v. 83) Saladino le pide mil bizantes por el rescate.

[9] El hombre de mérito («preudhomme») se convierte en otros manuscritos en «príncipe franco» («franc prince», *G*, v. 77). Aquí, «franco» significa «cristiano».

[10] *regalo* («don», v. 56). En los relatos caballerescos de la Edad Media europea (y en los libros de caballerías posteriores, buena parte de los cuales pueden ser considerados neoartúricos), la persona a quien se pedía algo por «don» se veía obligada a concederlo según una costumbre que procedía de los celtas.

[11] La costumbre de arreglar (cortar, peinar o lavar) los cabellos al futuro caballero, bañarlo, echarlo en un bonito lecho y vestirlo, ya aparece en las *Siete Partidas* alfonsíes como preparación a la ceremonia en la que el novicio será armado caballero, en el transcurso de la cual deben «lavar su cabeça con sus manos, e echarle en el más apuesto lecho que pudiesen aver. E allí le han de vestir e de calçar los cavalleros de los mejores paños que toviessen» (Partida II, título XXI, ley XIII). Este preámbulo a la ordenación caballeresca no fue reseñado, como veremos, en el *Libro de la Orden de Caballería* de Ramon Llull, quizá porque a su autor le pareciera una costumbre poco, o en absoluto, cristiana, una *lustratio* pagana. El baño ritual sí que aparece en *Guillem de Vàroich*: «Cuando los escuderos quieren tomar la orden de caballería deben entrar en el baño para que así cambien de vida; pues así como el agua se lleva toda la suciedad de la persona y la limpia, así el alma se debe limpiar de pecados» (Bohigas, ed. 1947: pág. 67).

[12] El episodio del lecho no es mencionado en *G* y *B*.

[13] El simbolismo se cristianiza más en otras versiones: «Por este vestido significamos la preciada sangre bermeja que el Hijo del dulce Dios derramó cuando por nosotros colgó en la cruz» («Par ceste robe entendons nous/ le sanc vermail precious/ qe le fitz douz Dieu espandy/ quant pur nous en la crois pendi», *G*, vv. 313-316).

[14] Como suele ser usual, el redactor de *G* amplía todo el pasaje, añadiendo, más o menos en este punto, «y de cuál materia fuisteis concebido» («et de quele matire estez conceü», *G*, v. 363), que acusa el influjo de Gén 3, 19.

[15] En otro manuscrito se intercala «de oro y piedras preciosas» («de or et de piere preciouse», *G*, v. 399).

[16] A estas alturas del discurso, otro manuscrito inserta una referencia sobre la propia esposa, «y que a su mujer tenga lealtad» («e a sa fame teigne lëauté», *L*, v. 156).

[17] Como se afirma en *Guillem de Vàroich*, «el cinturón de la espada significa que el caballero que con él se ciñe debe igualmente ceñirse de santidad» (Bohigas, ed. 1947: pág. 70).

[18] *salvaguarda* («garant», v. 208): literalmente, «el garante».

[19] En otras versiones se añade «por esta cruz que aquí veis» («par ceste crois que veez issy», *G*, v. 432). Es un intento de magnificar el significado cristiano del texto caballeresco, pues más adelante se dice que «aún no debe olvidarse otro significado de la espada: si el caballero tiene dignidad para agradar a su orden, y monta palafrén o destrero, debe comprobar que la espada la lleva ceñida a la izquierda, para que, por la santa cruz, esté protegido del diablo y sus asaltos» («unquore ne doit estre ublyée/ aultre entendement del espée:/ si chivalier ait affaire/ qe doit a soun ordre plere,/ et mounta palfrey ou destrer,/ de sa espée se doit aviser/ qe a soun sinistre soit ceinte,/ si qe garny fust par la

crois seinte/ del deable e ses assaus», *G*, vv. 441-449). El pasaje se repite, casi idéntico, en *B* (vv. 121-127).

[20] Referencia a I Cor 2, 9. Entre todas las interpolaciones de carácter doctrinal cristiano que el ms. *G* añade al texto original, destaca, por clerical, aquella en que Hugo coloca a Saladino un anillo en el dedo, como si con ello quisiera significar el matrimonio del caballero con la caballería, llegándose a decir que sólo la muerte podrá apartarle de ella (cf. *G*, vv. 544-568).

[21] *pescozón* («colée», v. 245). El caballero ordenante propinaba al ordenado un pescozón, un bofetón o un cachete simbólico (en el cuello), como indica Geoffroi de Charny en su *Livre de chevalerie*, escrito a mediados del siglo XIV: «Y entonces ese caballero *[el ordenante]* debe darle el pescozón, como señal de que nunca deberá olvidar la orden de caballería que ha recibido y de los hechos de armas que incumben a la misma; y así son armados los caballeros y así deben armar a otros» (Geoffroi de Charny: pág. 515). No parece que en los primeros tiempos de la caballería se le dieran al caballero en los hombros los tres golpes simbólicos con la espada (el espaldarazo) que después se hicieron tan populares, pues sólo se aplicaban de forma ocasional en el campo de batalla, para disponer de mayor número de caballeros. Posiblemente, desde una perspectiva cristiana, el pescozón caballeresco equivaliera al bofetón que se propina en la confirmación.

[22] En *B* (vv. 163-168) Hugo no da el pescozón a Saladino porque es su prisionero y no quiere hacerle daño.

[23] Otro manuscrito añade: «Y puesto en esta dignidad, y quiere que el caballero esté sometido a la fe de la Santa Iglesia y que tenga la potestad de cortar el cuello a aquellos que quieran guerrear a la fe; y para que, con frecuencia, recuerde en sus pensamientos cómo Jesús fue flagelado y sufrió dura pasión por nuestro desprecio» («e mis en cele digneté/ e voet qe chivaler sois southmyse/ a la foy de Seint Eglise,/ e qe power eit de decoler/ ceus qe la foi veulent guerrer;/ e qe sovent recorde en sa pensée/ coment Jesé fu flaelé/ e suffrit dure passion/ pur la nostre mesprison», *L*, vv. 226-234).

[24] En otro manuscrito se añade lo siguiente: «Otra que sea atemperado en la palabra, en el beber, y mesurado, para que ningún día de su vida caiga en ebriedad o en glotonería» («l'autre qe soit atempré/ en parole, en beoyre, e mesuré/ q'a nul jour de sa vie/ chete en yveresce ou en gloutonye», *L*, vv. 261-264).

[25] En *G* (vv. 680-690) Saladino entrega a Hugo 1.000 bizantes, mientras que sus «emires y duques» le dan bastante más, de suerte que él regresa a Galilea con 15.000 bizantes, llegándose enseguida al verso 698 con el que finaliza aquella redacción de la *OC*. En *B* (vv. 221-232) Saladino entrega 1.000 bizantes a Hugo; como los «duques y emires» hacen otro tanto, cuando esta breve versión de la *OC* llega a su final (v. 240), sin que sepamos si Hugo regresó o no a Galilea, el dinero con el que aquél cuenta asciende a los 10.000 bizantes.

[26] En *G* (v. 678) Saladino no jura por Mahoma, sino por el «gran dios Termagante».

[27] El ms. *L* lo explica de otra manera: «Pero el rey [Saladino] le ha hecho demorarse ocho días para que recree su cuerpo con gran alegría y gran diver-

sión» («Mes li roy l'a fet demorer/ huit jours pur son corps recreer/ a grant joye e gran deduyt», *L*, vv. 347-349).

[28] *L* omite esta especie de final infeliz, en el que Hugo se ha quedado sin dinero y acusa su pobreza, exaltando la proeza de liberar a los suyos.

[29] Esto pone nuevamente de manifiesto que quien compuso la *OC* era sacerdote o estaba al servicio de la Iglesia.

[30] Recordemos lo ya indicado en la Introducción (cf. «*La Orden de Caballería*, poema anónimo»), que esta referencia a los albigenses (o cátaros) permite datar la composición del poema en los años comprendidos entre 1206 y 1222, cuando tuvo lugar en Francia la cruzada contra dichos herejes.

[31] *el sacramento* («le sacrement», v. 480): la misa.

[32] El juego de palabras (no necesariamente impuesto por la rima, sino retórico, de repetición) que hace el anónimo autor (demostrando así su condición de estudioso) con la palabra «fin» y sus derivados (las indicamos en cursivas), se pierde en la traducción: «De bones oevres, bone *fin*./ Or prions a Dieu *finement*,/ celui qui fist le firmament,/ quand nous vendrons au *definer*,/ que nous puissons si bien *finer*/ que nous aions la joie *fine*/ qui aus bons onques ne *define*» (vv. 492-498).

Libro de la Orden de Caballería

[1] Como se verá más adelante, los títulos de las partes no se siguen al pie de la letra en el encabezamiento de cada una de las mismas. Este encabezamiento ha sido copiado literalmente en el correspondiente de *Guillem de Vàroich*, cf. Bohigas (1947: pág. 43).

[2] En la Edad Media española y en el contexto de las armas, tanto en catalán como en castellano, «mantener» y «defender» son sinónimos, pues, por el tiempo de Llull, se llama tanto «caballero mantenedor» («cavaller mantenidor») como «caballero defensor» («cavaller defenedor») al que acepta un reto o desafío.

[3] *coraje* («coratge»). El término catalán es sinónimo de «valor» (denominado también «ardement», «ardimiento» en el castellano de la época) y «ánimo» (incluso «corazón»). En la presente traducción alternamos dichos sinónimos.

[4] *palafrén* («palafré»). Caballo de paseo no apto para la guerra, muy diferente del «destrero» (f. a. «destrier»), que, adiestrado en el combate y acostumbrado a los gritos proferidos durante el mismo, era de gran tamaño y fortaleza para soportar el peso del caballero con todas sus armas (treinta kilogramos o más) y alcanzar la velocidad a la que se realiza la carga de caballería.

[5] Todo este episodio de la vida ermitaña del caballero, de la llegada del escudero y de las palabras que escudero y caballero se intercambian es repetido y amplificado en *Guillem de Vàroich* (antes apareció en el *Libro del cavallero et del escudero*, del Infante Don Juan Manuel), con la salvedad de que así se

llama en aquella obra el caballero ermitaño, que el lugar donde acontece es Inglaterra y que el escudero es natural de Bretaña, posiblemente Gales o Armórica (cf. Bohigas 1947: págs. 57-62). Dicho episodio volvería a aparecer en el *Tirant lo Blanch* (cf. Introducción: «Ramon Lull y el *Libro de la Orden de Caballería*»).

[6] «Leales conviene que sean en todas guisas los cavalleros» (Partida II, título XXI, ley VIII).

[7] En este texto he mantenido la alternancia del tratamiento de «tú» y «vos» que el ermitaño aplica al escudero.

[8] *lo copiara* («lo pusque translatar»). Literalmente, «lo pudiese trasladar» o «lo pudiese traducir».

[9] Afirman las *Siete Partidas* que a la caballería se le llamó antiguamente «militia» porque «tovo este nombre de cuento de mill, ca antiguamente de mill omes se elegía uno para fazer cavallero» (Partida II, XXI, I). También dice lo mismo Pere III en su *Tractat de cavalleria* (ley IX), compuesto en el siglo XIV. Diego de Valera (*Espejo de verdadera nobleza*), que es posterior, recuerda estos orígenes ficticios cuando afirma que «las gentes fueron fechas millares, e de cada millar fue uno escogido de más noble corazón, más aprovado por largo uso, más guarnido de buenas costumbres, más dispuesto para las armas» (cf. Penna, ed. 1959: pág. 106). Pero esta teoría del uno por mil proviene, tal cual, de la etimología fantasiosa con que Isidoro de Sevilla (siglos VI-VII) explicó el término latino *miles*: «Así dicho porque había antes mil en el número uno, o porque era uno elegido entre mil» (*Etimologías* IX, III, 32).

[10] *llagas* («naffres»). Así se denominaban durante la Edad Media las «heridas» de importancia.

[11] «Caballería fue llamada antiguamente la compaña de los nobles omes, que son valientes y deben defender a todos» (Partida II, XXI, prólogo).

[12] Estas cinco primeras secciones del *Libro de la Orden de Caballería* son copiadas, tal cual, en *Guillem de Vàroich*, cf. Bohigas (1947: págs. 62-64). En el *Lanzarote en prosa* (que forma parte de la *Vulgata* artúrica) compuesto por el año 1230, casi medio siglo antes que el *LOC*, la Dama del Lago, que es madrina de Lanzarote, explica a éste el significado de la caballería: «Cuando envidia y codicia comenzaron a extenderse por el mundo, y cuando fuerza empezó a vencer a justicia [...] surgieron unos protectores y defensores para guardar a los débiles y a los pacíficos, para mantener la justicia y para evitar a los fuertes que engañaran y ultrajaran a los demás» (*Lanzarote del Lago*, XXI: págs. 164-165).

[13] La sección octava del texto llulliano es reproducida, aunque con ligeras variantes, en *Guillem de Vàroich*, cf. Bohigas (1947: págs. 64-65).

[14] «Los defensores deven defender la Iglesia e los reyes e todos los otros» (Partida II, XXI, IV).

[15] En el presente contexto, estas órdenes son los estados del tratado alfonsí, los tres estamentos que definen el orden de la sociedad medieval.

[16] *comdores* («comdors»). «Comdor» es un grado nobiliario catalán inferior a duque.

[17] *valvasores* («varvesors»). El «valvasor» (f. a. «vavassor») es el hidalgo de categoría ínfima (b. lat. «vassus vassorum» = vasallo de los vasallos). El «valvasor» solía albergar en su castillo a los personajes heroicos de los primeros poemas caballerescos europeos (como Gornemant de Goor en *Li contes del Graal*); con el paso del tiempo, al menos en los libros españoles de caballerías, su figura se convertiría en la del oficial real encargado de vigilar los bosques, llamado «florestero».

[18] *caballeros de un escudo* («cavallers de un escut»). ¿Sin ningún otro caballero bajo su mando?

[19] *vegueres*: oficiales reales, corregidores.

[20] *bailes* («batles»): alcaldes.

[21] *justar* («boornar»). El termino catalán se relaciona con el f. a. «bohorder» (justar, combatir con lanza de torneo, hecha de madera para que se rompa al impactar en el contrario y sin el rejo de guerra), equivalente al castellano de la época «bohordar».

[22] *correr lanzas* («lansar a taulat»). Los caballeros atacaban con lanzas un tinglado de madera que representaba una fortaleza.

[23] *hacer tablas redondas* («fer taules radones»). Los caballeros intervenían en espectáculos y representaciones teatralizadas de carácter lúdico que escenificaban sucesos relacionados con las proezas de la Tabla Redonda.

[24] En el *Guillem de Vàroich* se menciona lo siguiente: «Conviene que caballero sea más valiente y haya en sí sabiduría, fidelidad, franqueza, liberalidad, fortaleza, misericordia, custodia de las doncellas, huérfanos, viudas desamparadas, pues en todo tiempo Dios Nuestro Señor le ayudará», (Bohigas 1947: pág. 66). Rodrigo Sánchez de Arévalo, que escribe en el siglo XV su tratado *Suma de la Política*, también expone en su «Consideración decimoséptima» las seis condiciones que deben cumplir los caballeros: 1) poseer fortaleza y ánimo de corazón; 2) ser prudentes y discretos; 3) ser ligeros para andar, saltar, correr y luchar, y también fuertes; 4) ser rápidos a la hora de herir al contrario; 5) estar acostumbrados y ejercitados en las cosas de la guerra; y 6) ir mejor armados que vestidos y tener armas que antes sean mejores y más recias que hermosas y bonitas (cf. Penna, ed. 1959: pág. 276).

[25] Según explica la Dama del Lago a Lanzarote, el caballero debe ser señor del pueblo, servir a Dios y defender a la Santa Iglesia, a clérigos, viudas y huérfanos (cf. *Lanzarote del Lago*, XXI: pág. 167).

[26] «Guardavan aún que el cavallero o dueña que viesen cuytado de pobreza, o por tuerto que oviese recebido de que no non pudiesse aver derecho, que punassen con todo su poder en ayudarlos cómo saliesen de aquella coyta» (Partida II, XXI, XXI).

[27] *protector* («regidor»).

[28] *y como no es cosa de ley* («e com no es cosa leguda»). También se habría podido traducir: «Y como la religión no lo permite». Y, asimismo: «Y como no es cosa lícita». Preferimos la traducción que incluimos en el texto principal, porque reúne ambas opciones y es literal.

[29] En este punto del discurso, la redacción se hace complicada. Suponiendo

que se ha incurrido en una errata por varios saltos de igual a igual (inducida por la aparición en tres ocasiones de la expresión «offici de cavaller»), simplificamos el texto, dejando lo esencial.

[30] «Cataron que fuesen omes de buen linaje porque se guardasen de fazer cosa porque podiessen caer en vergüença» (Partida II, XXI, II).

[31] Todo este pasaje de las relaciones entre caballeros y villanos lo repite el *Tractat de Cavalleria* (X) de Pere III (cf. Bohigas, ed. 1947: pág. 116).

[32] *abolengo* («paratge»). De la misma raíz que el f. a. «parage», es sinónimo de familia, ascendencia, noble cuna y linaje.

[33] *honor ininterrumpido que viene de antiguo* («continuada honor ansiana»).

[34] *por nobleza de príncipe* («per nobilitat de princeps»). Los poderosos podían apadrinar al escudero.

[35] Similitud con lo indicado por Pere III (*Tractat de Cavalleria*, XIX): «Asimismo ordenaron los antiguos que nadie recibiese honor de caballería por dinero, ni por otra cosa que lo que se da por ella que pareciese manera de compra; pues si así como el linaje no se puede comprar, por el honor que la persona tiene por nobleza no la puede tener, a menos que la merezca por linaje, por seso o por la bondad que tenga en sí» (Bohigas, ed. 1947: págs. 129-130).

[36] *carga* («càrrech»).

[37] «El caballero [...] más debe temer la deshonra que la muerte» (*Lanzarote del Lago*, XXI: pág. 165).

[38] *sufrimiento* («passió»).

[39] «La vergüenza vieda al cavallero que non fuya de la batalla e, por ende, ella le faze vencer» (Partida II, XXI, II).

[40] «Que non sea cavallero ome muy pobre si non le diese primeramente consejo el que lo faze porque pueda bien bevir» (Partida II, XXI, XII).

[41] *hombre enteco* («home que sia entecat»). También lo prohíben la Partida II (XXI, XII) y el *Tractat de Cavalleria* (XIX) de Pere III.

[42] *de mala salud* («corrumput»). Literalmente: «podrido».

[43] «Non debe ser fecho cavallero el que fuesse menguado de su persona o de sus miembros» (Partida II, XXI, XII). También en *Tractat de Cavalleria* (XIX) de Pere III.

[44] «[Non debe ser fecho cavallero] el que fuesse conocidamente [ser] traydor o alevoso» (Partida II, XXI, XII). También en *Tractat de Cavalleria* (XIX) de Pere III.

[45] «Non debe ser cavallero ome que por su persona anduviesse faziendo mercadería» (Partida II, XXI, XII y XXV). También en *Tractat de Cavalleria* (XIX) de Pere III.

[46] «Mandaron los antiguos que el escudero que fuesse de noble linaje, un día ante que reciba caballería, que debe tener vigilia» (Partida II, XXI, XIII). También en *Tractat de Cavalleria* (XX) de Pere III.

[47] *puterío* («putaría»).

[48] *el sacrificio del altar* («lo sacrifici del altar»): la comunión.

[49] *unción* («unció»). Se refiere a la extremaunción, como decimos ahora.

[50] *juramento* («sacrament»). Con el mismo sentido que en el f. a. «sacrament».

[51] *bofetón* («quexada»).

[52] Las *Siete Partidas* dividen las armas en defensivas («para defender el cuerpo») y ofensivas («para ferir»). Las primeras siguen tres tipos: las que son para vestir y calzar, para ceñir y, finalmente, para poner ante sí (Partida II, XXI, IV). Esta división también aparece en *Guillem de Vàroich* (cf. Bohigas, ed. 1947: págs. 68-71), donde se mencionan, en las ofensivas, lanza, espada y la correa de ésta; y, en las defensivas, escudo, yelmo, loriga («asberch»), antebrazos («amambraços») y manoplas («manyopes»), estas dos últimas como parte de la loriga. La misma división en vestir y calzar, ceñir, poner ante sí y herir aparece en el *Tractat de Cavalleria* (XI) de Pere III (cf. Bohigas, ed. 1947: pág. 118). Para un examen exhaustivo de las armas de la época del *LOC*, cf. Riquer (1999: págs. 168-244). Respecto de una descripción de las armas muy anterior, cf. Isidoro de Sevilla (*Etimologías* XVIII, V-XIV).

[53] La referencia a la cruz de la espada que aparece en *Guillem de Vàroich* identifica la vida del caballero con la del ermitaño: «La cruz de la espada significa la Vera Cruz, en la que Nuestro Señor quiso recibir muerte y pasión para redimir al humano linaje. Y así debe hacer todo buen caballero: recibir la muerte para conservar lo antes dicho; pues, si así hace, salvará su alma como si durante toda su vida hubiese estado en religión haciendo vida de ermitaño» (Bohigas, ed. 1947: pág. 71).

[54] En la ordenación alfonsí (Partida II, XXI, IV), las diferentes partes de la espada significan lo siguiente: el puño, cordura; la bola o manzana («mançana»), el esfuerzo, ya que en ella recae todo el peso de la espada; el «arriás» (el arriaz, que está entre el mango y la hoja), la virtud y la mesura; la hoja (recta y aguda, con dos filos), la rectitud y la agudeza. En *Guillem de Vàroich* se puede utilizar de tres maneras distintas, esto es, con uno y otro filo y con la punta; y donde más se debe emplear es en defender a la Iglesia. Por otra parte, la manzana o poma («pom») significa el mundo, donde Dios hizo nacer a los caballeros para defender a la Iglesia (cf. Bohigas, ed. 1947: págs. 70-71). Un simbolismo similar se observa en Pere III (*Tractat de Cavalleria* (XI); cf. Bohigas, ed. 1947: págs. 118-119), donde al «arriás» se le llama, en catalán, «arriat» y «mantí».

[55] «La lanza, que es larga, con el hierro agudo, significa que el caballero debe hacer retroceder a todos aquellos que mal y daño quieran hacer a la Santa Iglesia. Y es larga al igual que lo es la Iglesia, y tanto debe hacer el caballero con ella que sea temido y haga dudar («dubtar») a todos aquellos que nunca lo hayan visto. Así como la lanza hace dudar y es temida por el hierro, el caballero debe hacer dudar; y debe hacer mal a los malos, y ser leal con los buenos y ser cruel con los que se empeñan en la mala vida» (*Guillem de Vàroich*, Bohigas, ed. 1947: págs. 69-70).

[56] *pendón* («pano»).

[57] *yelmo* («capeil de ferre»). Literalmente, «sombrero de hierro»; por el tiempo de Llull ya no es el modelo cónico provisto con un saliente que protege la nariz (el «nasal»), sino el yelmo cerrado de tipo Pomerania, similar a un barril de hierro, que rodea la cabeza del combatiente por todos lados.

[58] *loriga* («ausberch»): f. a. «haubert». Diego de Valera (*Tratado de las armas*, III) distingue tres tipos de loriga: 1) «cota de armas», con el cuello en pico a la manera de un suéter moderno y mangas abiertas; 2) «tinicla», con cuello y mangas cerrados; y 3) «plaquín», con mangas más cortas y abiertas, cuello cerrado y faldón abierto hasta la cintura (cf. Penna, ed. 1959: págs. 132 y 133, lámina). Dicho sea de paso, los visigodos adoptaron el término latino *lorica* (buena muestra de su elevado grado de romanización, pues francos, ostrogodos, longobardos, anglos y sajones mantuvieron los términos propios con que definían esa parte de la armadura), que dio el castellano «loriga».

[59] El simbolismo de la loriga parece influido por el *Lanzarote en prosa*, como si Llull aplicara al caballero lo que aquella ficción caballeresca había dicho de la iglesia (en ambos sentidos, el espiritual y el físico): «La cota que viste al caballero y con la que se protege todo el cuerpo significa que, del mismo modo, la Santa Iglesia debe estar encerrada y rodeada por la defensa de sus caballeros, para evitar que el malhechor llegue en mala hora a la entrada o a la salida de la Santa Iglesia sin que esté el caballero despierto y dispuesto a defenderla» (*Lanzarote del Lago*, XXI: pág. 166).

[60] Se dice en *Guillem de Vàroich* que «las espuelas que calza el caballero son doradas, ya que el oro es el metal más rico que hay en este mundo y la cosa más preciada a la que el hombre puede aspirar en este mundo miserable» (Bohigas, ed. 1947: pág. 72). Llull omite la referencia al noble metal del que están hechas las espuelas del caballero.

[61] *gorguera* («gorgera»). Era una parte flotante de la loriga que protegía el cuello (cf. Bohigas, ed. 1947: pág. 68, n. 33). Más adelante, al convertirse la loriga en una armadura rígida de acero, la gorguera quedaría unida a ella.

[62] *e incumple* («e ix se»). Literalmente, «y se sale».

[63] *cumpla* («fa estar... dins»). Literalmente, «hace estar... dentro».

[64] *según* («dins»). Literalmente, «dentro». Hemos preferido el juego de los conceptos morales (cumplir e incumplir) a los topológicos (estar dentro, salir) de mosén Llull.

[65] De este puñal afilado llamado «misericordia», manteniendo la doble acepción de arma y de virtud presente en Llull, se afirma en *Guillem de Vàroich*: «Aún debe tener el caballero misericordia, pues nada hay que tanto embellezca su nobleza como tener misericordia en la batalla con aquellos que son caídos, y se les puede matar, y con aquellos que son perdonados por merced» (Bohigas, ed. 1947: pág. 74).

[66] Esta sección parece adaptada del *Lanzarote en prosa* para convertir la defensa de la Iglesia en la del señor a quien sirve el caballero: «El escudo [...] significa que igual que el caballero lo coloca entre su cuerpo y el golpe, así debe colocarse el caballero entre la Santa Iglesia y sus enemigos, sean ladrones o poco creyentes; y si la Santa Iglesia es atacada o está en peligro de recibir golpes, el caballero debe adelantarse y soportar el ataque como hijo suyo que es» (*Lanzarote del Lago*, XXI: pág. 165). Es evidente, por tanto, la deuda que el *LOC* tiene con *LDL* o con alguna de sus fuentes, cuestión ésta que no podemos desarrollar por lo reducido del presente contexto.

[67] *ánimo seguro* («seguretat de coratge»).

[68] *carga* («carrech»). Cuando más adelante se hable de la carga de la caballería («carrech de cavalleria») no habrá que pensar en los caballeros que galopan a toda prisa con las lanzas bajas, sino en el peso moral que el caballero soporta sobre sus hombros. La expresión también aparece en el *Lanzarote en prosa*: «Sino que sobre sus hombros se colocó un pesado fardo» (*Lanzarote del Lago*, XXI: pág. 165).

[69] En *Guillem de Vàroich*, «el caballo significa el pueblo, al que el caballero debe sostener en paz y en concordia, y mantener en justicia» (Bohigas, ed. 1947: pág. 71). Da la impresión de que en esta obra, Joanot Martorell se ha inspirado en el *Lanzarote en prosa*: «El caballo que monta y que le ayuda en todas sus necesidades es el pueblo, que del mismo modo debe ayudar al caballero cuando lo necesita, y el caballero debe estar sentado por encima del pueblo» (*Lanzarote del Lago*, XXI: pág. 167).

[70] *arreos* («guarniments»). O «guarniciones».

[71] *sobreveste* («perpunt»). Aunque existe en castellano el término «sobrevista» («ni su hacha dejará de cortar en la seda de vuestras sobrevistas»), que Rodrigo Sánchez de Arévalo emplea en su *Suma de la Política* al traducir un fragmento del *Elogio de la nueva milicia templaria* de san Bernardo (cf. Penna, ed. 1959: pág. 277), con el significado de «lo que se ve por encima», el término de «sobreveste», para referirse a «lo que está por encima de las ropas», nos parece más acertado. El término catalán coincide con el f. a. «porpoint». También se suele traducir como «perpunte», que como tal se emplea en el castellano de la época (Partida II, XXI, XIX).

[72] *señal* («senyal»). O «blasón», que parece un préstamo del francés de la época.

[73] *estandarte* («senyera»). Diego de Valera (*Tratado de las armas*, III) distingue los siguientes tipos de banderas y estandartes: bandera, pendón, palón, guitón, grimpola, estandarte, gonfalón y bandera con cola (cf. Penna, ed. 1959: págs. 132-133, con su lámina).

[74] Asimismo en las *Siete Partidas* (Partida II, XXI, VII) y en el *Tractat de Cavalleria* (XIV) de Pere III.

[75] «Arteros y mañosos deben ser los cavalleros» (Partida II, XXI, VIII). También en *Tractat de Cavalleria* (XV) de Pere III.

[76] *defenderse* («guarnir»). Igual que el f. a. «garnir»: defenderse, protegerse, vigilar.

[77] «Los cavalleros deben ser entendidos [...] para ser complidos en sus fechos» (Partida II, XXI, V). «Conviene que los cavalleros sean sabidores e ciertos para saber obrar de lo que entendieren» (Partida II, XXI, VI).

[78] *gula* («glotonía»). Más literal, «glotonería».

[79] *flaqueza* («flaquesa»). Se entiende que de ánimo, no de cuerpo.

[80] «Deven ser leales e firmes en lo que fizieren, ca la lealtad les fará guardar de yerro, e la firmedumbre fará que non sean movedizos de uno a ál, que es cosa que non conviene a los defendedores» (Partida II, XXI, XXII). También en el *Tractat de Cavalleria* (XVI) de Pere III.

[81] «La fortaleza hará [que los cavalleros] estén firmes en lo que fiziesen e no sean cambiadizos» (Partida II, XXI, IV).

[82] *viento*. Traducimos como tal el original «vent». Se podría tratar del «vent[alle]» (f. a. «ventail», «ventaille»), que no se refiere al abanico («ventall» en catalán), sino que es la parte de la loriga completa que cubría la cabeza, también denominada en el castellano de la época «ventana» (cf. Riquer 1999: págs. 181-182).

[83] *que el bien de cada uno* («que bé special»).

[84] *gran casa* («gran alberch»).

[85] Obsérvese que no se pone en tela de juicio que el rey no deba ser tal, pues se le presupone *ab initio* caballero.

[86] *franco* («franch»): noble, libre, generoso. La acepción «libre» puede significar que el caballero se encuentre disponible para el servicio. También que se halle libre de impuestos, en cuyo caso «franquesa» se debería traducir por «franquicia».

[87] *y que se le pida consejo* («e que sie pregat»).

[88] «Los reyes les deven honrrar como aquellos con quien han de fazer sus obras, guardando y honrrando a sí mesmos con ellos, e acrecentando su poder e su honrra» (Partida II, XXI, XXIII).

[89] «El cavallero acaba con su linaje cuando la villana se casa con él o la hidalga con el villano» (Partida II, XXI, III).

[90] «Ca assí como les está bien de aver palabras fuertes e bravas para espantar los enemigos e arredrarlos de sí, cuando fueren entre ellos bien de aquella manera las deven aver en cosas mansas e humildosas para falagar e allegar a aquellos que con ellos fueren» (Partida II, XXI, VII).

Apéndice: Partida II, título XXI (selección)

[1] Adaptamos al castellano actual (a partir de la edición de Gregorio López reseñada en la Bibliografía) las leyes de este título de la Partida II que no se pudieron comparar con otras disposiciones análogas de *La Orden de Caballería* y del *Libro de la Orden de Caballería* por faltar en dichas obras. Las leyes que reseñamos fueron traducidas al catalán casi literalmente, aunque con algún cambio de orden en su redacción, en el *Tractat de Cavalleria* de Pere III (cf. Bohigas, ed. 1947). Algunas de estas notas presentan el término actual recogido en la adaptación y el original del tratado alfonsí.

[2] *hombre de religión* («ome de religión»). Como se verá a continuación, se refiere al miembro de una orden militar, en especial a un hermano capellán, que no cumple funciones caballerescas (de combatiente).

[3] Cf. ley XII: «Quáles non deven ser cavalleros».

[4] Cf. ley IV: «Cómo los cavalleros deven aver en sí quatro virtudes principales». Estas virtudes son cordura, fortaleza, mesura y justicia.

[5] Se refiere a la espada.

[6] *brial*: ropa que se ponía bajo la loriga y que sobresalía por la parte inferior de ésta.

[7] *ley*: religión.

[8] Cf. Partida VII, títulos III («De los rieptos») y IV («De las lides»).

[9] Pere III magnifica el título: «Cómo los caballeros deben ser mesurados y de buenas costumbres en el comer, el beber y el dormir».

[10] *su cansancio menguaba* («menguavan en la costa»).

[11] *hechos notables* («fechos granados»).

[12] *dormilones* («dormidores»).

[13] *incomodidades* («lazeria»). También «miserias».

[14] Aquí finaliza en el *Tractat de Cavalleria* de Pere III (que es una obra inacabada) la traducción del título XXI de las *Siete Partidas*.

Anexo
La leyenda de san Jorge

Como consecuencia de la difusión del motivo indoiranio del matador de dragones (Indra, Mitra-Mithra) en la antigua Mesopotamia, surge el mito de Marduk, personaje prominente en el extenso poema babilónico en dialecto acádico conocido como *Enuma elish* (o *Poema de la Creación*). Dicho poema cobra la forma escrita que ha llegado hasta nosotros durante la Babilonia de la segunda dinastía de Isin (1150-1025 a. C.) que sucede a la dinastía kassita (1590-1150 a. C.), posiblemente durante el reinado de Nabucodonosor I, quien, luego de devolver a Babilonia las imágenes de Marduk y de su esposa Sarpanit, robadas por los elamitas, intenta realzar la supremacía de su ciudad-estado dando relevancia al dios nacional, para lo que construye la Vía Sagrada y la célebre Puerta de Ishtar, que serán muy importantes en los desfiles procesionales de la ceremonia del Año Nuevo *(Akitu)*[1] celebrada en toda Mesopotamia a comienzos del mes de Nisannu[2]. En dichos desfiles, que duraban doce días, se cele-

[1] Cf. Bottéro (1985: pág. 115).

[2] De un modo análogo, los israelitas ofrecen una versión de la lucha librada por Marduk y Tiamat en su festividad de los Tabernáculos. En la celebración antigua, el rey se identificaba con Yahvé, jefe de las fuerzas de la luz, en su victoria sobre las fuerzas de las tinieblas, representadas por Rahab, el monstruo marino primordial, cf. Eliade (1972: págs. 61-62). En Ugarit, Haddu (Hadad), otro nombre del cananeo Baal (extendido por toda Mesopotamia y Siria-Palestina, y similar al hurrita Teshub), era una divinidad atmosférica relacionada con la fertilidad de la tierra. Su lucha contra Yam (divinidad del caos marino original), a quien debe identificarse con Lotanu y Tunannu (ambos monstruos

braban mascaradas rituales y recitaciones públicas del poema antedicho, de un modo similar a como más tarde se representarían en la Europa medieval las piezas que darían lugar al teatro tal y como ahora lo conocemos[3].

El *Enuma elish* ensalza la lucha del dios Marduk que, provisto de arco y rayo y subido en su «carro-tempestad», lanza tormentas contra la «tumultuosa Tiamat», que personifica las aguas saladas del Caos primordial y es un enorme dragón de cuatro ojos y orejas, con parte superior de hombre e inferior de mujer, cuernos y cola, análogo al monstruo Tehom (el Abismo) de la tradición judía (Gén 1, 2; 8, 2). Marduk llena con vientos que le son adictos el vientre de Tiamat y luego se lo traspasa con una flecha. Después de haberla matado, la descuartiza y crea el mundo con las diferentes partes de su cuerpo (*Enuma elish*, tablilla IV, vv. 36-158).

Es evidente el origen indoeuropeo de este mito: Marduk trata a Tiamat como Indra a Vritra, contando con los vientos como aliados, al igual que Indra recibió la ayuda de Vayu, dios del viento; además, el descuartizamiento de Tiamat, que sirve para formar el mundo con sus restos, concuerda con el análogo sacrificio del Purusha (*Rig Veda*, *Riksamhita* 10, 90)[4] y de Ymir, el gigante del hielo, a partir del cual Odín y sus dos hermanos construyen el mundo (*Gylfaginning*, VI-VIII). Por otra parte, la presencia en la onomástica real kassita de términos que parecen proceder del antiguo indio[5], junto con el hecho de que los

de siete cabezas) parece análoga a la que comentamos, cf. Vaux (1975: págs. 158-159) y Olmo Lete (1981: págs. 146, 185 y 213).

[3] Ciertas representaciones análogas perviven hasta hoy día, como es el caso del *Mummer's Play* inglés y de la costumbre española de pasear a la tarasca en las procesiones del día del Corpus, cf. Bernabé (1979: pág. 30).

[4] Cf. Varenne (1982: págs. 214-217).

[5] Cf. Roux (1987: pág. 270). Si suponemos que el sufijo *-sh* se forma por contacto con el medio lingüístico mesopotámico, las concordancias entre los nombres de los reyes kassitas y otros observados en la India antigua son más evidentes: Ushshi (relacionado con *Ushas*, divinización de la «aurora»), Nazimaruttash (*maruttash* relacionado con los *Maruts*, divinidades atmosféricas de la India antigua), Shagarakti-Shuriash (*Shuriash* relacionado con el védico *sur*,

Relieve de época tardo-egipcia que muestra a Horus caballero alanceando a Seth, que reviste la forma de un cocodrilo. Museo del Louvre, París.

Bahram Gur dando muerte al dragón. *Sha-Nameh* (1370), Haz. 1511, fol. 203v°, Biblioteca Sarayi, Topkapi, Estambul.

La Hidra de Siete Cabezas. Recreación en
el film *Jason and the Argonauts* (Don Chaffey, 1966).

kassitas honraran a Marduk como dios nacional y restauraran su templo en 1555 a. C. (a cuya puerta principal añadirían las figuras de siete monstruos mencionados en el *Enuma elish*), habla a favor de la composición (quizá sólo oral) de dicho poema antes de la época de Nabucodonosor I y de sus antecedentes indoarios[6].

Creemos que este mito del dios que da muerte al monstruo y que domina las creencias mitológicas de Mesopotamia conforma los fundamentos de la leyenda de san Jorge, pues tanto las *Actas latinas apócrifas* como las *Actas orientales*, las *Actas griegas* y la *Historia eclesiástica* de Eusebio de Cesarea concuerdan en que aquél era oriundo de las provincias orientales (asiáticas) del Imperio Romano.

Como veremos, aunque el cristianismo haya influido poderosamente en los materiales mitológicos originales, convirtiendo al guerrero Jorge en un mártir, bajo la leyenda perviven muchos elementos precristianos que perduran hasta nuestros días.

Uno de los antecedentes iconográficos del santo matador de dragones es el relieve egipcio de época bajorromana (siglos III-IV) conservado en el museo del Louvre. Dicho relieve representa el combate entre Horus caballero (ataviado a la romana, con una loriga de escamas superpuestas y el *paludamentum* o manto de los oficiales superiores) y un cocodrilo. El saurio se debate bajo el caballo mientras intenta librarse de la lanza con que su jinete lo mantiene clavado en el suelo. Pero si el jinete es Horus (lo cual es innegable por cubrir su cabeza de halcón con el *khalaf* o tocado egipcio), entonces el cocodrilo es Seth (o Set) bajo una de sus muchas formas animales[7].

el sánscrito *suryas* y el hitita *shurias*, que se refieren al «Sol»), Abirattash (relacionado con el indio antiguo *abhirata*, «contento», o *abhiradda*, «propicio» [cf. O'Callaghan 1948: pág. 59]), Gandash (relacionado con el védico *ghanda*, «ebriedad agradable»). Para un estudio más extenso, cf. Georges Dumézil, «Dieux cassites et dieux védiques, à propos d'un bronze du Louristan», en *Revue hittite et asianique* XLII (1950): págs. 18-37.

[6] Cf. *Poema babilónico de la Creación*: pág. 72.

[7] A partir del Imperio Nuevo (1562-1308 a. C.), Set cede su puesto a Apep

Plutarco (siglos I-II) relaciona a Seth con Tifón, uno de los gigantes que se opusieron a Zeus, que en el mito egipcio también representa la sequía y la esterilidad. Horus, hijo de Osiris, lucha contra Set-Tifón, que no sólo es el asesino de su padre sino que representa el mal, así como

> todo lo que en el alma del mundo hay de apasionado, subversivo, irracional e impulsivo, y todo lo perecedero y nocivo en el cuerpo del universo. Todos los desórdenes que tienen por causa las irregularidades e intemperies de las estaciones, los eclipses del Sol, la ocultación de la Luna, son especie de presencias y manifestaciones de Tifón. Esto es lo que justifica el nombre de Seth que se da a Tifón, porque dicha palabra significa «fuerza opresora que constriñe». [...] Esta palabra adquiere el sentido de «obstáculo, impedimento», como si se quisiera decir que el poder de Tifón se opone al curso natural de las cosas y al empuje que las impulsa hacia donde deben tender (*De Iside et Osiride* 49)[8].

Este carácter de constricción propio de Seth-Tifón, que se identifica con el viento cálido del desierto, opuesto a la humedad vivificadora del Nilo, es asimilable al de Vritra enemigo de

(Apef, en copto Afep, Afopi o Afofi; en griego, Apofis), con el significado de «gigante», pues adopta la forma de una enorme serpiente o de un cocodrilo maligno. Wallis Budge (1988: pág. 209) cree que se trata de una aportación babilónica. Curiosamente, el Imperio Nuevo se caracterizó por un incremento de las relaciones con los reinos mesopotámicos, pues Amenofis IV (Aj-en-Aton, que reinó del 1361 al 1340 a. C.) se casó con Tadu-Heba(t), que tomó el nombre egipcio de Nefertiti, siguiendo en esto la costumbre de su padre y de su abuelo, que también se habían casado con princesas de Mitanni. El relieve comentado lo estudió Ph. Clermont-Ganneau en su artículo «Horus et Saint-Georges d'après un bas relief inédit du Louvre (Notes d'archéologie orientale et de mythologie sémitique)», *Revue Archéologique*, 32 (1876) y 33 (1877), citado por F. Marco Simón en Marco y Canellas (1987: pág. 57).

[8] Seguimos la traducción reseñada en la Bibliografía, correspondiente a la entrada *Misterios de Isis y Osiris*: págs. 38-39. Para un resumen del mito de Tifón, cf. *Teogonía* 820-880; respecto de su relación con otros seres de características demoníacas presentes en las mitologías del Próximo Oriente, cf. Vian 1960.

Indra. Cuando en la elaboración del mito aparezca el elemento femenino personalizado, aquél dará paso a la novela, como podremos observar a continuación[9], pues más adelante estudiaremos una versión novelesca de la leyenda de san Jorge.

En los primeros años del siglo XI, Abu-l-Kassim Mansur, apodado Firdusi («el Paradisíaco»), compuso en versos métricos su *Sha-Nameh (Libro de los reyes)* para narrar la historia mítica de Persia, que, trescientos cincuenta años después del hundimiento del imperio sasánida por obra de los invasores islámicos, comenzaba a caer en el olvido.

Firdusi rememora en la historia de Feridún el combate que Indra (y Mithra) libran contra el monstruo que ha secuestrado al elemento de tercera función. Pero como los materiales mitológicos primitivos ya habían evolucionado dando lugar a otros, en los que un nuevo personaje heroico o dios repetía la lucha de aquellos dioses contra un monstruo, en la ocasión provisto de varias cabezas, Firdusi enfrentará a Feridún con Zohak, pues se basa en el *Avesta*, que menciona el combate entre Thraetaona [>Fretón>Feridún] y Azi Dahaka [>Zohak][10], manteniendo en su elaboración literaria del mito la condición tricéfala de Azi Dahaka, puesto que a Zohak le nace una cabeza en cada hombro después de ser tentado por el diablo iranio-islámico Iblís y comer alimentos impuros. Zohak, luego de arrebatar el reino a

[9] En Martín Lalanda 2003 pasamos revista a varios ejemplos del raptor de damas que presenta tintes demoníacos y se relaciona con un dragón (Ravana que rapta a Sita y se la lleva a Sri-Lanka [*Ramayana*]; la serpiente que secuestra el ganado del irlandés Fróech (junto con su familia), para luego conducirlos a su reducto situado en los Alpes [«La incursión de Fróech para recobrar su ganado»]; Meleagante que rapta a Ginebra y se la lleva al país de Gorres, una especie de Hades [*Li chevaliers de la charrete*] y Drácula, que seduce vampíricamente a Mina Harker e intenta llevársela a Transilvania, pero sin conseguirlo [*Drácula*]).

[10] Cf. Widengren (1968: págs. 59-60) y Dumézil (1985: págs. 26-43). Para otros mitos indoeuropeos de dioses que se enfrentan a monstruos de una o varias cabezas, como los casos de Hércules y Gerión, Thor y la serpiente Midgarsormr, el dios hitita de la tormenta y la serpiente Iluyankas, cf. Lincoln (1991: págs. 128-145).

Yemshid, secuestra a las dos hermanas de éste, Sherinaz y Ernevaz y las lleva a su palacio. Feridún las libera después de vencer a Zohak, al que encadena en una cueva del monte Demavend donde permanecerá encerrado hasta el fin de los tiempos.

El breve fragmento prosificado que presentamos, donde se narra el encuentro del héroe con las jóvenes raptadas, muestra que el espíritu y la sensibilidad de Firdusi no desentonan con la de los *romans* que están a punto de ser escritos en Europa:

> –Señor, tú eres Feridún, destinado a convertir en nada magias y encantamientos, aquél por cuya mano debe morir Zohak. Tu valor librará al mundo. Éramos jóvenes inocentes de estirpe real y a él nos sometimos por temor a la muerte. De otro modo, ¿cómo hubiéramos sufrido el yacer y levantarnos con semejante sierpe a nuestro lado?
>
> Y Feridún respondió:
>
> –Si el altísimo cielo me concede la justicia que se me debe, arrancaré de la tierra toda mancha del monstruo; dejaré inmaculado este mundo impuro. Mas ahora debéis decirme dónde mora el hórrido reptil[11].

A partir del siglo XIII, el mito de san Jorge se difunde en Europa gracias a *La leyenda dorada* de Jacopo da Varagine (o Jacobo de la Vorágine). En ésta se dice que era un «tribuno, oriundo de Capadocia, que, en cierta ocasión, llegó a Silca, en la provincia de Libia»[12], hostigada por un dragón oculto en un lago cercano, que infectaba con su aliento a sus moradores. Algún tiempo después, al echar aquéllos a suertes quién debe ser la persona que constituya la diaria ración alimenticia del monstruo, pues las ovejas con las que se había alimentado hasta entonces se han terminado, el azar designa a la hija del rey. Pero Jorge acaba con el dragón. Todos los habitantes de la ciudad, rey y princesa incluidos, reciben el bautismo. El dragón «arrastrado por cua-

[11] Firdusi (1989: pág. 80).

[12] Las referencias textuales remiten a la edición de J. M. Macías, cf. Jacobo de la Vorágine, vol. 1: págs. 248-253. Otras versiones se refieren a Lydda, en la región de Siria-Palestina.

tro parejas de bueyes, fue sacado de la población amurallada». Cuando el monarca apenas ha terminado de construir una «iglesia enorme, dedicada a santa María y a san Jorge [...], comienza a manar una fuente muy abundante de agua tan milagrosa que cuantos enfermos bebían de ella quedaban curados de cualquier dolencia que les aquejase». San Jorge abandona el lugar después de rechazar la cuantiosa suma de dinero que el rey le ofrece.

Más adelante, en lo que supone la segunda parte de esta historia, se nos cuenta que en tiempos de Diocleciano y Maximiano (ca. 287), que habían decretado una feroz persecución contra los cristianos, san Jorge renuncia a su carrera militar y política y, luego de repartir sus bienes entre los pobres, comienza a predicar el cristianismo. El gobernador Daciano ordena prenderlo y lo somete a todo tipo de tormentos para que abjure de su fe. Pero no sólo no lo consigue, sino que Jorge convierte al cristianismo al mago que aconsejaba a Daciano, al igual que a la esposa de éste, llamada en esta parte del texto «la reina de los persas», lo que explica la presencia de un *magus* persa (no un hechicero, sino un sacerdote del mazdeísmo, *magus* en latín) en la corte de Daciano.

Una lectura atenta de esta versión de la leyenda permite constatar bastantes similitudes con otros mitos estudiados con anterioridad. El dragón que vive en un lago (ocupando sus aguas e impidiendo acercarse a ellas), el sacrificio diario de un animal (la oveja) y el de la princesa (ambos elementos de tercera función) y el hecho de que a la muerte del dragón las aguas broten de la iglesia (nuevamente elemento de tercera función: las aguas corren libres) nos remiten a la leyenda de Indra. Por otra parte, el desmembramiento del dragón por cuatro yuntas de bueyes (que suponemos dispuestas según los cuatro puntos cardinales) nos recuerda el descuartizamiento de Tiamat, pues el cuatro simboliza toda la extensión del mundo o del universo[13].

No deja de sorprendernos que Jorge sea martirizado por unos romanos que luego resultan ser persas, y que en su martirio participe un sacerdote mazdeísta. Todo esto indica que el origen de la leyenda de san Jorge es iranio, sin que sepamos cómo fue alterada para que su entorno fuese romano y su per-

[13] Cf. Ifrah (1987: pág. 258).

sonaje principal se convirtiera en un romano que muere como mártir. Quizá se refiriera en un principio a algún santo mazdeísta, mitraísta o maniqueo que la *intelligentsia* medieval acabó por convertir en cristiano.

Todo ello nos lleva a considerar una nueva leyenda relacionada con este santo, precisamente la que antes llamábamos «novelesca».

En los alrededores de El Cairo existe un santuario de san Jorge que frecuentan tanto musulmanes como cristianos. El método curativo empleado en él es la *incubatio*: Si, después de pasar una noche en su interior, el fiel que se despierta a la mañana siguiente descubre que hay una cruz roja pintada con sangre en la sábana blanca con la que se cobijaba, o que el nombre del santo ha sido escrito en ella, entonces es que la enfermedad o el influjo maligno que sufría, y que motivaron su visita al santuario, han desaparecido[14].

Un poema en lengua árabe, *La alabanza de Girgis el Romano*, que parece muy antiguo por su simbolismo, nos informa de la pervivencia del culto a san Jorge en las iglesias egipcias de credo copto[15]. Dicho poema se recita el día de la fiesta del santo[16] y cada vez que se inaugura una nueva iglesia. Alternamos los pasajes más relevantes de su texto (prosificado en la traducción) con los correspondientes comentarios:

> En Beirut[17] había un río de aguas caudalosas, era como el río de Egipto, que llevaba agua a los hombres y al ganado: en aquel río vivía un dragón, y en él entró y moró el Maldito, y en el vientre de este dragón entro el diablo, el adversario del Justo.

[14] Cf. Heath-Stubbs (1984: págs. 7-8).

[15] Seguimos el texto traducido al inglés por Heath-Stubbs y Megally, cf. Davidson (ed.) (1984: págs. 156-180), manteniendo la misma numeración de sus versos.

[16] El día 23 del mes Barmuda en el calendario copto, que no se corresponde con el 23 de abril del calendario gregoriano sino con el 18 de dicho mes, cf. Davidson (ed.) (1984: pág. 181).

[17] Esta leyenda nos remite al Asia Menor, cerca de la Lydda anteriormente mencionada.

Cada año, a comienzos del mes, el diablo se metía en el río: la gente vivía con pena e indignación por la maldición de las aguas, ¡oh, hermanos!

Durante todo un año había sido la costumbre de ese Maldito quedarse en el bosque. Pero luego bajó al río, hermanos, y retuvo las aguas con su lengua, y toda la gente tuvo sed por aquello y se aterrorizó de su ira y de su rugido en el valle y de su voz, cuando exclamó con fiereza: «¡Soy el amo de este valle! ¡Traedme una novia de vuestra tierra para que mis ojos disfruten y para que, después de disfrutar, acabe con ella! Entonces dejaré de retener las aguas».

Y allí se quedó durante una estación, recibiendo una novia de mis señores. Cada año le dieron una virgen, vestida toda ella de verde, hasta el año en que la suerte recayó en la hija del sultán, que debía ir a él (vv. 8-38).

El color verde de los atavíos de las vírgenes refuerza su pertenencia a la tercera función, pues es el color de la vegetación que sólo se mantiene como tal por las aguas del Nilo. Por otra parte, dicho color se asocia en el mundo árabe a Mari Girgis (san Jorge), apodado *El-Jidhr*, «el Verde». Como hemos visto, el dragón no sólo retiene las aguas con su lengua (lo que se debe entender, según su sentido simbólico, como un «obstáculo»), sino que mantiene prisioneras a las doncellas que luego devora.

Pero el rey (o sultán) decide no entregar a su hija al dragón y pedir ayuda a Girgis:

Luego dijo el rey:

–He oído la historia de un héroe rápido en el socorro. Un hombre de voluntad, un hombre que ayuda. Girgis el Romano[18] se llama.

[18] Árabes y turcos daban el apelativo de *rumi* a los cristianos de los territorios sometidos a Bizancio, último residuo del Imperio Romano (o del este de Europa, por extensión), mientras que a los que procedían del oeste los llamaban *ferenghi*, pues los francos habían sido sus principales contrincantes durante las Cruzadas. Esto indica una vez más que san Jorge era originario, pre-

Y entonces exclamó:

–¡Oh, Girgis! ¡Oh, tú, que escuchas las súplicas!, en el nombre del Santísimo te encargo que salves, ¡oh, cristiano!, a mi hija.

Entonces exclamaron todos:

–¿A quién llamas? ¿Quiénes sino los ídolos son victoriosos? Sin embargo, el Fuego Sagrado al que adoras no sirve de nada contra la maldad del dragón.

Y él dijo:

–Llamo al Compañero, a un héroe, y se llama Girgis, un mártir del Dios bendito creador de la Creación, hermanos (vv. 81-96).

Es evidente que el rey y sus súbditos son adoradores del fuego («el Fuego Sagrado al que adoras»), mazdeístas, probablemente persas. Y también es posible que el texto denuncie a los maniqueos, que propugnaban el culto a un Dios de luz en constante lucha contra un demonio de tinieblas, ya que en el v. 159 se pregunta: «¿Dónde están las hijas de quienes adoran la luz?». También descubrimos que Girgis no es humano sino inmortal, «un mártir del Dios bendito».

Como han pasado nueve días desde que el dragón retuvo las aguas, las plantas y el ganado comienzan a desfallecer, los camellos caen al suelo y las personas mueren de sed (vv. 169-179); pero el rey no se decide a desprenderse de su hija. Por último, ordena que la vistan suntuosamente en espera de la llegada de Girgis:

El rey dijo a la madre de ella:

–¡Vamos, vestidla!, deseo contemplarla en toda su belleza; luego llevadla a su prometido y regocijaos con mis amigos; vestidla de verde, que su corona sea soberbia; que baje espléndidamente ataviada y dejadla al cuidado del romano. Dadle un gran chal de Cachemira y perfumadla bien con aromas de ámbar gris. ¡Que la novia camine altanera!, pues cliente es del santo Girgis, entregadle la corona de todo mi reino (vv. 239-251).

cisamente, de las regiones más orientales del Imperio Romano que habían sufrido el influjo de partos y sasánidas y, por tanto, del mazdeísmo.

Cuando la princesa acaba de salir de la ciudad, ve acercarse al héroe:

> Y ella miró con sus jóvenes ojos hacia la vasta, la vasta soledad; y vio a un hermoso caballero montado en una silla del oro más puro; y sobre aquel caballo iba un jinete radiante como la Luna, pero con el ceño fruncido, y se iba acercando a la ciudad con su valiente corcel bajo él.
>
> Y él miró a la doncella, y su espada resplandecía en su mano. Asía la lanza con la mano izquierda y en la otra llevaba la espada. Cuando ella le vio, palideció y sintió miedo por él, a causa del dragón: tuvo miedo del valor de aquel hombre que ya se dirigía hacia ella [...]. La lanza relampagueaba en su mano con fuego dispuesto para el dragón [...]. Luego dijo el héroe:
>
> –No temas, pues Girgis ha llegado a ti. No dudes ahora de tu salvación, pues yo soy Girgis el Romano. He venido a luchar contra el dragón. Mi Dios es quien me envía. No me apiadaré del dragón, pues lo mataré en el valle (vv. 441-448).

Girgis se acerca al dragón en compañía de la doncella y habla al monstruo. Éste le pide perdón y ruega por su vida, diciéndole que, a cambio, dejará libres las aguas (vv. 530-580). Girgis bromea con él al decirle que se lleve a la joven, pues ella no se ha engalanado en balde. Después le clava su espada en un ojo y, finalmente, lo alancea. La sangre del monstruo se derrama por el río como si fuera un torrente (vv. 581-622). La princesa ruega a Girgis que la tome por esposa y que la lleve a lo más alto de su palacio, pero él le confiesa que su novia es una reina, la madre de su Dios (vv. 640-660). Finalmente, el rey, su hija y todos los de la ciudad se bautizan y erigen una iglesia en recuerdo de Girgis el Romano.

Una observación final: Al no aceptar la mano de la princesa (que hubiera equivalido a compartir con ella el reino de su padre), Girgis, como en la ceremonia de la obtención del grado mitraico de *miles*, rehúsa una corona.

La circunstancia de que el demonio habitara el cuerpo del dragón al que se enfrenta san Jorge nos remite a la *Gran Conquista*

de Ultramar[19], en particular al episodio que narra el combate contra una serpiente de tamaño descomunal. Es muy posible que el redactor anónimo de esta obra del siglo XIII ambientada en las Cruzadas (quizá mandada traducir por Alfonso X el Sabio), que adapta al castellano una gesta épica de Guillermo de Tiro (y que será impresa en España a principios del siglo XVI), recordara la figura del san Jorge sauróctono y otorgara su personalidad al caballero cristiano Baldovín (Balduino), que vence a la sierpe con la ayuda divina. A lo largo de la narración encontramos los símbolos inequívocos de la potencia diabólica, pues la serpiente, posible asimilación del dios Tifón, suscita el mismo tipo de fenómenos atmosféricos que han sobrevivido en las creencias populares de los árabes: los remolinos de aire que se forman en las arenas del desierto, obra de los *yunnûm* (*yinns* o genios) y de otros espíritus malignos; también, como en otros modelos mitológicos antes estudiados, descubrimos que el monstruo vive en lo alto de una peña desde la que devasta una región antes fértil.

En el episodio al que nos referimos (*GCU*, II, CCXLII-CCXLIX), Corvalán de Oliferna regresa herido a su tierra llevando consigo una columna de prisioneros cristianos. El rey Abraham ha solicitado la ayuda del sultán de Persia para acabar con la sierpe que asola sus dominios, a la que nada puede detener. Sólo uno de aquellos cautivos, Baldovín, al oír los gritos de socorro de su hermano Arnol (Arnault o Arnold), que ha sido atacado por el monstruo, logra acabar con él por llevar colgado del cuello un pergamino en el que se han escrito los setenta y dos nombres de Dios. A continuación adapto al castellano actual el correspondiente fragmento:

> Siguiendo de tal suerte su camino en dirección a Oliferna, se levantó una gran tempestad de viento y pedriscos que caían de las nubes, junto con un torbellino que revolvía el polvo, el cual era tan extenso y tan espeso que no pudieron ver nada [...]. Y en aquella tierra del monte Tigris, subida en una peña muy

[19] Remitimos a la edición de P. de Gayangos indicada en la Bibliografía mediante la entrada «Gran Conquista de Ultramar» que, aunque anticuada, cumple perfectamente con los presentes objetivos.

alta, vivía una sierpe de muy gran tamaño de la que ahora hablaremos. Era una fiera muy grande y espantosa, cuyo cuerpo medía treinta pies de largo, y su cola, muy gruesa, era de doce palmos [...]; sus uñas, tan largas como una vara de doce palmos, eran tan cortantes como una navaja y tan agudas como leznas; y sus dientes eran largos y más afilados que los de la víbora; y su cuerpo estaba hecho de una concha tan dura que ninguna arma podía atravesarla [...]; y tenía los cabellos un palmo de largos y duros, y tan hermosos como hilos de oro, y la cabeza grande y ancha, y los oídos de aspecto espantoso, y las orejas más grandes que una adarga, con las que se escudaba y cubría como hacen los que luchan con espada, de suerte que nadie podía herirla en la cabeza [...]; y no pasaba nadie por aquel camino que pudiera salir con vida tras su encuentro con ella, y había convertido en yerma la tierra que se extendía en derredor hasta la distancia que se recorre en tres días, pues las gentes de las villas que había en las inmediaciones de los castillos cercanos habían huido por miedo a ella, y, por tanto, no había allí nada que comer [...]. Y al cuarto día les acaeció una imponente aventura, pues se levantaron unos vientos que combatían entre sí y el aire comenzó a enturbiarse; y en esto se formó una nube muy espesa, tan oscura que nadie podía ver por dónde andaba [...]. Pero como Arnol se había acercado mucho al monte, pudo ver aquella bestia malvada, la cual descendió del monte muy hambrienta [...], y cuando Arnol vio cómo bajaba de aquella manera le desfallecieron el corazón y el ánimo, y dijo:

–¡Ay, desgraciado de mí, voy a morir! ¡Jamás regresaré a Balbais!

[...] Después de que Baldovín escuchara claramente lo que decía su hermano, sintió gran pesar y se hincó de rodillas ante Corvalán, diciéndole:

–Señor, aquél es mi hermano [...], os pido la merced de que me permitáis combatir con la serpiente [...].

Y se encomendó a Dios y se encaminó derecho hacia el lugar donde dormía la serpiente [...] y luego hizo el signo de la cruz y dijo a la serpiente que la conjuraba por Dios y por sus santos para que no pudiera vencerle [...]. Y Baldovín leyó

entonces el nombre supremo de Dios y, con una de las espadas que llevaba, quiso herir a la sierpe; pero ella saltó hacia un lado y atrapó la espada con los dientes, rompiendo su pomo; y quiso tragársela, pero se le atravesó [...]. Y como Baldovín seguía leyendo los nombres de Dios, tan imponentes, Nuestro Señor Jesucristo mostró su virtud. Y entonces el diablo salió por la garganta de la serpiente [...]. Después de esto, se levantó un torbellino negro, espantoso y muy intenso, que descendió sobre la gente de Corvalán, de suerte que todos se quedaron sin fuerza ni ánimo y cayeron al suelo despavoridos; y la oscuridad era tan grande que no podían verse los unos a los otros, y el torbellino se paró encima de ellos e intentó levantarlos del suelo. Y todos hubieran muerto si el abad de san Dionís y el obispo de Flores, que comprendieron que aquello se debía al espíritu maligno, no se hubieran acercado a ellos haciendo el signo de la cruz y pronunciando los altos nombres de Dios, que bien conocían, pues eran muy grandes clérigos; y el diablo se fue de allí y se dirigió hacia el río; y aunque no supieron qué fue de él, la tempestad desapareció. [*Finalmente, Baldovín da muerte a la serpiente.*]

Curiosamente, en esta misma obra (*GCU*, II, CCLXV), san Jorge, acompañado por otros santos militares, ayudará más tarde a los cristianos[20]:

Los cristianos estaban entonces en muy gran aprieto [...], y hubieran sido vencidos si Jesucristo no se hubiese apiadado de ellos y enviado en su socorro a san Jorge, san Bárbaro, san Demetrio y san Dionís, que se aparecieron montados en caballos blancos con una legión de ángeles; la legión la forman seis mil seiscientos sesenta y seis, que llegaron tan derechos como los halcones e hirieron a los turcos con la fuerza de los rayos. Al verlo, los cristianos se sintieron muy alegres y reconfortados [...]. Y san Jorge se fue hacia el gobernador, que era señor de

[20] Acompañado por san Nicasio y medio millón de ángeles a caballo, según el texto «tan blancos como la nieve», san Jorge había socorrido a los cristianos en una batalla anterior (*GCU*, II, CLIV-CLXVII).

Escalona[21], para herirlo, y le dio tal golpe en el escudo que se lo rompió, y también la loriga, de suerte que le metió la lanza por el pecho y lo tiró muerto al suelo [...]. Y entonces el conde se acercó poco a poco hacia san Jorge y le preguntó quién era. Y él le dijo:

–Amigo, yo soy san Jorge, que he acudido con san Dionís, san Demetrio y san Bárbaro, junto con una legión de ángeles, para ayudaros por mandato de Dios [...].

Y entonces se marchó san Jorge con su compañía, y no volvieron a verlos.

Respecto de las apariciones de santos a caballo que salvan a los ejércitos cristianos de algún peligro, tan frecuentes en la hagiografía cristiana de la Edad Media, Du Breuil postuló un origen iranio, observando que, en el mazdeísmo, las Fravartis (una especie de ángeles de la guarda de aspecto femenino, pertenecientes antes del mazdeísmo al séquito de Mithra) defienden a los justos:

Las Fravartis de los piadosos son las auxiliares del Espíritu Santo (Spenta Mainyu) en su lucha cósmica contra el mal. El *Bundahishn* las describe como jinetes armados que protegen y defienden el cielo contra toda incursión tenebrosa. Pero, desde la perspectiva de la historia comparada de las religiones, existe un paralelismo turbador en la Biblia que es bastante posterior a la liberación de los judíos por Ciro (exilio de Babilonia, 539 a. C.). El libro de los Macabeos describe las visiones de caballos celestiales ricamente cubiertos con armadura y de jinetes resplandecientes, imágenes traspuestas de los famosos caballeros partos que acosaban a griegos y romanos (lucha entre Judas Macabeo y Timoteo, siglo II a. C.). Esta angelología combatiente refleja el combate cósmico de las Fravartis [...]. Vuelve a aparecer en el combate de los hijos de la luz contra las tinieblas (*Reglamento de la guerra*, obra escrita por los esenios), anticipación de la visión cristiana del arcángel san Miguel que dirige las legiones celestiales y prefiguración religiosa de la «Guerra

[21] *Escalona*: Escalón, en Palestina.

Santa» y de la ética espiritual de la caballería occidental al servicio del Bien (la Iglesia) contra el Mal (el infiel, el pagano)[22].

San Jorge también aparece en la *Karlamagnús saga*, editada en el siglo XIII por Hákon IV Hákonarson de Noruega a partir de diferentes materiales, casi todos ellos procedentes de la épica francesa (*La chevalerie Ogier de Danemarche*, la *Crónica del Pseudo-Turpin*, la *Chanson d'Aspremont*, la *Chanson des Saisnes*, la *Chanson d'Otinel*, el *Voyage de Charlemagne à Jérusalem et à Constantinople*, la *Chanson de Roland*, el *Moniage Guillaume* y el *Speculum historiale* de Vicente de Beauvais). En este largo ciclo heroico, Jorge es acompañado por otros dos santos, Domín y Mercurio, que, montados en unos caballos blancos y cubiertos con brillantes armaduras, llegan al lado de Roldán (Roland) y de Ogier el Danés, ambos pares de Francia. Jorge confiesa su nombre y explica que su rey (Dios o Jesucristo) los envía para detener las fuerzas del rey moro Agolant que disputa España a Carlomagno (*KS*, rama IV, LXVI-LXXV)[23].

El santo participaría en muchas de las batallas en que los cristianos se enfrentaron a los musulmanes, compartiendo protagonismo con el arcángel san Miguel y con Santiago, quien, según la tradición, acaudilló las huestes cristianas en Clavijo (844) a lomos de un caballo blanco[24]. En una de sus apariciones, por

[22] Cf. Breuil (1989: págs. 47-48).

[23] Seguimos la edición francesa de D. W. Lacroix, *La Saga de Charlemagne*, reseñada en la Bibliografía bajo este título.

[24] Dicho sea de paso, los indoarios sacrificaban un caballo en la ceremonia de fertilidad conocida como *ashvamedha*; el caballo que los iranios ofrecían al Sol (identificado con Mithra) solía ser de color blanco, cf. Heródoto (*Historia* I, 189; IV, 72; VII, 40) y Jenofonte (*Anábasis* IV, V, 35). La arqueología conoce numerosísimos ejemplos, no sólo propios del ámbito indoeuropeo sino de la China de época Shang, del enterramiento conjunto de caballos y personas, lo que evidencia que el caballo posee características de psicopompo que le permiten llevar al Más Allá las almas de los guerreros muertos en combate (duplicado más tarde en el par valquiria-caballo de la religión germánico-nórdica). Por ello no es de extrañar que los santos militares que vienen del Paraíso y ayudan a los cristianos monten a caballo. Aunque no podemos extendernos en

otra parte documentada, cierto caballero alemán que participaba en el asalto final a la ciudad de Antioquia, acaecida en el transcurso de la Primera Cruzada, y que estaba a punto de perecer, fue montado por san Jorge en su propio caballo y llevado a otra batalla que se desarrollaba en España, donde el rey Pedro I de Aragón y los castellanos de Sancho Ramírez se enfrentaban en Alcoraz a las tropas del rey moro de Zaragoza

el simbolismo del noble bruto ni en el nacimiento en la estepa eurasiática de lo que más tarde será la caballería entendida como arma (indisociable del caballero), recordaremos que los visigodos, más acostumbrados al empleo de la caballería que los demás pueblos germánicos, establecieron lazos de sangre con los alanos (un pueblo sármata de la estepa euroasiática) durante su estancia en las regiones próximas al mar Negro, y que a su caballería se debe la victoria obtenida contra Atila en los Campos Cataláunicos (o Mauríacos), y que el rey Arturo posiblemente fuera el general al mando de la *Legio VI Victrix* acantonada en Britania, que contaba con un destacamento de caballería *(ala)* sármata (detalle éste fielmente recogido en una reciente película sobre el mito artúrico). Para un mayor desarrollo de lo apuntado nos remitimos a Benoit 1954 y al breve, pero magnífico, artículo de H. Nickel «The Dawn of Chivalry», recogido en *From the Lands of the Scytians. Ancient Treasures from the museums of the U.S.S.R., 3000 B. C., to 100 B. C.*, The Metropolitan Museum of Art/The Los Angeles County Museum of Art, Nueva York 1975: págs. 150-152. Por otra parte, y hablando de las apariciones de los santos militares, recordemos que el profesor Tolkien reflejó en su célebre novela *El señor de los anillos* buena parte de sus conocimientos sobre la literatura medieval europea, como muestra el hecho de que Gandalf (al que en cierto momento se le supone muerto) reaparezca a lomos de un caballo blanco, capitaneando la caballería de Rohan. Entre otras concordancias de su obra con las medievales podemos citar las siguientes: el senescal de Gondor y su hijo Faramir (tópico medieval «mal senescal, buen valvasor»); la muerte de Boromir, idéntica a la de Roldán *(Chanson de Roland)*; la herida incurable de Frodo, similar a la de Anfortas *(Parzival)*; la caballería de Rohan, análoga a la de los visigodos; el palacio real de Rohan, copia del palacio Héorot *(Cantar de Beowulf)*; la espada de Aragorn, similar a las forjadas por el herrero Gallans de los cantares de gesta franceses; los elefantes gigantescos de los pueblos del Oriente *(Roman d'Alexandre)*; el Árbol Seco de Gondor (similar al citado en la tradición medieval), etc.

Al-Motasim, combate que decidió la conquista cristiana de Huesca[25].

Poco después los Plantagenet nombrarían a san Jorge patrón de Inglaterra[26], de suerte que el santo acabó convirtiéndose en el patrón de la casta militar normanda. El sínodo de 1248, celebrado en Oxford, declararía festivo el 23 de abril, día de la celebración del santo. Casi exactamente un siglo después, en 1349, Eduardo III nombraba a san Jorge patrón de la Orden de la Jarretera que acababa de crear. En 1353, Pedro IV de Aragón y III de Cataluña, apodado «el Ceremonioso» (cuyo *Tractat de Cavalleria* mencionamos en varias notas de nuestra edición del *Libro de la Orden de Caballería* de Llull), instauraba en la confederación catalano-aragonesa la Orden de san Jorge, dedicada a luchar contra los moros. Los caballeros que pertenecían a la misma llevaban capa blanca con una cruz roja sobre el pecho y estaban obligados a reunirse con el rey durante la víspera de la festividad de su patrón, para asistir con él a los servicios religiosos que se debían celebrar al día siguiente en honor de san Jorge[27].

[25] No encontramos una concordancia temporal en lo expuesto, ya que el sitio de Antioquia, que dura desde el 20 de octubre de 1097 al 3 de junio de 1098 (cf. Heers 1997: págs. 193-207), es anterior a la referida batalla que tuvo lugar en noviembre de 1096 cerca de Huesca, cf. A. Canellas, en Marco y Canellas (1987: págs. 150-151).

[26] Cf. Davidson (ed.) (1984: pág. 180).

[27] Cf. Canellas, en Marco y Canellas (1987: pág. 143); *ibid.* págs. 142-170 para la difusión en Europa del culto medieval de San Jorge.

Bibliografía

1. *La Orden de Caballería*

a) ediciones del texto en su idioma original (según orden cronológico)

Marin, *Histoire de Saladin*, vol. II, Tilliard, París 1758: págs. 445-483 [edita *N*, con traducción francesa].

Barbazan, E., *L'Ordene de Chevalerie, avec Une Dissertation sur l'origine de la Langue Française. Un Essai sur les étimologies. Quelques Contes Anciens. Et un Glossaire pour en faciliter l'intelligence*, Chez Chaubert, París/Lausana 1759 [edita *N*, que corrige con *A*].

Méon, D. M., *Fabliaux et Contes des Poètes François des XI, XII, XIII, XIV et XV^e Siècles, Tirés des Meilleurs Auteurs; Publiés par Barbazan. Nouvelle Édition, Augmentée et revue sur les Manuscrits de la Bibliothèque Impériale, par M. Méon, employé aux Manuscrits de la même Bibliothèque*, I, B. Warée, París 1808, págs. 1-82 [edita *N*, que toma de Barbazan con adiciones de *J* y de *A*].

House, R. Temple, *L'ordene de chevalerie: An Old French Poem. Text with Introduction and Notes*, Chicago 1918 [reimpresión del texto: *Bulletin of the University of Oklahoma*, NS 162 (feb. 1919). Tesis doctoral que edita *J*].

Bataille, G., *L'Ordre de chevalerie. Conte en vers du XIII^e siècle*, 1922 [nada se sabe de esta tesis, pues jamás fue entregada en la Biblioteca de la École Nationale des Chartes que debía guardar un ejemplar].

Cordonnier, P., *L'Ordene de Chevalerie. Conte du XIII^e siècle, par Hue de Tabarie*, Chez l'auteur, 1964 [traduce al francés moderno el texto de Barbazan].

Busby, K. (ed.), *Le Roman des Eles* (by Raoul de Hodenc) *and L'Ordene de Chevalerie*, John Benjamins, Amsterdam/Filadelfia 1983, págs. 105-119 [edita la versión continental, basándose en *A* y cotejándolo con *N*, *J*, *M* y *H*, y también la traduce al inglés moderno].

–, «Three Anglo-Norman redactions of *L'Ordene de Chevalerie*», *Mediaeval Studies*, vol. XLVI (1984), págs. 31-77 [edita separadamente tres manuscritos de la versión insular: *L*, *G* y *B*].

b) traducción al inglés y adaptación al neerlandés

Morris, W., *L'Ordene de Chevalerie, with a translation by...*, The Kelmscott Press, Hammersmith 1893, págs. 107-125 [esta curiosa edición a cargo del representante más notorio de los pintores prerrafaelitas sigue el texto de Barbazan-Méon y lo traduce al ingles moderno; la primera parte del volumen contiene *The Book of the Ordre of Chivalry*, que es la traducción del texto llulliano efectuada en el siglo XV por el impresor W. Caxton].

Keyser, P. de, *Van den Coninc Saladijn ende van Huguen van Tabaryen* [de H. van Aken], Brill Leiden 1950 [en neerlandés].

2. *Libro de la Orden de Caballería*

a) ediciones en catalán (selección)

Aguiló y Fuster, M., *Libre del orde de Cavayleria*, Imprenta de Celestí Verdaguer, Barcelona 1879 [reeditado en facsímil por Espasa-Calpe, con traducción al castellano de F. Sureda Blanes y notas de M. Hernández González, Madrid 1985; reeditado (sólo el texto original) por Librerías París-Valencia, Valencia 1992].

Bohigas, P., *Libre qui és de l'orde de cavalleria*, en *Obres esencials de Ramon Llull*, 2 vols., Ariel, Barcelona 1957-1960 [en vol. 1, págs. 527-545].

Gustá, M., *Llibre de l'orde de cavalleria*, Ediciones 62, Barcelona 1980.

Soler i Llopart, A., *Llibre de l'orde de cavalleria*, Barcino, «Els Nostres Clàssics», Barcelona 1988.

b) ediciones en castellano (traducciones según orden cronológico)

Luanco, J. R. de, *Libro de la orden de caballería*, ed. de J. R. de Luanco, Real Academia de Buenas Letras, Tipografía La Académica de Serra Hermanos y Russell, Barcelona 1901 [texto bilingüe catalán-castellano, éste último según la traducción realizada en el siglo XVIII por A. Raimundo Pascual].

Batllorí, M., *Libro de la orden de caballería*, en *Obras literarias de Ramon Llull*, B. A. C., Madrid 1948, págs. 105-141 [reimprime la traducción de A. Raimundo Pascual].

Sureda Blanes, F., *Libro de la orden de caballería*, Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires 1949.

Samaranch, F. de P., *Libro de la orden de caballería*, en *Antología de Ramon Llull*, Dirección General de Relaciones Culturales, Madrid 1961, vol. II, págs. 310-374.

Cuenca, L. A. de, *Libro de la Orden de Caballería*, en *Floresta española de varia caballería*, prólogo de C. García Gual, Editora Nacional, Madrid 1975, págs. 153-205 [publica la traducción de A. Raimundo Pascual, junto con sendas transcripciones, según el castellano de la época, de la Partida II (título XXI), de Alfonso X de Castilla, y del *Libro del cavallero et del escudero* del Infante Don Juan Manuel, así como una miscelánea de temas caballerescos].

–, *Libro de la orden de caballería*, Alianza/Enciclopedia Catalana, Madrid 1986 [traduce el texto establecido por Allegra 1983 (véase *infra*); reedición en 2005: Alianza, «Libro de Bolsillo»].

c) ediciones en italiano, inglés y francés (traducciones)

Allegra, G., *Libro dell'Ordine della Cavalleria*, intr. de F. Cardini, Arktos, Carmagnola 1994² [1.ª edición de 1983; anteriormente publicada por Edizioni Francescane, Roma 1972, edición bilingüe catalán-italiano].

Byles, A. T. P., *The Book of the Ordre of Chyvalry* [edita la traducción de W. Caxton en el siglo XV], Early English Texts Society, O. S. 168, Londres 1926.

Minervini, V., *Livre de l'ordre de chevalerie*, Biblioteca di Filologia Romanza, Bari 1972 [en francés].

3. Referencias generales

a) literatura e historia de la Edad Media

Alfonso X, *Las Siete Partidas*, glosadas por el licenciado Gregorio López, Andrea de Portonaris, Salamanca 1555 [edición facsímil: Imprenta del B. O. E., Madrid 1985].

Barber, R., *The Knight and Chivalry*. The Boydell Press, Woodbridge y Rochester, N. Y., 1995 [2.ª edición ampliada].

Bernardo de Claraval, *Elogio de la nueva milicia templaria*, trad. de I. Aranguren, y **R. Pernoud**, *Los Templarios*, intr. de J. Martín Lalanda, trad. de A.-H. Suárez Girard, Siruela, Madrid 2005, págs. 37-79 (para el texto de san Bernardo).

Bohigas, P. (ed.), *Tractats de cavalleria*, Barcino, col. «Els Nostres Clàssics», Barcelona 1947.

Brønsted, J., *The Vikings*, Penguin, Hardmonsworth 1976.

Brossard-Dandré, M. y G. Besson, *Ricardo Corazón de León. Historia y leyenda*, trad. de J. Martín Lalanda, Siruela, Madrid 2007.

Chrétien de Troyes, *El Cuento del grial y sus continuaciones*, intr. de M. Riquer, trads. de M. de Riquer e I. de Riquer, epílogo de E. Jung y M.-L. von Franz, Siruela, Madrid 2000.

Cruz Hernández, M., *El pensamiento de Ramon Llull*, Fundación Juan March/Castalia, Valencia 1977.

Daunou, M., «Discours sur l'état des lettres en France au XIII[e] siècle», *Histoire Littéraire de la France*, XVI (1824), págs. 1-254.

Duby, G., *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, trad. de A. R. Firpo, Argote, Barcelona 1983.

Durand, F., *Los vikingos*, trad. de J. Jelin, Eudeba, Buenos Aires 1967.

Duval, A., «Auteur anonyme de l'*Ordene de Chevalerie*», *Histoire Littéraire de la France*, XVIII (1835), págs. 752-760.

Firdusi, *Il Libro dei Re*, sel. y trad. de G. Agrati y M. L. Magini, Mondadori, Milán 1989.

Flori, J., *L'ideologie du glaive. Prehistoire de la chevalerie*, Droz, Ginebra 1983.

–, *Caballeros y caballería en la Edad Media*, trad. de G. González, Paidós, Barcelona/Buenos Aires/México 2001.

Geoffroi de Charny, *Livre de Chevalerie*, en K. de Lettenhove (ed.), *Chroniques of Froissart*, I, Devaux, Bruselas 1873, págs. 462-533.

Gran Conquista de Ultramar, notas críticas y glosario de P. de Gayangos, Atlas, Madrid 1951 [reed.].

Grisward, J., «Des trois "fonctions" aux trois "états"», en Rivière 1978 (véase *infra*), págs. 199-203.

Gutierre Díez de Gámez, *El Victorial*, ed. de A. Miranda, Cátedra, Madrid 1993.

Guy de Warewic, roman du XIII[e] siècle, ed. de A. Ewert (2 vols.), Les classiques français du Moyen Age, Honoré Champion, París 1933.

Guy de Warwic (Le roman de..., et de Herolt d'Ardenne), ed. de D. L. Conlon, Studies in the romance languages and Literature, University of North Caroline, Chapell Hill 1971.

Harper-Bill, Ch. y R. Harvey, eds., *The Ideals and Practice of Medieval Knighthood III*, Papers from the fourth Strawberry Hill conference, The Boydell Press, Woodbridge y Rochester, N. Y., 1990.

Heers, J., *La primera cruzada*, trad. de E. Matus, Ed. Andrés Bello, Barcelona/Buenos Aires/México D. F./Santiago de Chile 1997.

Infante Don Juan Manuel, *Obras completas*, vol. 1, ed., pról. y notas de J. M. Blecua, Gredos, Madrid 1981.

Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, ed. de L. Cortés Góngora y S. Montero Díaz, B. A. C., Madrid 1951.

Jacobo de la Vorágine, *La leyenda dorada*, trad. de J. M. Macías, Alianza, Madrid 1994.

Joanot Martorell y M. Joan de Galba, *Tirante el Blanco*, ed. de M. de Riquer, Espasa-Calpe, Madrid 1974 [es la edición castellana (Valladolid 1511) de la obra original *Tirant lo Blanch* (Valencia 1490)].

Jones, G., *A History of the Vikings*, Oxford University Press, Oxford 1984 (2.ª ed. revisada).

Juan de Salisbury, *Policraticus*, ed. de M. A. Ladero, Editora Nacional, Madrid 1984.

Keen, M., *La caballería*, pról. de M. de Riquer, trad. de E. e I. de Riquer, Ariel, Barcelona 1986.

Kjellman, H., «Les Rédactions en prose de l'*Ordre de Chevalerie*», *Studier i Modern Spraakvetenskap*, VII (1920), págs. 139-177.

Lacarra, M. E., (ed.), *Evolución narrativa e ideológica de la literatura caballeresca*, Universidad del País Vasco, Bilbao 1991.

Lanzarote del Lago, vol. 1, ed. de C. Alvar, Alianza, Madrid 1987.

La Saga de Charlemagne [Karlamagnús saga], ed. de D. W. Lacroix, Le Livre de Poche, Classiques Modernes, París 2000.

Lizabe de Savastano, G. I., «El título XXI de la Segunda Partida de Alfonso X, patrón medieval del tratado de caballería hispánico», en Lacarra 1991 (véase *supra*), págs. 81-102.

Penna, M. (ed.), *Prosistas castellanos del siglo XV*, vol. 1, Atlas, Madrid 1959.

Riley-Smith, J. (ed.), *The Atlas of the Crusades*, Facts on File, Nueva York 1991.

Riquer, M. de, *Caballeros medievales y sus armas*, Instituto Universitario «General Gutiérrez Mellado», U. N. E. D., Madrid 1999.

Runciman, S., *Historia de las cruzadas*, vol. II, trad. de G. Bleiberg, Alianza, Madrid 1973.

West, D. C. y S. Zimdars-Swartz, *Joaquín de Fiore, una versión espiritual de la historia*, trad. de F. Patán, F. C. E., México D. F. 1986.

b) mitología, historia de las religiones, mundo antiguo *et al.*

Alvar, J., *Los misterios. Religiones «orientales» en el Imperio Romano*, Crítica, Barcelona 2001.

Beck, R., *Planetary gods and planetary orders in the mysteries of Mithras*, E. J. Brill, Leiden 1988.

Benoit, F., *L'héroïsation équestre*, Annales de la Faculté des Lettres Aix-en-Provence, n. série, 7, Gap 1954.

Bernabé, A., *Textos literarios hetitas*, Editora Nacional, Madrid 1979.

Bottéro, J., *Mythes et rites de Babylone*, Slatkine/Droz, Ginebra/París 1985.

Breuil, P. du, *Des dieux de l'Iran aux saints du Bouddhisme, du Christianisme et de l'Islam*, Dervy-Livres, París 1989.

Cumont, F., *The Mysteries of Mithra*, Dover, Nueva York 1956.

Davidson, H. R. E. (ed.), *The Hero in Tradition and Folklore*, The Folklore Society/University College London, Mistletoe Series, vol. 19, Londres 1984.

Del Olmo Lete, G., *Mitos y leyendas de Canaán (según la tradición de Ugarit)*, Institución San Jerónimo para la investigación bíblica/Cristiandad, Valencia/Madrid 1981.

Dumézil, G., *Los dioses de los indoeuropeos*, trad. de M. A. Hernández, Seix Barral, Barcelona 1970.

–, *Heur et malheur du guerrier. Aspects mythiques de la fonction guerrière chez les Indo-Européens* [2.ª ed. corregida y remodelada], Flammarion, París 1985.

–, *Apollon sonore et autres essais. Esquisses de mythologie* [2.ª ed. revisada y corregida], N. R. F./Gallimard, París 1987.

–, *Éléments orientaux dans la religion grecque ancienne*, Colloque de Strasbourg, 22-24 mai 1958, P. U. F., París 1960.

Eliade, M., *El mito del eterno retorno*, trad. de R. Anaya, Alianza, Madrid 1972.

Gonda, J., *Les religions de l'Inde*, vol. 1: *Védisme et hindouisme ancien*, Payot, París 1962.

Haudry, J., *Les Indo-Européens*, Payot, París 1981.

Heath-Stubbs, J., «The Hero as a Saint: St. George», en Davidson 1984 (véase *supra*), págs. 1-15.

Hesíodo, *Teogonía, Trabajos y días, Escudo y Certamen*, ed. de A. y M. A. Martín Sánchez, Alianza, Madrid 1986.

Ifrah, G., *Las cifras. Historia de una gran invención*, trad. de Drakman Traductores, Alianza, Madrid 1987.

Lactancio, *Instituciones divinas*, libros IV-VI, ed. de F. Sánchez Salor, Gredos, Madrid 1990.

Lincoln, B., *Sacerdotes, guerreros y ganado. Un estudio sobre la ecología de las religiones*, trad. de M. V. García Quintela, Akal, Madrid 1991.

Löwith, K., *El sentido de la Historia. Implicaciones teológicas de la filosofía de la Historia*, trad. de J. Fernández Buján, Aguilar, Madrid 1973.

Marco, F. y A. Canellas, *San Jorge de Capadocia*, Oroel-Arpesa, Zaragoza 1987 [consta de dos partes, escritas, respectivamente, por cada uno de los autores en el orden en que son citados: la primera, «San Jorge de Capadocia», págs. 13-137; la segunda, «San Jorge y la Corona de Aragón», págs. 138-222].

Martín Lalanda, J., «Constantes épico-novelescas en *Drácula* de Bram Stoker: ejemplos del raptor-seductor demoníaco según la óptica dumeziliana», en *Actas de las 2.as Jornadas sobre literatura fantástica (Madrid, 27-29 noviembre 2001)*, dirigidas por B. Torres González y coordinadas por F. Arellano, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Madrid 2003, págs. 97-108.

O'Callaghan, R. T., *Aram Naharaim. A contribution to the history of Upper Mesopotamia in the second millenium B. C. (with an Appendix of Indo-Aryan names by P. E. Dumont)*, Analecta Orientalia 26, Pontificium Institutum Biblicum, Roma 1948.

Parrot, A., *Ziggurats et Tour de Babel*, Albin-Michel, París 1949.

Poema babilónico de la Creación, ed. de F. Lara Peinado y M. García Cordero, Editora Nacional, Madrid 1981.

Plutarco, *Los misterios de Isis y Osiris [De Iside et Osiride]*, trad. atribuida a M. Meunier, Glosa, Barcelona 1976.

Rivière, J.-C. (ed.), *Georges Dumézil. À la decouverte des Indo-Européens*, Copernic, París 1978.

Roux, G., *Mesopotamia. Historia política, económica y cultural*, trad. de J. C. Bermejo Barrera, Akal, Madrid 1987.

Snorri Sturlusson, *Textos mitológicos de las Eddas*, ed. de E. Bernárdez, Editora Nacional, Madrid 1982.

Varenne, J., *Cosmogonies védiques*, Arché, París/Milán 1982.

Vaux, R. de, *Historia antigua de Israel*, vol. 1, trad. de A. Domínguez, Cristiandad, Madrid 1975.

Vian, F., «Le mythe de Typhée et le problème de ses origines orientales», en *Éléments orientaux dans la religion grecque ancienne* 1960 (véase *supra*), págs. 17-37.

Vermaseren, M., *Mithra, ce dieux mystérieux*, Sequoïa, París/Bruselas 1960.

Vita, J.-P., *El ejército de Ugarit*, Banco de Datos Filológicos Semíticos Noroccidentales, 1, C. S. I. C., Madrid 1995.

Wallis Budge, E. A., *From Fetish to God in Ancient Egypt*, Dover, Nueva York 1988 [reimpresión de la edición anterior en O. U. P., Londres 1934].

Widengren, G., *Les religions de l'Iran*, Payot, París 1968.

Últimos títulos publicados:

11 El libro de los veinticuatro filósofos
Anónimo del siglo XII
(edición bilingüe)
Edición de Paolo Lucentini
Traducción de Cristina Serna y Jaume Pòrtulas

12 Historia de Merlín
Anónimo del siglo XIII
Introducción y traducción de Carlos Alvar
Epílogo de Carlos García Gual

13 Vida y visiones de Hildegard von Bingen
Hildegard von Bingen y Theoderich von Echternach
(incluye un CD musical)
Edición y traducción de Victoria Cirlot

14 Tristán e Iseo
Tomás de Inglaterra, Berol, María de Francia,
Gerbert de Montreuil y otros
Edición y traducción de Isabel de Riquer
Epílogo de Michel Cazenave

15 Tristán e Isolda
Eilhart von Oberg y Gottfried von Strassburg
Edición de Victor Millet
Traducciones de Victor Millet y Bernd Dietz

16 Sir Gawain y el Caballero Verde
Anónimo del siglo XIV
Introducción de Luis Alberto de Cuenca
Traducción de Francisco Torres Oliver
Postfacio de Jacobo F. J. Stuart
Epílogo de Ananda K. Coomaraswamy
(traducción de Agustín López y María Tabuyo)

17 Libros de Maravillas:
El Viaje de San Brandán
Benedeit
El Libro de las Maravillas del Mundo
Jehan de Mandeville
Edición y traducción de Marie-José Lemarchand

18 Huon de Burdeos
Anónimo del siglo XIII
Edición y traducción de Javier Martín Lalanda

19 El Libro de la Rosa
Guillaume de Lorris y Jean de Meun
Introducción de Carlos Alvar
Traducción de Carlos Alvar y Julián Muela
Lectura iconográfica de Alfred Serrano i Donet

20 Saga de Nial
Anónimo islandés del siglo XIII
Edición y traducción de Enrique Bernárdez

21 La vida nueva
Dante Alighieri
Rimas
Guido Cavalcanti
Introducción de Enrico Fenzi
Traducciones de Julio Martínez Mesanza y Juan Ramón Masoliver

22 La carta del Preste Juan
Anónimo del siglo XII
Edición y traducción de Javier Martín Lalanda

23 Elogio de la nueva milicia templaria
Bernardo de Claraval
Los Templarios
Régine Pernoud
Introducción de Javier Martín Lalanda
Traducciones de Iñaki Aranguren y Anne-Hélène Suárez Girard

24 El Parlamento de las aves y otras visiones del sueño
Geoffrey Chaucer
Edición y traducción de Jesús L. Serrano Reyes

25 El juego del ajedrez
Jacobo de Cessolis
Edición y traducción de Marie-José Lemarchand

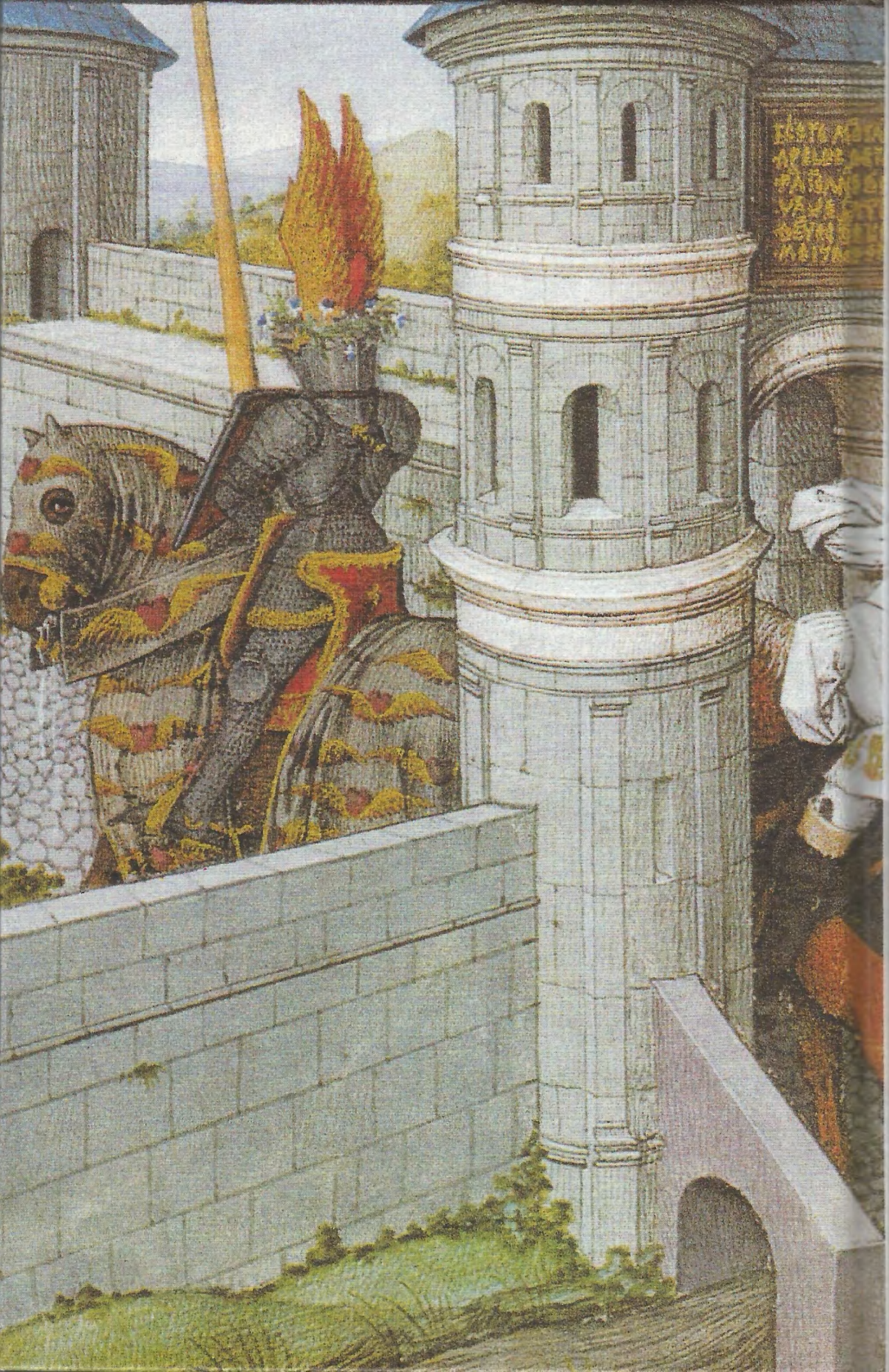
26 La disputa entre los animales y el hombre
Ijwān al-Ṣafā'
Edición y traducción de Emilio Tornero Poveda

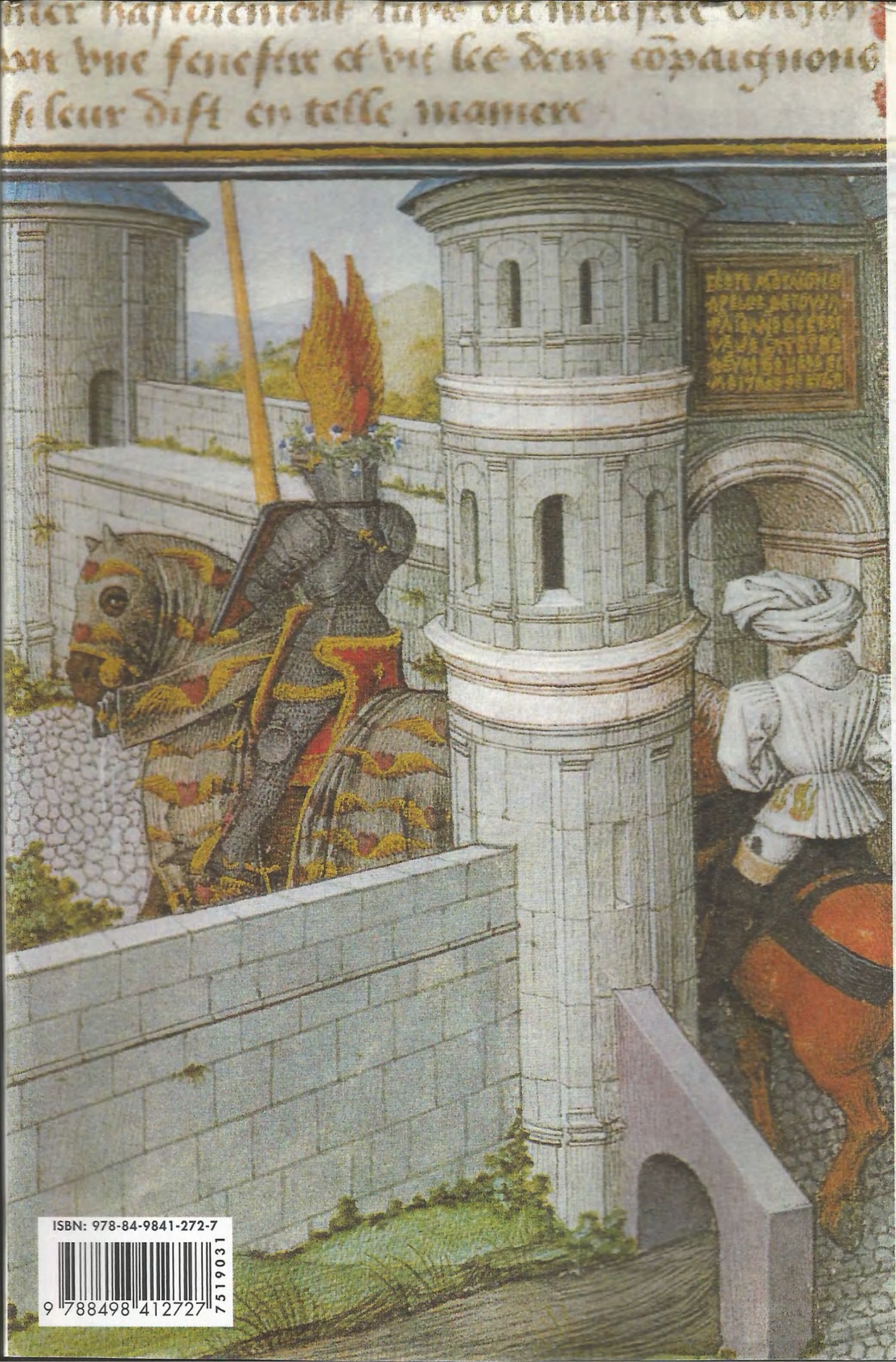
27 Raúl de Cambrai
(cantar de gesta francés)
Anónimo del siglo XII
Prólogo de Anna M. Mussons
Traducción de Isabel de Riquer

28 Ricardo Corazón de León. Historia y leyenda
Giraud de Barri, Raúl de Coggeshall, Ricardo de Devizes y otros
Edición de Michèle Brossard-Dandré y Gisèle Besson
Traducción de Javier Martín Lalanda

29 Melusina o la Noble Historia de Lusignan
Jean d'Arras
Edición y traducción de Carlos Alvar

30 La muerte de Arturo
Sir Thomas Malory
Introducción de Carlos García Gual
Traducción de Francisco Torres Oliver
Epílogo de Luis Alberto de Cuenca





ISBN: 978-84-9841-272-7

Javier Martín Lalanda (Toledo, 1948) es profesor titular de Didáctica de las Matemáticas en la Universidad de Salamanca. En su condición de doctor en Filología, ha prologado *Elogio de la nueva milicia templaria* de Bernardo de Claraval, y editado y traducido para Siruela, entre otras obras, *La Carta del Preste Juan* (anónimo del siglo XII), *Huon de Burdeos* (anónimo del siglo XIII), *La joya de las siete estrellas* de Bram Stoker, *La Gran Bestia. Vida y obra de Aleister Crowley* de John Symonds y *La Comunidad Secreta* de Robert Kirk.

XXXI
Biblioteca Medieval